



- 1 *El arenal de San Lorenzo. Historia del ensanche de La Arena*, LUIS MIGUEL PIÑERA (septiembre, 2001). PVP 3,01 €
- 2 *Nuevos nombres en el viario gijonés (1999-2002)*, LUIS MIGUEL PIÑERA (junio, 2002). No venal, agotado
- 3 *La Escalerona. Escalera Monumental de entrada a la playa de San Lorenzo* (julio, 2002). No venal, agotado
- 4 *Los barrios del Sur. Historia de Roces, Contrueces, Montevil, Santa Bárbara, Pumarín, Polígono de Pumarín, Nuevo Gijón, Perchera y La Braña*, LUIS MIGUEL PIÑERA y JAVIER GRANDA ÁLVAREZ (julio, 2002). PVP 3,00 €
- 5 *Un paseo con Jovellanos en el Gijón del siglo XVIII*, MARIA TERESA CASO (agosto, 2002). PVP 3,00 €. Agotado
- 6 *Un Ayuntamiento al Norte. Breve historia de la Casa Consistorial (1865-2002)*, EDUARDO GARCÍA (octubre, 2002). PVP 6,00 €. Agotado
- 7 *La ciudad del agua. Historia del abastecimiento público de agua en Gijón*, HÉCTOR BLANCO GONZÁLEZ (EMA, marzo, 2003). No venal, agotado
- 8 *La Gota de Leche. Casa Cuna de Gijón*, EDUARDO GARCÍA (abril, 2003). PVP 2,50 €
- 9 *La llamada del deporte en los barrios del Oeste. El Natahoyo, Moreda, Tremañes, La Calzada, El Cerillero, Jove y Veriña*, PABLO GONZÁLEZ y LUIS MIGUEL PIÑERA (mayo, 2003). PVP 3,00 €
- 10 *El Frontón. Recuerdo de un barrio gijonés desaparecido*, LUIS MIGUEL PIÑERA y JESUSA CASAS (junio, 2003). No venal, agotado
- 11 *Gijón a escala. La ciudad a través de su cartografía*, JAVIER GRANDA ÁLVAREZ (agosto, 2003). PVP 10,00 €
- 12 *Álbum de honores de Gijón (1866-2004)*, LUIS MIGUEL PIÑERA (junio, 2004). No venal
- 13 *Una historia de papel. 500 años en los documentos del Archivo Municipal de Gijón*, XUAN F. BAS COSTALES y EDUARDO NÚÑEZ FERNÁNDEZ (abril, 2006). PVP 14,00 €. Agotado
- 14 *La obra pública municipal en Gijón (1782-2006)*, HÉCTOR BLANCO GONZÁLEZ, JAVIER GRANDA ÁLVAREZ y MARIA FERNANDA FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ (diciembre, 2006). PVP 50,00 €
- 15 *Historias de El Llano*, LUIS MIGUEL PIÑERA y JAVIER GRANDA ÁLVAREZ (abril, 2007). PVP 3,00 €
- 16 *Un patio gijonés. La ciudadela de Celestino González Solar (1877-1977)*, NURIA VILA ÁLVAREZ (julio, 2007). PVP 12,00 €
- 17 *Muro de San Lorenzo, abrazo de mar. 1907-2007*, HÉCTOR BLANCO GONZÁLEZ (julio, 2007). No venal
- 18 *La fuente de Talavera. Del jardín de la infancia al Jardín Botánico Atlántico de Gijón*, SATURNINO NOVAL GARCÍA (octubre, 2007). No venal
- 19 *Natural de Gijón. Parques, jardines y espacios verdes municipales*, JAVIER GRANDA ÁLVAREZ (marzo, 2008). PVP 34,00 €
- 20 *Diccionario toponímico del concejo de Gijón*, RAMÓN D'ANDRÉS DÍAZ (julio, 2008). PVP 32,00 €
- 21 *Somos del agua. Historia de los equipamientos acuáticos de Gijón*, CONCEPCIÓN DEL TUERO DEL PRADO (agosto, 2008). PVP 15,00 €
- 22 *Gijón entre líneas. El transporte urbano en Gijón y la Empresa Municipal de Transportes Urbanos (EMTUSA)*, JAVIER GRANDA ÁLVAREZ (noviembre, 2009). PVP 10,00 €
- 23 *Mujeres en el callejero de Gijón/Xixón*, CARMEN GÓMEZ OJEA (marzo, 2010). No venal
- 24 *1934 Nombres. Monumento a la memoria de las víctimas de la represión franquista*, ENRIQUETA ORTEGA VALCÁRCEL (abril, 2010). No venal, agotado
- 25 *Luces de Gijón. El alumbrado público municipal (1834-2010)*, EDUARDO GARCÍA (febrero, 2011). PVP 10,00 €

Colección **de-pa-la-bra**

- 1 *Florencio Valdés y el Jardín de la Isla*, FRANCISCO PRENDES QUIROS (julio, 2010). PVP 4,00 €
- 2 *Jovellanos. Discurso en el Instituto*, LUIS ÁLVAREZ PIÑERA (noviembre, 2010). PVP 4,00 €

Luces de Gijón. El alumbrado público municipal (1834-2010)

En 1834 la Corporación Municipal gijonesa encarga el primer estudio para la instalación de alumbrado público en la villa. Habrían de pasar nueve años para que las primeras farolas iluminaran las noches de Gijón. Desde entonces la historia de la luz ha ido pareja y de la mano a la historia misma de la ciudad, a su crecimiento, su evolución económica, sus avatares sociales. Del esquivo a los *leds* de última generación; de los serenos que encendían y apagaban manualmente las viejas farolas de gas a la gestión informática en tiempo real de los más de cuarenta mil puntos de luz con que cuenta Gijón en el umbral de la segunda década del siglo XXI.



Con la colaboración de:



PVP 10,00 euros

Luces de Gijón. El alumbrado público municipal (1834-2010) EDUARDO GARCÍA

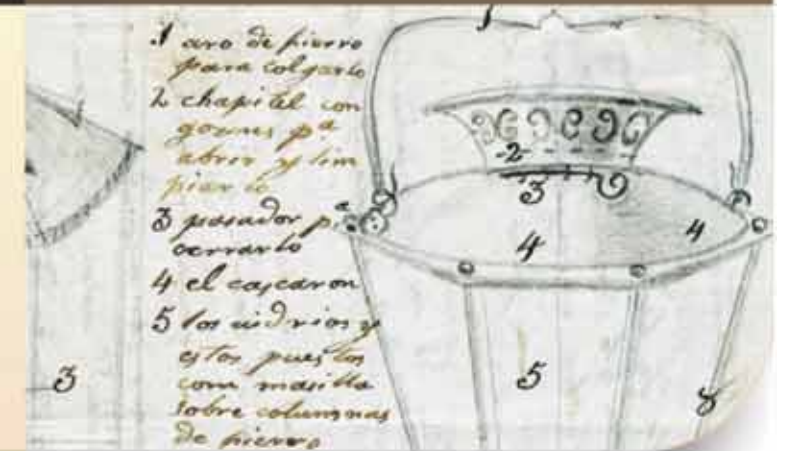


Luces de Gijón El alumbrado público municipal (1834-2010)

EDUARDO GARCÍA

EDUARDO GARCÍA

(Oviedo, 1957) es periodista y editor. Desde ambas facetas profesionales ha escrito y promovido una decena de libros sobre la historia de Gijón y ha dirigido la colección *Biblioteca Gijonesa del Siglo XX*. Entre sus publicaciones con la villa gijonesa como escenario figuran *Las mil caras de la ciudad madre*, *El Hospital de Jove. Los doscientos años de una institución o Gijón. Guía de los museos de la ciudad*. Dentro de la colección Memoria de Gijón ha escrito *Un Ayuntamiento al Norte. Breve historia de la Casa Consistorial (1865-2002)* y *La Gota de Leche. Casa cuna de Gijón*.





*En homenaje
a la luz brillante que anida
en el alma gijonesa*

LUCES DE GIJÓN. EL ALUMBRADO PÚBLICO MUNICIPAL (1834-2010)

Edita: Ayuntamiento de Gijón
Plaza Mayor, 1. 33201 Gijón
www.gijon.es

Colabora: Fundación HC Energía
Plaza de la Gesta, 2. 33007 Oviedo
www.hcenergia.com

Textos: Eduardo García

Corrección: Julia Álvarez-Santullano Mourenza

Material fotográfico antiguo y de archivo: Archivo Municipal de Gijón (AMG), Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies, Constantino Suárez, Museo Nicanor Piñole, Colección del Padre Patac (AMG) y reproducciones de la *Guía Ilustrada de Gijón* de Nemesio Martínez Lavilla.

Fotografías actuales: Juan Carlos Tuero

Diseño de colección: Juan Jareño (**cyandiseño**)

Diseño y maquetación: Juan Hernaz

Impresión: Eujoa Artes Gráficas, S.A.

Depósito Legal: AS-6088/2010

ISBN: 978-84-89466-48-7



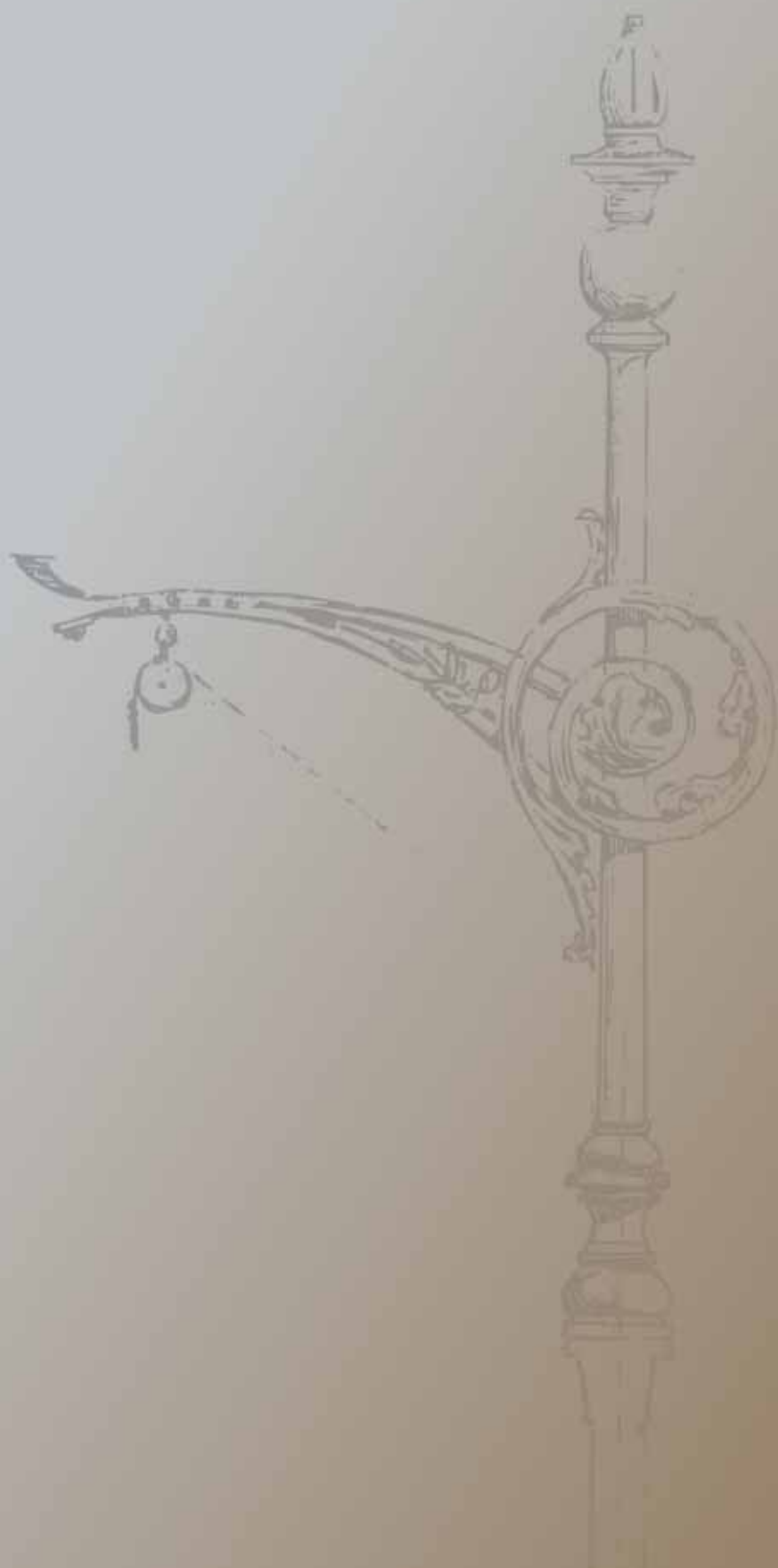
Luces de Gijón

El alumbrado público municipal
(1834-2010)

EDUARDO GARCÍA



Ayuntamiento
de Gijón





ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
I. LOS ORÍGENES: 1834-1939	13
A LA LUZ DE LA LUNA	14
LA CIUDAD QUE CRECE	36
LA TENSIÓN DE LA ELECTRICIDAD	42
LUZ A LAS FÁBRICAS Y A LOS HOTELES	58
EL TRANVÍA SE ELECTRIFICA	71
II. LOS CALAMBRES DEL DESARROLLISMO: 1940-1980	75
EL EJEMPLO DE LOS FORASTEROS	76
EL SALTO DE CALDONES	80
LA PRIORIDAD DEL MURO DE SAN LORENZO	84
LA APORTACIÓN VECINAL	88
MODERNIDAD, PERO SIN INFRAESTRUCTURAS	92
¿QUIÉN TIENE QUE PAGAR LA LUZ?	98
LLEGA LA LUZ A EL MOLINÓN	101
LA OPERACIÓN LUZ	105
III. LUCES NUEVAS: 1981-2010	115
LA LUZ DE LA DEMOCRACIA	116
EL MURO SE ENCIENDE	119
EL RETO DE LA EFICIENCIA	130
IV. FECHAS PARA 170 AÑOS DE ALUMBRADO PÚBLICO EN GIJÓN	141
BIBLIOGRAFÍA	155
AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR	158







Tal vez porque echamos de menos una mayor presencia del brillo solar, libre del tan frecuente filtro de las nubes, los gijoneses nos hemos empeñado en que la luz artificial ilumine con generosidad nuestras calles en las horas nocturnas: 42.000 lámparas se encienden cada noche en las vías, plazas y parques del municipio.

Es antiguo el empeño vecinal y municipal por embellecer, alegrar y hacer visibles nuestros espacios públicos multiplicando los puntos de luz, pero no hace tanto que logró hacerse realidad. Como tantas otras mejoras urbanas, la extensión del alumbrado público a todos los rincones de la ciudad vino de la mano de la democracia local, que cuidó con especial mimo y esfuerzo esta parcela de su administración.

Hoy, presente ya en prácticamente todos los lugares donde resulta necesaria, la red de alumbrado afina su calidad, su economía y su *ecología*. Persigue mantener una excelente iluminación pública, pero proporcionando su intensidad a su utilidad, sin excesos que, además de costosos, en ocasiones pueden resultar contaminantes y molestos. Y utiliza las últimas innovaciones tecnológicas para conseguir esas mejoras abaratando, a la vez, nuestra abultada factura eléctrica.

De todo esto, y de la curiosa historia del alumbrado municipal desde la cuarta década del siglo XIX, que es hasta donde llegan las referencias documentadas en el Archivo de la Torre del Reloj, trata este nuevo título de la colección «Memoria de Gijón». Fue promovido por la Concejalía del ramo, que quiso así sumar la suya a las historias ya publicadas de la gestión municipal del agua, las obras públicas, la jardinería y el transporte. De su bella y amena edición son responsables la suelta y experta pluma periodística de Eduardo García, el no menos experto y profesional ojo fotográfico de Juan Carlos Tuero y el buen trabajo de los más jóvenes, pero igualmente competentes, Julia Santullano y Juan Hernaz, que se hicieron cargo, respectivamente, de la corrección textual y del diseño y maquetación del libro. A todos ellos, enhorabuena y muchas gracias.

PAZ FERNÁNDEZ FELGUEROSO
Alcaldesa de Gijón





I

LOS ORÍGENES: 1834-1939

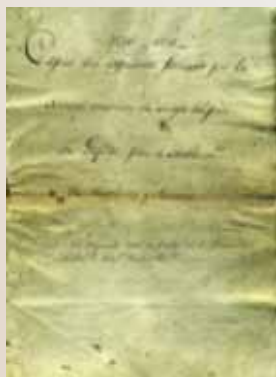
"Luces de ciudad en las que nos reflejamos; espejos del alma. Bebemos luz, materia que no es líquida ni sólida ni gaseosa, de la que nunca acabamos de saciarnos y que forma parte del atrezo de nuestra memoria..."

(Gijón, las mil caras de la ciudad madre)

A LA LUZ DE LA LUNA

El 16 de noviembre de 1843 el Ayuntamiento de Gijón decidió la instalación de 79 faroles distribuidos estratégicamente en la ciudad de Gijón. Ni uno más ni uno menos. Se encendían cuando la noche era oscura y apenas unas horas, hasta que las calles quedaban definitivamente desiertas. Uno iluminaba la bocana del puerto interior; otros seis estaban instalados en las distintas dársenas del viejo muelle. Los 72 restantes se concentraba en la pequeña madeja urbana de la villa. Leemos en el libro *La obra pública municipal en Gijón (1792-2006)*: “Este sistema de alumbrado, de obligado encendido y apagado manual diario, funcionaba desde el ocaso hasta las once u once y media de la noche. Tras la hora de apagado sólo alumbraban seis faroles de mano portados por otros tantos serenos”.

Copia del informe de la Sociedad de Amigos del País de Gijón en el que se planteaba la primera red de alumbrado de Gijón. Año 1840. (Archivo Municipal de Gijón [AMG]).



Luz y serenos. La Sociedad de Amigos del País de Gijón, cuyo director era Felipe Canga Argüelles, médico de profesión, había presentado en 1840 en el Ayuntamiento de la ciudad un informe sobre las posibilidades de montar un sistema de alumbrado público, así como la creación de un servicio de guardia nocturna. Contestaba así a una petición de la propia Administración local. La información pormenorizada que la sociedad ofrece del entramado callejero gijonés se encuentra en un expediente municipal que puede considerarse toda una joya documental conservada en el Archivo Municipal de Gijón. La Sociedad de Amigos del País no sólo ruega encarecidamente un esfuerzo para llevar a cabo la costosa tarea del alumbrado, sino que se pone a echar números. ¿Quién tiene que pagar el alumbrado?, se pregunta y, a la vez, se contesta: “La sociedad ha creído



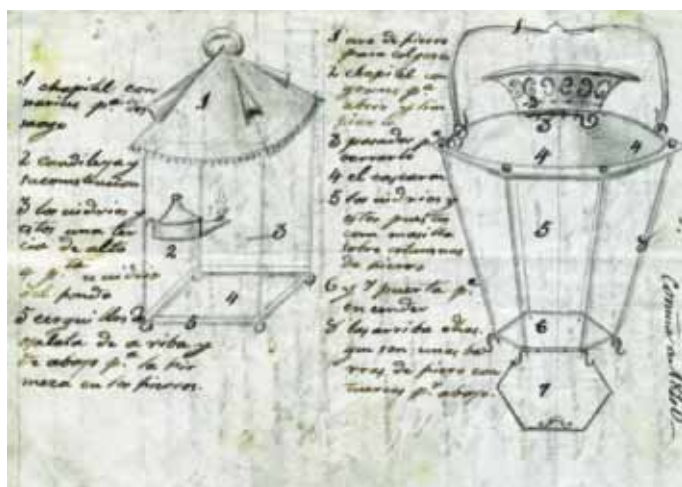
justo y equitativo que este gravamen recaiga sobre los que disfrutan el beneficio; de aquí dedujo que los gastos de establecimiento y entretenimiento deben pagarse por los vecinos y moradores del pueblo. Y en este número ha comprendido a los que en la dársena del puerto han de reportar ventajas señaladas de alumbrado”. La Sociedad de Amigos del País planteaba dos nuevos impuestos para sufragar los gastos de la luz. Uno, una tasa sobre la renta de casas y otro, sobre la mercancía descargada en el muelle. Al Ayuntamiento le gustó la idea, pidió permiso a la Diputación Provincial, que dio el visto bueno a imponer un tres por ciento sobre el valor de renta inmobiliaria, pero se negó en rotundo a gravar con cuatro maravedíes la tonelada de tráfico portuario: “Advirtiéndose que el arbitrio sobre tonelada no puede de ningún modo adoptarse por estar prohibida esta clase de imposición por las leyes vigentes”. Una lástima, porque el puerto se movía y generaba riqueza. Entre mayo de 1839 y mayo de 1840, Gijón había visto descargar en sus dársenas un total de 19.424 toneladas de tráfico general. El famoso Diccionario geográfico estadístico e histórico de España, de Pascual Madoz, editado entre los años 1845 y 1850, hace hincapié en la buena salud del puerto gijonés, en el que en ese año de 1845 entran nada menos que 408 buques de comercio de cabotaje, con 14.366 toneladas de mercancía y 2.367 tripulantes. Cuando aquella pequeña Administración local regente de una villa de 16.000 habitantes pensó en el impuesto portuario sabía bien lo que hacía.

5 de febrero de 1843

Ayuntamiento extraordinario y público en la villa de Gijón, presidiendo el alcalde, Juan Junquera Huergo.

“Así juntos, y convocados con anterioridad a puerta abierta y en presencia de bastantes vecinos que habían sido invitados a asistir a este acto por medio de edictos y por la campanilla que tocaron los porteros en los balcones de estas Casas Consistoriales, el señor presidente manifestó el objeto de la reunión. Y leído el edicto [...] y todo el expediente formado sobre alumbrado y serenos [...] declaró el Ayuntamiento necesario y conveniente su establecimiento”.

En los textos se respetan las grafías de los originales.



El diseño de lo que unos años más tarde iban a ser los primeros modelos de faroles del alumbrado público local. Año 1840. (AMG).

La Sociedad de Amigos del País levanta un plano topográfico de la ciudad y señala, uno por uno, los puntos donde cree necesaria la presencia de luz artificial, y así desfilan la tienda de La Castañona, en la calle Trinidad; la Casa la Fusa, la Casa de La Zaparuca, en la calle Artillería; la esquina de Costales (calles San Bernardo y San Antonio), el Hospital Viejo (en realidad, desde 1837 funcionaba ya el que se conoció como Hospital de Caridad, emplazado en la actual plaza del Náutico), la calle La Garita, “la esquina de los almacenes del difunto Gregorio Fernández” (plazuela del Carmen) o la Fábrica de Sombreros de Gabriel, en la calle Instituto. “Hay que situar, además, un farol de rebervero en la Cruz de Piedra, cuya luz conbinada con otra que se coloque en sitio oportuno en el Bombé sirva de señal a los pescadores para enfilar la entrada en noches oscuras”. Gijón se dividía en cinco cuarteles o barrios, y contaba con 908 casas.

Echando cuentas para instalar la luz en las calles.

La Sociedad de Amigos del País calculaba...

22 faroles de reverbero, a once duros cada uno, 4.840 reales.

22 palomillas de madera, 792 reales.

26 faroles comunes, con sus pescantes, 2.080 reales.

5 faroles de mano, 60 reales.

5 lanzas para los serenos, 100 reales.

5 capotes, 500 reales.

6 escalas para los serenos, carracas, alcu-
zas y mechas para encender, 144 reales.

Otros pequeños gastos, 100 reales.

Total: 8.616 reales de vellón.



AYUNTAMIENTO constitucional de Gijón. Alumbrado y serenos. Cálculo del costo de su establecimiento.		
20 faroles de rebervero	a 360 ^{rs} uno	7200
26 id. comunes	a 30 ^{rs} uno	2080
6 capotes, 6 lanzas, 6 binternas & p. serenos a los		2288
serenos		
Pinturas, escalas &c. p. lo mismo y los faroles		432
		<u>12000</u>
Presupuesto a su mantenimiento.		
26 faroles comunes a 12 ^{rs} a cada uno		
20 id. rebervero a 6 ^{rs} a cada uno		
en 17 días p. p. serenos medio año / al mes	2703 reales	
Has 6 binternas a los serenos a 22 ^{rs} p. cada uno	165	
5 faroles de mano	315 ^{rs} reales	
5 lanzas		
6 escalas		
6 carracas		
6 alcu- zas		
6 mechas		
6 otros pequeños gastos		
		<u>6058-00</u>
		<u>10950</u>
		<u>362-00</u>
		<u>17000</u>

El primer cálculo económico de alumbrado público en Gijón data de 1834, pero por entonces las cuentas no salían. El de la década de los cuarenta, ya mucho más concreto, establecía que el mantenimiento de la red pública no bajaba de los 17.000 reales anuales, tal y como se especifica en el informe de la Sociedad de Amigos del País. (AMG).



FAROLAS

Numero	Nombre	Punto de la Calle	Punto y Encendido
1 ^o	Casa de la Comandancia	Plaza de la Comandancia	Encendido
2 ^o	Casa de D. Juan de la Cruz	Plaza de la Comandancia	Encendido
3 ^o	Capilla de la Virgen	Plaza de la Comandancia	Encendido
4 ^o	Calle de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
5 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
6 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
7 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
8 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
9 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
10 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
11 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
12 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
13 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
14 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
15 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
16 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
17 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
18 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
19 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
20 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
21 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido
22 ^o	Casa de la Pasadilla	Plaza de la Comandancia	Encendido

Primera distribución de puntos de luz en las calles de la ciudad. Eran apenas 79 faroles, pero es verdad que a mediados del siglo XIX Gijón se reducía a algo menos de un millar de casas. (AMG).

Poner el servicio en marcha era caro; mantenerlo, mucho más. La Administración gijonesa barajaba cantidades que no bajarían en ningún caso de los 13.000 reales al año, calculando que cada uno de los cinco serenos en servicio cobraría cuatro reales y medio diarios, lo que ya suponía un gasto de más de 8.000 reales (la realidad es que los primeros serenos gijoneses comenzarían cobrando ya seis reales). “Los 22 faroles de rebervero, a cinco onzas de aceite diarias en los seis meses que han de hallarse encendidos, por término medio, habidas en cuenta las lunas y lunaciones”, costaban más de tres mil reales.

Para el mantenimiento del alumbrado Gijón fue partido en seis distritos, uno para cada uno de los seis serenos que compusieron el primer equipo de luz nocturna y vigilancia. Eran Feliciano Teja, Ramón García, Ramón Pidal, Manuel Calvo, Antonio Álvarez y Manuel Caso. El primer distrito discurría a través de lo que hoy conocemos como el barrio de El Carmen y la plaza de El Humedal; el segundo correspondía a buena parte del caso urbano de la época, con las calles Corrida y Los Moros, entre otras; para el encargado del tercer distrito estaban las calles de Begoña, Instituto, Buen Suceso o Santa Lucía. El cuarto se acercaba a los muelles, con las calles Rectoría, San Lorenzo o Trinidad; el quinto distrito incluía la luz de las dársenas, la plaza Mayor, el Campo Valdés, y calles como las de Salsipuedes, Remedios o Jovellanos. Por último, el sexto distrito correspondía a las calles de Cimavilla.

Pero los serenos tenían también una tercera misión, que era la de recaudar el impuesto municipal por alumbrado. En los despachos consistoriales obraba documentación suficiente para conocer a todos y cada uno de los propietarios e inquilinos de la ciudad, calle por calle y portal por portal. Las cuotas se pagaban al trimestre y cada cual contribuía según la renta de la que disfrutaba. Pagaban particulares, pero también instituciones, incluido el Ayuntamiento. La documentación tiene valor añadido porque señala quién vive en cada casa, pero también de quién es propiedad, y así podemos comprobar que no más de un 15 por ciento de los vecinos de aquel Gijón urbano de mitad del siglo XIX eran dueños del hogar donde vivían. Primaba el alquiler y el asombroso submundo de las ciudadelas. En la calle Los Moros, por ejemplo, de 47 vecinos tan sólo siete vivían en casas de su propiedad.

Había cuotas para todos los bolsillos. La Aduana, que estaba situada en la calle San Antonio, pagaba 94 reales y era el principal contribuyente de la luz. Había particulares, los más privilegiados, que pagaban cuotas que rondaban los 20 reales al trimestre. El marqués de Santa Cruz, por su posesión en la plazuela del Marqués abonaba un impuesto de alumbrado de 45 reales, y Gaspar Cienfuegos, por la suya en la plazuela de Jovellanos, una tasa de 30. La iglesia parroquial de San Pedro no se libraba de la contribución, con 22 reales al trimestre, mientras que el Ayuntamiento sólo pagaba 10,33. A los curas de San Pedro la tasa les sirvió para que en 1854 el Ayuntamiento echara la casa por la ventana



Nombre	Calle	Cant.	Importe
1. D. Juan...
2. D. Juan...
3. D. Juan...
4. D. Juan...
5. D. Juan...
6. D. Juan...
7. D. Juan...
8. D. Juan...
9. D. Juan...
10. D. Juan...
11. D. Juan...
12. D. Juan...
13. D. Juan...
14. D. Juan...
15. D. Juan...
16. D. Juan...
17. D. Juan...
18. D. Juan...
19. D. Juan...
20. D. Juan...
21. D. Juan...
22. D. Juan...
23. D. Juan...
24. D. Juan...
25. D. Juan...
26. D. Juan...
27. D. Juan...
28. D. Juan...
29. D. Juan...
30. D. Juan...
31. D. Juan...
32. D. Juan...
33. D. Juan...
34. D. Juan...
35. D. Juan...
36. D. Juan...
37. D. Juan...
38. D. Juan...
39. D. Juan...
40. D. Juan...
41. D. Juan...
42. D. Juan...
43. D. Juan...
44. D. Juan...
45. D. Juan...
46. D. Juan...
47. D. Juan...
48. D. Juan...
49. D. Juan...
50. D. Juan...
51. D. Juan...
52. D. Juan...
53. D. Juan...
54. D. Juan...
55. D. Juan...
56. D. Juan...
57. D. Juan...
58. D. Juan...
59. D. Juan...
60. D. Juan...
61. D. Juan...
62. D. Juan...
63. D. Juan...
64. D. Juan...
65. D. Juan...
66. D. Juan...
67. D. Juan...
68. D. Juan...
69. D. Juan...
70. D. Juan...
71. D. Juan...
72. D. Juan...
73. D. Juan...
74. D. Juan...
75. D. Juan...
76. D. Juan...
77. D. Juan...
78. D. Juan...
79. D. Juan...
80. D. Juan...
81. D. Juan...
82. D. Juan...
83. D. Juan...
84. D. Juan...
85. D. Juan...
86. D. Juan...
87. D. Juan...
88. D. Juan...
89. D. Juan...
90. D. Juan...
91. D. Juan...
92. D. Juan...
93. D. Juan...
94. D. Juan...
95. D. Juan...
96. D. Juan...
97. D. Juan...
98. D. Juan...
99. D. Juan...
100. D. Juan...

Informe municipal en el que se recogen, casa por casa, las contribuciones que los vecinos de Gijón tenían que pagar por el alumbrado público. Año 1843. (AMG).

e instalara en el “paso de junto a la iglesia” cinco monumentales faroles de reverbero con quinqué de bronce. Un lujo.

Ese don Gaspar Cienfuegos al que nos referimos era, claro está, pariente de Gaspar Melchor de Jovellanos y fue el promotor del traslado de los restos del político y escritor gijonés desde el cementerio de la villa a la iglesia parroquial en una solemne ceremonia fúnebre que tuvo lugar el 20 de abril de 1842. Gaspar Cienfuegos era sucesor de Baltasar Cienfuegos, sobrino de Jovellanos y el heredero directo que en 1814 había trasladado su cuerpo desde Puerto de Vega, donde falleció en 1811, hasta su localidad natal. Estanislao Rendueles Llanos, en su *Historia de la villa de Gijón*, libro editado en 1867, recuerda la ceremonia: “Todo fue sencillo en estas exequias, en las que a la vez ardieron más de cuatrocientas luces, pero todo fue noble, todo magestuoso y todo melancólico y tierno, pues que recordaba la memoria del siempre amado Don Gaspar de Jovellanos, cuya pérdida eternamente llorará la villa de Gijón”. Aquellas 400 luces, ni qué decirlo, eran velas con toda seguridad.

La organización del servicio de cobro del impuesto de luz estaba especificada en las ordenanzas: “Gozará además cada sereno de un real diario siempre que desempeñen a satisfacción de los tres comisarios del Ayuntamiento la recaudación de la contribución impuesta para este



El primer intento

La carestía de la luz en una realidad municipal que no exageramos al calificarla de economía de subsistencia fue la causante de que el primer proyecto de instalación de alumbrado público en Gijón acabara en el limbo. Se trata, además, del primer expediente que sobre este asunto encontramos en el Archivo Municipal de Gijón y data de 1834. Un estudio encargado al efecto cifraba en más de 15.000 reales el coste anual del servicio, con la implantación de 80 faroles grandes, incluyendo algunos para la dársena y la boca del muelle. El informe concluye que no había fondos municipales para abordar el proyecto y que, por tanto, las calles de Gijón se quedaban, por el momento, sin luz.

Las obligaciones de los serenos

Los primeros serenos de Gijón tenían que “rondar las calles” con descanso de media hora entre ronda y ronda, “anunciar las horas y el temporal y detener y conducir a la cárcel a toda persona desconocida o de notoria mala conducta [...] o a todo el que hallaren haciendo alguna fractura, rompimiento o escalando alguna casa”.

objetivo. Esto lo cumplirán con pasar al principio de los meses de mayo, agosto, noviembre y febrero de todos los años a recoger al depositario las cédulas para los contribuyentes, y después de sacar la firma del señor alcalde las repartirán sin dilación para que satisfagan sus cuotas dentro de seis días, pasado cuyo término irán a recoger las cuotas personalmente con los mejores modos y cortesías, llevándolas al depositario y volviendo a los contribuyentes las papeletas con el recibo”. Cuando hubiera morosos, especifica la orden municipal, los serenos pedirán la lista de los malos pagadores al depositario para presentarla a los tres comisarios.

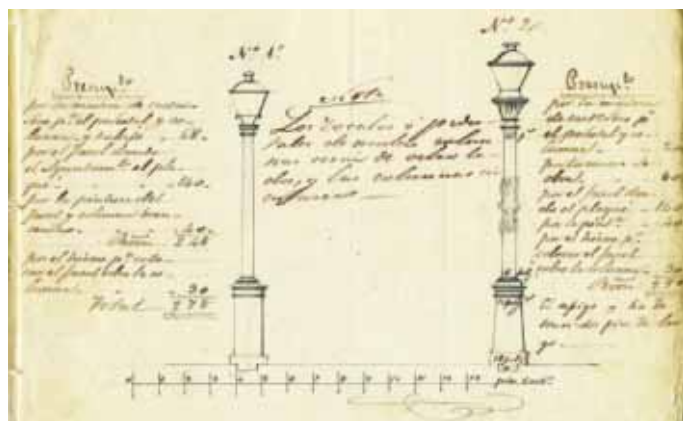
¿Qué condiciones se requerían para ser sereno? El Ayuntamiento y la Sociedad de Amigos del País de Gijón no tenían discrepancias en este sentido: “Individuos de físico robusto, notoria honradez y buena conducta, que sepan leer y escribir”. Su horario de trabajo comenzaba desde octubre a marzo, ambos meses inclusive, a las nueve de la noche, y el resto del año desde las diez de la noche “hasta la aurora”.

“Para su propia seguridad [...] llevarán un chuzo con asta de nueve cuartas de alto con puntas y gancho de detener, un farolillo de mano de nueve pulgadas el cual podrán colgar del extremo del asta del chuzo, unas carracas para dar los avisos, y se les permite llevar pistolas. El sonido de la carraca, producido con los intervalos necesarios para marcar el distrito, anunciará a sus compañeros quién sea el que reclama el auxilio”. Así pues, los primeros serenos ya tenían una doble función de control de las luminarias y policía urbana. El Ayuntamiento les garantizaba la mitad del salario, es decir, tres reales, si caían enfermos y no podían trabajar. Se nombró un equipo suplente para relevos laborales. Se les ofrecía, además, “de tres en tres años un capote de paño de Somonte, con capuchas y mangas, y en una de ellas llevará una plancha de latón dorado y, estampado en ella, Vigilancia Pública”.

El modelo era menguado, casi insignificante, pero aun así su mantenimiento no resultaba sencillo a tenor del número de expedientes municipales en torno al asunto. Uno de ellos, que data de 1848, se refiere a un curioso acuerdo de la Corporación que mandaba que los concejales se turnaran en la vigilancia a los propios serenos. Unas calles nocturnas, a lo que se ve, muy animadas y con vigilantes vigilados por la autoridad en el sentido literal de la palabra.

El referido Rendueles Llanos, en su *Historia de la villa de Gijón*, vuelve a hacer una referencia luminica que tiene interés documental, aunque quizá peque de entusiasmo patriótico. En 1852, con ocasión de la inauguración del ferrocarril de Langreo y la presencia en Gijón de la reina madre, doña Cristina, la ciudad se engalana, y de qué forma. “Durante su residencia en esta villa, o mejor dicho, en Contrueces, en cuyo histórico palacio esplendidamente alhajado se hospedaba, fueron continuos los festejos y diversiones; ya era una iluminación, ya unas cucañas, bien se trataba de fuegos artificiales o de diversiones marítimas. Conservamos, sin embargo, en la memoria, algún recuerdo (...) como la vistosa iluminación que dando principio en dos grutas con instrumentos y atributos de minería, situadas al principio de la carretera Carbonera, prolongábase con faroles venecianos colocados en todos los árboles hasta el palacio de Contrueces, en el que iluminado 'a giorno' se veían millares de luces”. La empresa del Ferrocarril de Langreo había tenido la iniciativa de iluminar las dársenas locales “con luces de colores que reflejándose en las aguas hacían más vistoso y agradable el cuadro”.

En 1856 se encomienda al entonces regidor Romualdo Alvargonzález la tarea de recoger propuestas para el establecimiento de un sistema consolidado de alumbrado por gas, y un año más tarde es presentado en el registro municipal el proyecto para establecer un gasómetro y una fábrica de gas “con la que alumbrar al pueblo”, firmado por Luis Justo Villanueva. El Ayuntamiento nombra entonces una comisión, a partir de ese momento la Comisión de Alumbrado, que va a tener un protagonismo espectacular en todas las decisiones que la Corporación tome a lo largo de las siguientes décadas.



Proyecto para la instalación de cinco faroles de rebervero en el Paseo de la Iglesia (Campo Valdés). El pedestal y las columnas eran de madera de castaño. Año 1854. (AMG).



Eran los de la década de los cincuenta del siglo XX años duros por demás, a pesar de los festejos ciudadanos antes aludidos a causa de la visita real. Las pésimas cosechas de 1852 y 1853 llevaron la hambruna a buena parte de la población asturiana. Un acuerdo municipal de 1854 reclamaba al gobernador civil de la provincia la “promesa de solicitar al Gobierno de S. M. y a la Diputación socorros en grano y metálico, y [la] realización de obras para paliar el estado de miseria en que se halla la villa”. El cólera llamaba a la puerta, desde las consistoriales se había creado una comisión de seguimiento de la enfermedad y, en el mes de febrero de aquel año, dicha comisión pedía apoyo al Gobierno para que enviara medicamentos, a la vez que exigía que desde la Administración local se confeccionaran listas exactas “de los verdaderamente necesitados”. La cosa debía estar muy mal, porque aquel grupo de expertos municipales también toma el acuerdo de “implorar la Divina protección”. Por desgracia, el cólera castigó la ciudad a partir del verano de 1855. Las estadísticas oficiales hablan de 145 muertos, el seis por mil de la población gijonesa, pero puede que hubieran sido muchos más.

Cuenta el que fuera cronista oficial de la villa, Joaquín Alonso Bonet, que “en 1862 las calles estaban iluminadas con faroles de aceite, situados muy espaciadamente. En las noches de luna clara eran apagados, de orden del alcalde, por entender que el resplandor selénico no sólo aventajaba a la luz artificial, sino que además era gratuito. Varios munícipes propusieron que tan antiguo sistema fuese sustituido por otro a base de un aceite mineral llamado esquisto. Así se acordó y se adquirieron cuatro faroles de columna y ocho de pescantes. Se encargó a Francia esquisto de primera calidad” (texto recogido en el libro *Un Ayuntamiento al Norte. Breve historia de la Casa Consistorial [1865-2002]*). El problema era que el esquisto era un producto caro, tan caro que los gijoneses comenzaron a llamarlo el “exquisito”. Lo dicho, una fortuna en aceite. El aceite y el esquisto se sustituyeron con el paso del tiempo por el gas. La electricidad llegó, como a la mayoría de las ciudades españolas, en torno a 1885 (el primer experimento público de bombilla incandescente lo organizó al otro lado del Atlántico un genio llamado Thomas Alva Edison en octubre de 1879).

Una ciudad que nunca duerme

“Se acuerda que la hora para abrir los establecimientos de bebidas sea la de retirarse los serenos” (mayo, 1861).

La Corporación municipal gijonesa acuerda “poner los nombres de las calles en los faroles de entrada y salida de las mismas a fin de que se puedan distinguir por la noche, en que no es tan fácil ver los rótulos” (septiembre, 1867).

El esquisto, una sustancia de aparente cercanía con el petróleo, fue toda una novedad, pero los munícipes se tomaron su tiempo antes de aceptarla. De nuevo aparece la Comisión de Alumbrado, que solicita que se haga inicialmente un ensayo en una sola calle para comprobar sobre la marcha los resultados. Aprobado. El informe municipal ponía el dedo en la llaga: buen sistema, pero caro. Ese informe hablaba de un número mínimo de faroles que sería necesario mantener en la villa, “no menos de 200”, lo que suponía adquirir unos 119 faroles (81 ya los tenía Gijón y eran aprovechables). Comprar y colocar salía por unos 39.000 reales (esa era todavía la moneda tipo porque la peseta no nacería oficialmente hasta octubre de 1868 y, aun así, muchos de los expedientes posteriores se seguían calculando en reales). El problema no eran tanto las luminarias como el mantenimiento, porque aquel esquisto que venía de París cargado en tren salía a unos 400 reales los 100 litros. Los planes municipales calculaban un consumo anual para la ciudad de unos 10.000 litros de aceite. El esquisto costaba lo suyo, pero los fletes, los cambios y las comisiones influían poderosamente, hasta aumentar el precio de la materia prima en un 40 por ciento. Mantener el alumbrado tradicional venía a salir hasta ese momento por algo más de 30.000 reales al año, y pasar al esquisto no bajaría de los 48.000. Los 3.650 reales presupuestados anualmente para “gratificaciones a los serenos, su cabo y su distribuidor” eran una minucia en relación con los precios del carburante.

El 15 de octubre de aquel año de 1862 el Ayuntamiento aprueba el cambio de sistema de iluminación pública, no sin antes haber pedido la opinión de los “mayores contribuyentes” del concejo. Pronto se aprueba el pliego de condiciones, y a la espera de que lleguen las ofertas. Pero no fue hasta 1867 cuando una de ellas, firmada por un tal Claudio Lavalette, mereció al menos la consideración de Alcalde y concejales. Lavalette aceptaba el número de 200 faroles y la cantidad mínima de horas de alumbrado para cada uno de ellos, 1.500 al año. Las cuentas es evidente que no salen, pero es que no todos los faroles debían iluminarse todas las noches. La Corporación se contentaba con una media de 200 noches anuales de actividad por cada punto de luz, lo que venía a significar un consumo de unos 50 litros de esquisto por año y luminaria.

Por entonces la calle Corrida era la más iluminada de la ciudad, con 18 farolas. Le seguían las calles de San Bernardo y Morales, con 13 farolas cada una; Cabras y Villaviciosa, con diez; la calle Barbacana y Abtao,



El antiguo teatro Jovellanos, cuya fachada principal ya estaba, al menos en 1884, flanqueada por dos farolas de alumbrado público. (Reproducción de la *Guía Ilustrada de Gijón*, de Nemesio Martínez)

con ocho puntos de luz, y las calles Instituto, Carmen y Rueda, con siete por vía. La propuesta de Lavalette suponía cubrir de luz 27 calles urbanas, con un recorrido total lineal de algo más de 6.300 metros. La factura asustó porque el presupuesto planteado ascendía a casi 96.000 reales. Este fue el dictamen: “La Comisión considera que el sacrificio que sería preciso exigir a los contribuyentes, aumentando sus desembolsos, no está compensado con el beneficio que recibiría con la reforma del alumbrado que se propone”.

En la década de los años ochenta del siglo XIX la iluminación había cobrado fuerza también en los planes de urbanización de Campo Valdés. Un punto de luz se había convertido años atrás en el principal elemento decorativo de la Plaza Mayor. El nuevo Ayuntamiento había sido inaugurado en 1865 con proyecto de Andrés Coello y un coste final de las obras estratosférico, cercano al medio millón de reales, y coincidió con la remodelación de su entorno más cercano. Allí, en el centro de la principal plaza de la villa fue proyectada una farola, con una pequeña fuente incorporada. Luz y agua, símbolos de los nuevos tiempos. Faltarían aún unos cuantos años, corría el año 1890 cuando Gijón inauguró el suministro de agua a domicilio gracias al aporte del manantial de Llantones.



La primera imagen de la Fábrica del Gas, en el Ensanche de Los Arenales. (Reproducción de la *Guía Ilustrada de Gijón*, de Nemesio Martínez).

En 1870 la Corporación municipal gijonesa había decidido adoptar el sistema de gas para la iluminación pública. El contrato con la empresa adjudicataria, la andaluza Gustavo Petit Pierre Pellión, dio vida a la Fábrica del Gas, en el barrio de La Arena, por entonces conocido como la zona del ensanche del arenal de San Lorenzo, cuyos perfiles y olores (los de la fabricona, no los del barrio) aún permanecen en la memoria colectiva de los gijoneses. La fábrica, instalada en un solar entre las actuales calles de Menéndez Pelayo, Canga Argüelles, Ezcurdia y Emilio Tuya, tuvo larga vida, 115 años de actividad, y cerró sus puertas en abril de 1985. Allí aguantó en silencio y ruina unos siete años hasta que el Ayuntamiento resolvió construir un parque sobre el solar donde se asentaba el viejo gasómetro. La zona verde y de juegos fue inaugurada en octubre de 1993. Petit Pierre Pellion había concretado en noviembre de 1869 las condiciones de oferta para poner en actividad “doscientos faroles de gas fluido y sesenta o setenta de petróleo”, con un presupuesto que rondaba los 60.000 reales anuales. El proyecto incluía el establecimiento de la citada fábrica y de las correspondientes canalizaciones.

La decisión era seria, así que el Ayuntamiento gijonés citó mediante edicto a 85 vecinos “mayores, medianos y menores contribuyentes” para debatir. Se acordó aceptar la propuesta de Pellión, con una pequeña rebaja en el presupuesto total, que se quedó en algo menos de 55.000



reales, la puesta en funcionamiento de 200 luces de gas y 60 de aceite mineral, un plazo de contrato de 35 años y unos mínimos de iluminación, que siguieron fijados en las ya referidas 1.500 horas anuales por luminaria “con o sin suspensión en las noches de luna”. El Ayuntamiento se reservaba el derecho a decidir los puntos de colocación y, por supuesto, el modelo de las farolas. Dicho y hecho porque las obras de construcción del edificio del gas en el arenal de San Lorenzo comienzan de forma inmediata, y también casi de forma inmediata el propio Gustavo Petit Pierre anuncia que cede los derechos del gas a la firma Sounier y Compañía, propiedad de dos industriales llamados Francisco Saunier y Ernesto Lejeune. Todo resulta asombrosamente rápido y, de alguna manera, inquietantemente sospechoso porque Sounier cede a su vez los derechos para la fabricación y venta de gas a una firma local, la Menéndez Valdés y Compañía. Es decir, en un año esos derechos pasan por tres manos.

Con el acuerdo de 1870 acabó la era del petróleo para la iluminación, aunque, como suele ocurrir con los avances técnicos, se produjeron años de solapamiento. En 1871 la dirección de la Fábrica del Gas solicita permiso para “completar el alumbrado encima de villa [se refiere, obviamente a Cimavilla] y en los barrios extremos de la población” sustituyendo, esta vez definitivamente las farolas que aún quedaban en uso alimentadas por aquel sucedáneo del petróleo. La Comisión de Alumbrado se pone nuevamente en marcha, convoca a los directivos



Escritura de la contrata de alumbrado público de gas que suscribe el Ayuntamiento gijonés con el industrial Gustavo Petitpierre Pellion. El alcalde de la ciudad era Nemesio Sanz Crespo. Año 1869. (AMG).

de la fábrica, a los inspectores de obras públicas y al cabo de los serenos, recorren todos juntos los barrios periféricos y el barrio matriz, y llegan a una conclusión: la ciudad quedaría bien iluminada con 86 farolas más. En total se verían beneficiadas 33 calles, muchas de ellas de Cimavilla. Funcionaban todavía en Gijón 46 luminarias de petróleo. La Corporación accede a la propuesta técnica de la Fábrica del Gas porque estima que “la conveniencia, y aún la necesidad, reclama esta mejora, no hay que dudarle, porque es muy justo que todo el vecindario de la población disfrute de las ventajas que ofrece el alumbrado de gas, extendiéndolo a los barrios, supuesto que todas las clases de la sociedad de un modo u otro modo sufragan las cargas del municipio”. Cabrales, Begoña, El Humedal, Langreo o Álvarez Garaya fueron algunas de las vías beneficiadas.



El paseo de Begoña, llamado por entonces (años ochenta del siglo XIX) paseo de Alfonso XII. Sorprende la importancia que ya se le daba al alumbrado, con la hilera de farolas en el centro mismo del paseo. (Reproducción de la *Guía Ilustrada de Gijón*, de Nemesio Martínez).

En Begoña, área conocida en 1876 como paseo de Alfonso XII, la instalación consolidada de alumbrado tuvo lugar ese año por iniciativa de la Compañía Popular de Gas, lo que no impidió que durante muchos años se compaginara el alumbrado estable con otros de carácter extraordinario durante las fiestas. El expediente municipal al respecto señala que “persuadida la comisión de festejos de que las ferias de Begoña se arraigan para siempre, por el afán con que se solicitan los puestos de venta, la resolución tomada por los casinos y la favorable acogida que han tenido el año anterior [...] y teniendo en cuenta el estado



precario del municipal a fin de que los gastos que hoy se hagan sean productivos en el porvenir”, se proponía un convenio con la empresa concesionaria para la instalación definitiva de veinticuatro columnas de alumbrado “pues no sólo se conseguirá de este modo mayor lucimiento en las ferias y completa seguridad en el mismo, sino que también notable economía para los fondos municipales”. En total, un presupuesto de 15.000 reales a pagar en tres plazos y sin intereses.

Toda la ciudad quería luz y en muchas ocasiones eran los vecinos quienes tomaban iniciativas al respecto.

“Los que suscriben, propietarios y vecinos de esta villa, con propiedades en la calle nueva llamada de Ezcurdia (vulgo ‘calle del Gas’), con el debido respeto exponen: hoy vemos con extrañeza que dicha calle se encuentra abandonada y sin que el municipio se ocupe de ella para nada, así como vemos que tiene sus ojos puestos en la nueva llamada de Uría, en la que tiene proyectados gastos de consideración. La calle de Ezcurdia carece hasta de luces [...] y suplicamos que se sirva dotarla de las luces necesarias colocando al efecto faroles para gozar así de este beneficio como lo vienen disfrutando los demás vecinos de otras calles de la población”. Era el año 1877 y unos meses más tarde el Ayuntamiento instaló en la calle de Ezcurdia tres farolas de gas. Algo es algo.

Los vecinos de la calle que conducía a la estación de ferrocarril del Noroeste también reclamaban ese mismo año mejoras de alumbrado: “El número de trenes que durante las altas horas de la noche entran y salen en la referida estación con pasajeros no puede menos que tenerlo en cuenta el Ayuntamiento de Gijón y reconocer en su buen juicio que es de absoluta e imprescindible necesidad la mejora” porque los escasos faroles de esquivo que iluminaban la zona eran insuficientes. La Fábrica del Gas hace un presupuesto de instalación de 12 nuevas columnas, por importe de más de 15.000 reales, que fueron instaladas casi inmediatamente.

En ocasiones eran necesidades laborales las que aconsejaban la petición de luz. Así, los vecinos de la calle de Aguado pedían puntos de iluminación en 1893 para atender el paso de los trabajadores de la fábrica de cristales “que van y vienen a diferentes horas de la noche”. O los vecinos del barrio de El Natahoyo, que ya entonces no se consideraba

Vandalismo decimonónico

En septiembre de 1880 el gerente de la Fábrica del Gas informa que “habiéndose roto los vidrios de la farola colocada en la plazuela del Marqués, y no habiendo modo de reemplazarla por ahora, queda dicha farola imposibilitada de arder”.

Un servicio manga por hombro

El servicio de serenos debía funcionar de forma autónoma y poco controlable. Ya habíamos visto algún intento por parte de la Corporación de “vigilar” el trabajo nocturno, pero es en diciembre de 1889 cuando el Ayuntamiento se lo toma en serio y sistematiza la labor de los serenos. Se fijó que el día 20 de cada mes la Inspección de Servicios Municipales de Gijón formara un “cuadro de alumbrado” para el mes siguiente, revisado por el alcalde y por el gerente de la Fábrica del Gas. Se abrió un libro de registro diario de incidencias y, a fin de mes, el cabo de los serenos tenía la obligación de realizar una liquidación de consumo.

como un “barrio extremo” (era jerga de la época), pero casi. Justificaban la reclamación del alumbrado, con motivos que van desde lo más estrictamente prosaico o lo más espiritual: “Siendo muchos los operarios que trabajan en las diferentes fábricas que en el barrio existen, los cuales tienen que transitarle por la noche como igualmente algunos vecinos con grave riesgo de sus personas, y teniendo que salir a deshora el señor capellán que allí reside cuando es llamado a prestar los auxilios espirituales a los que de ellos necesitan [...]”. Corría el año 1895 y la petición no cayó en saco roto porque fue instalada media docena de faroles de gas que no solucionaban el problema, pero sí lo paliaban. Los gijoneses se conformaban con poco.

La Corporación municipal encontró por aquella época un servicio de mantenimiento gratuito y se supone que eficaz de parte de la maquinaria energética local. Un acuerdo de 1881 señala que, “para sostener en buen estado de conservación, todos los aparatos destinados a producir luz eléctrica que pertenecen al municipio se confían a la Dirección del Instituto Jovellanos, en cuyo gabinete de Física pueden servir además para la debida enseñanza”.



ANTE-PUERTO. MUELLE DE LIQUÉRICA.
Se construyó desde el año de 1859 al 1864 y lleva el nombre del capitán que dirigió los obras.

El muelle local iluminado a finales del XIX. (Reproducción de la *Guía Ilustrada de Gijón*, de Nemesio Martínez).



Fábrica de Cifuentes Díaz con farolas adosadas a su fachada principal. Se dedicaba, entre otras cosas, a la fundición. (Reproducción de la *Guía Ilustrada de Gijón*, de Nemesio Martínez).

En la *Biografía de la villa y puerto de Gijón*, tomo II, Bonet, el que fuera cronista oficial pinta, con soltura periodística el retrato de la ciudad en lo que a iluminación se refiere: “En 1884 Gijón contaba con 465 faroles de alumbrado público y 2.500 luces distribuidas en teatros [el Jovellanos y los Campos Elíseos] y domicilios particulares. Cinco años más tarde hubo importantes mejoras en la fábrica [la del gas, en La Arena] con la instalación de un gasómetro de 2.000 metros cuadrados de superficie, que fue totalmente construido en talleres gijoneses. Y diez años después, siendo dueños de la industria los señores Menéndez Valdés y Compañía contaba la población con diez mil luces al precio de 30 céntimos el metro cúbico para alumbrado y 22 céntimos para usos industriales y de calefacción”.

La referencia que hace Bonet está sacada al pie de la letra de la *Guía ilustrada de Gijón*, de Nemesio Martínez, publicada en ese año de 1884. En la muy interesante introducción a las colecciones de láminas de la ciudad dibujadas por el propio autor de la publicación, se explica que “ejercen en Gijón su profesión doce médicos-cirujanos, seis abogados, un arquitecto, tres maestros de obras, cuatro intérpretes, tres profesores de música y un electricista, siendo éste el primero que establece esta industria en Asturias [don Victorino Albargonzález]”.

Al margen de la exactitud de los datos ofrecidos en su *Guía ilustrada* por Nemesio Martínez, difícilmente constatables ya, tal parece que el Victorino Albargonzález es el mismo Alvargonzález que en junio de 1886 propuso al Ayuntamiento el alumbrado eléctrico extraordinario para Begoña a fin de fomentar el veraneo: “Por su novedad, por sus cualidades excepcionales, procurará una verdadera sorpresa a muchos de los numerosos forasteros que frecuentan nuestras playas”. Los municipales decidieron aplicar el nuevo sistema: “La iluminación lucirá los lunes y viernes del mes de agosto, la noche del 15 de ese mismo mes, y las del 2, 9 y 16 de septiembre. El proponente deberá comprometerse a iluminar no sólo el paseo sino también los jardines laterales”. Fue aceptada la propuesta con abono de 1.000 pesetas diarias. Gijón acogía con júbilo el nuevo sistema lumínico en agosto de 1886”.



En 1884, la luz de gas ya había llegado a Cimavilla, probablemente por influjo de la Fábrica de Tabacos. No era de extrañar porque, de una población femenina en todo el concejo de poco más de 17.000 personas, la Fábrica de Tabacos generaba cerca de 2.000 puestos de trabajo. (Reproducción de la *Guía Ilustrada de Gijón*, de Nemesio Martínez).

La *Guía ilustrada de la villa y puerto de Gijón* de 1884 es un documento de excepcional relieve porque en él se descubre una ciudad iluminada, bien con columnas, o bien con luminarias adosadas a las fachadas: hay luz artificial en la subida a la Fábrica de Tabacos, por ejemplo, o en las paredes de las principales fábricas, como las de la fundición de Cifuentes Díaz; o en la dársena local y el antepuerto, ya conocido entonces como muelle de Liquerica. La fachada del teatro Jovellanos estaba acompañada por



dos pequeñas farolas de pie a ambos lados de la puerta principal, mientras el resto del alumbrado público de la calle —la actual de Jovellanos— lucía a base de farolas de pescante, a la altura que permitieran la configuración de los edificios, por lo general de una o dos plantas.

Pero la gran iluminación urbana se concentraba en Begoña, donde los gijoneses aún paseaban junto a la ermita que daba nombre popular a la zona. En la ilustración de Nemesio Martínez podemos observar una línea central de farolas de gas, de luminaria única, que dividía visualmente el paseo, jalonado por dos hileras de árboles, entre los cuales también se habían situado faroles.

La necesidad de producción de luminarias abrió nuevas perspectivas fabriles en Gijón. Así, el 29 de julio de 1891 el diario *El Comercio* publicaba una noticia bajo el título “Nueva Fábrica”: “Hace unos días se probó con excelente resultado la caldera generadora montada en la nueva fábrica de fundición, propiedad del señor don Faustino del Valle. Dentro de poco tiempo empezarán a funcionar para el servicio público las diferentes máquinas que para los talleres tiene montadas aquel nuevo establecimiento industrial. ¡Adelante, adelante!”. Aquella fábrica estaba situada en terrenos de El Balagón, en la parroquia de Ceares, y dio lugar a una industria que aún hoy, entrado el siglo XXI, sigue en plena actividad bajo la denominación social de Fundiciones Infiesta, S.A. (FISA). El actual nombre se debe a Luis Infiesta Castro, que se hizo con la titularidad de la fábrica en 1929, traspasada más tarde a sus herederos. La firma de FISA aparece en muchos de los modelos de luminarias en vigencia hoy en la ciudad, entre ellos el denominado San Lorenzo, las columnas de alumbrado de dos brazos instaladas a lo largo del Muro sobre los pedestales de piedra del paseo. Son de hierro fundido y miden algo más de dos metros y medio de altura.

Quien se acerque hoy a una fábrica de fundición se encontrará con maquinaria de vanguardia, pero el mismo proceso esencial, que conserva parte de la filosofía artesanal de otras épocas. Se sigue moldeando con arena y aglomerante para compactar, todo ello en un envase de calderería. La arena fragua, los hornos de inducción hacen el resto y en el interior de las naves resuena el metal y chispea el fuego como antaño. Sería esta una explicación somera que cualquiera de los miles de obreros asturianos



¡Qué batiburrillo, qué algarabía!

La luz pública era en el año 1889 uno de los alicientes del verano festivo gijonés. La luz como espectáculo a pesar de que ya por entonces muchas calles del centro histórico contaban con iluminación nocturna. Una crónica agostea de *La Comedia Gijonesa*, el incisivo semanario de Tarfe (tan incisivo que duró un par de suspiros), proclamaba así: “¿Por dónde empezaré? ¿Por las corridas de toros? ¿Por las carreras de velocipedos? ¿Por las iluminaciones? ¿Por las regatas? ¡María Santísima del Carmen! ¡Qué batiburrillo, qué confusión, qué algarabía! ¡Qué movimiento, qué agitación, qué bullicio! Gijón no es Gijón, es un infierno de diversiones, un jaleo continuo, una algazara incesante, una juerga perpetua”. En el mismo número, del 18 de agosto, se comenta: “La iluminación del paseo y jardines de Begoña, como todos los años magnífica y de gran efecto”.



Fotos actuales en el interior de la empresa gijonesa Fundiciones Infiesta, en Somonte, ligada históricamente a la construcción de farolas de fundición en la ciudad. (FISA).



que trabajaron en hornos de fundición en tiempos pasados podría hacer suya, aunque el espectrómetro que analiza uno a uno todos los componentes de la colada en el laboratorio de la actual FISA, bajo el viaducto de Somonte, en Gijón, se les antojaría una máquina-milagro.

Del hierro que se va a trabajar en los crisoles lo sabemos todo, diseccionado en una veintena de sustancias, comenzando por el carbono y el silicio, básicas en su composición. Las arenas, una materia prima indispensable, llegan ahora con productos químicos a la carta. En FISA se han fundido, por ejemplo, el modelo “San Miguel” para su instalación en la plazuela, farolas de cinco puntos de luz sobre crucero que alcanzan los cinco metros de alto, o los modelos “Corrida”, “Jovellanos”, “La Costa” o “Cimavilla”, por citar algunos de los colocados en diferentes puntos de Gijón. La empresa tiene la patente de un modelo que se llama precisamente así, Gijón, y de corte también muy clásico es el modelo “Begoña”, que responde a unas farolas con base, primer tramo del fuste, macollas y rosetas en hierro fundido, para uno o dos puntos de luz y que inevitablemente nos remiten a las luminarias que adornaban la villa hace un siglo.

Hay columnas que son enteras de fundición y las hay que unen la fundición con la calderería. En ocasiones el fuste tiene dos tramos: el primero, el más cercano a la base, suele ser de hierro fundido, capaz de soportar cientos de kilos. El segundo, de acero. Las farolas de fundición se convierten en “eternas”. Del siglo XIX son las que aún se mantienen en pie y en activo en el Campu la Iglesia, pequeña área verde frente a la iglesia de San Julián de Somió.



Las farolas que se ubican en el Campu la Iglesia, pequeño parque frente a la iglesia parroquial de San Julián, en Somió, pasan por ser los modelos más antiguos todavía hoy en activo. Instaladas, por lo general, sobre pedestales como en la calle Corrida, entre otras, responden al estilo de finales del XIX.

El sistema de contratación

Los concursos para la construcción de columnas de alumbrado se sucedieron durante décadas con obligaciones contractuales muy parecidas. Por lo general, el arquitecto municipal se encargaba de diseñar el modelo, que era preciso respetar de forma escrupulosa. En ocasiones se entregaba al contratista un modelo de madera que sirviera de referencia para la fundición posterior. Esto pasa, por ejemplo, en el importante concurso que tiene lugar en 1902 para la instalación de nada menos que 26 columnas de alumbrado de dos clases en la calle Corrida. Las de mayor altura llevaban un arco voltaico en el centro y dos faroles de gas como complemento. Las otras eran columnas que sostenían tres faroles de gas de igual tamaño. “El contratista entregará todas las columnas fundidas y con una mano de minio a pie de obra o en el sitio que se le designe”. No era infrecuente que a este tipo de concursos se presentaran entre tres y seis candidatos. Y no era tampoco extraño que algunos concursos acabaran en medio de tonos agrios, como este que nos ocupa, con una polémica epistolar que no tiene desperdicio entre el contratista Manuel Blanco Díaz y el arquitecto municipal, Luis Bellido.

LA CIUDAD QUE CRECE

Al calor de la electricidad, la primera configuración de la calle Corrida como área de paseo llegó en los últimos años del XIX cuando se aborda una transformación del espacio urbano muy al gusto de la época (y con la mirada puesta en los bulevares parisinos, salvando todas las distancias). Mucho mobiliario, árboles, calle ya asfaltada y, por supuesto, farolas decorativas que iluminaban por la noche y quedaban guapas por el día. “Elaboradas farolas de fundición de tres brazos sobre pedestal de piedra”, recuerda Héctor Blanco en *La obra pública municipal en Gijón*. Eran piezas de fundición muy vistosas, compuestas por tres brazos y profusamente decoradas, que ganaban altura y esbeltez gracias a ese pedestal cuadrangular que medía alrededor de un metro. Habían sido diseñadas por Mariano Medarde de la Fuente, por entonces arquitecto municipal, autor del proyecto del Mercado del Sur, entre otros muchos. Estaban fundidas en los talleres de una empresa local, Cifuentes, Stoldt y Cía., que había tenido su origen en 1855 por iniciativa de Anselmo Cifuentes, con sede en El Natahoyo. Lo cierto es que Medarde falleció en 1899, muy pocos meses después de ese diseño lumínico que fue, probablemente, su última contribución profesional a la ciudad. Lo sustituyó en el cargo el arquitecto Luis Bellido, el encargado de diseñar los puntos de luz para el resto de la calle Corrida. Seguían siendo farolas de tres brazos, pero menos recargadas y con el escudo de la ciudad en su base, “plantadas” ya sin pedestal.



Cuando en 1886 el teatro Jovellanos plantea la puesta en uso de la energía eléctrica, la propuesta sirve como ejemplo de la modernidad que entraba a borbotones por todos los poros de la villa gijonesa. “La empresa del teatro, que tiene ya contratada la compañía cómico-lírica que ha de actuar en la próxima temporada de verano, tiene el proyecto, para dar mayor variedad y atractivo a los espectáculos, [de] iluminar con luz eléctrica los tres principales departamentos del teatro, o sean el escenario, el salón platea y el vestíbulo, dejando todos los demás departamentos con el actual alumbrado de gas”.

En el escrito, firmado por Eladio Carreño, se habla por primera vez de seguridad: “La empresa se halla dispuesta a instalar un completo sistema de aparatos de luz eléctrica que con un poder luminoso doble del que hoy existe pueda iluminar estos tres departamentos (...). Las lámparas de incandescencia que están contratadas son de una fijeza absoluta por lo que la extinción completa de luz es imposible. Por otra parte, no verificándose combustión de ninguna especie en este sistema, y no habiendo por consiguiente llama, se hacen imposibles los incendios. Sólo esta ventaja hará que su adopción sea indispensable en todos los teatros y centros de servicios públicos donde los incendios y explosiones han producido tan numerosas desgracias y han presentado tan desgarradoras escenas”. Y había un tercer elemento que habría que tener en cuenta, el calor. El primigenio teatro Jovellanos, en la actual calle del mismo nombre, era pequeño y recogido, los focos de gas generaban un aumento de la temperatura que el propio Eladio Carreño calificaba de “insoportable”. La empresa del Jovellanos pedía los permisos oficiales para abordar las obras y que el arquitecto municipal echara una mano. Era el 22 de mayo de 1886. Aquella que fue una instalación provisional se convirtió en definitiva cuatro años más tarde.

Lo de la seguridad no cayó en saco roto porque la sociedad estaba especialmente sensibilizada. En aquella década de los ochenta habían tenido lugar auténticas catástrofes a causa del fuego. Unos años antes, en 1881, las llamas convirtieron en escombros el teatro de Niza, con 80 víctimas mortales. Pero la gran tragedia tuvo lugar ese mismo año en Viena. Allí, el incendio del Ring Theatre produjo 600 muertos. Un poco más tarde, en Oporto en 1888, el incendio en el teatro Baquet produjo más de 100 muertos.

Un detalle con los marineros

En 1886 los vecinos de Fomento, recién construida la nueva dársena, pedían luz a la Corporación. Primero, para “disfrutar de un beneficio que alcanza ya a todos los barrios de la población, incluso los más lejanos”. Segundo, porque “hemos satisfecho religiosamente al municipio los arbitrios impuestos a esta clase de obras”. Y tercero, porque “en la dársena se hallan surtos constantemente un regular número de buques cuyas tripulaciones también deben merecer alguna consideración”.

Aquella ciudad cuya esencia nació en la Campa Torres, que siglos más tarde se volvió romana a la sombra del Cerro, que creció con sordina, encorsetada por sus murallas cambiantes, ciudad de mar con vocación milenaria, había aprovechado la segunda mitad del siglo XIX para pegar su primer gran estirón. De los apenas 9.000 habitantes en 1850, la población se multiplicó casi por cuatro en poco más de medio siglo. Es en ese último tramo decimonónico cuando el Ayuntamiento, derribada ya la famosa muralla en forma de estrella que había sido levantada a raíz del estallido de las guerras carlistas, se plantea no sólo crecer, sino también embellecer, y esa era la filosofía de los tres planes de mejoras locales (años 1861, 1867 y 1882), con proyectos que incidían en el casco histórico de la ciudad, con apertura de nuevas vías, ensanche de las ya existentes, construcción de aceras y pavimentación. Se hizo lo que se pudo porque los presupuestos, siempre constreñidos, no daban para más. Dentro de aquella tendencia a mejorar la estética urbana, en 1876 se aborda, por ejemplo, el amueblamiento del paseo de Begoña, que incluía dos docenas de farolas. “En 1888 se construyó el kiosco de la música proyectado por Rodolfo Ibáñez, año en que también se instaló un alumbrado eléctrico —si bien con carácter excepcional y limitado a los festejos veraniegos— compuesto por 17 columnas con lámpara de arco voltaico” (*La obra pública municipal en Gijón*). De Begoña hablaba Joaquín Alonso Bonet en su *Biografía de la villa y puerto de Gijón*, aunque para ello sea preciso dar un pequeño salto en el tiempo y situarnos en la primera década del siglo XX: “Seguía en todo su esplendor el paseo de Begoña. Y en la temporada estival se instalaban en el recinto, convirtiéndolo en un reino de fantasía, unos barracones que todavía recibían el nombre de ‘panoramas’ y que no eran otra cosa que las atracciones con ligeras variantes de las ferias de hoy [el libro fue editado en 1968]”, escribía el periodista Bonet. “Culminación de tantas maravillas fue el arco de cuatro mil bombillas, colocado en 1902. Era la exhibición eléctrica de una empresa que venía en plan de competencia con la industria de gas y electricidad que, desde hacía muchos años, funcionaba en Gijón. Sensacional novedad que relegaba a segundo plano los antiguos bastidores. Luces policromas extendidas a lo largo del paseo para admiración y delicia de propios y extraños”. Aquella nueva empresa se llamaba La Sociedad Electra Industrial de Gijón y tenía su sede en el barrio de El Llano. La Electra, creada en 1900, era la tercera en discordia frente a un dúo industrial formado por la Compañía Electricista de Gijón, promovida por el industrial Victoriano Alvargonzález, y la Sociedad Menéndez Valdés y Compañía, que ya estaban a un paso de fusionarse.



“A pesar de que hace un siglo muchas casas de la zona de El Llano no contaban con electricidad, era precisamente allí donde se generaba gran parte de la electricidad destinada a la ciudad. Sí la había, sin embargo, en las casas existentes a la orilla de la carretera Carbinera, por donde pasaba el tranvía. La Electra tenía como empresa competidora en Gijón a la Compañía Popular de Gas” (*Historias de El Llano*). El historiador Luis Miguel Piñera en su libro *Las calles de Gijón. Historia de sus nombres* relaciona la subestación eléctrica con Lorenzo Moret, presidente del consejo de administración de una firma cuya fábrica se convirtió en un icono del perfil del barrio obrero gijonés. La Electra pasó a depender enseguida de la nueva Compañía Popular de Gas y Electricidad y tuvo una vida activa como lo prueba el hecho de que en 1923 el Ayuntamiento concediera permiso a la Compañía Popular para ampliar sus instalaciones en El Llano.

Efectivamente, la Menéndez Valdés y Compañía mantuvo una relación muy dilatada con el Ayuntamiento gijonés, y no exenta de tensiones (en ocasiones, por qué no decirlo, fue guerra abierta). En 1889 esta sociedad industrial llevaba casi 20 años al cargo del alumbrado de gas, tanto público como particular. Es la Menéndez Valdés, sociedad en comandita, la que toma la iniciativa de plantear al Consistorio un problema que los nuevos tiempos amenazaban con catapultar sobre sus espaldas mercantiles: la llegada de la electricidad. “Anticipándose a la época en que el municipio, con arreglo al contrato existente, podrá exigir de la empresa el establecimiento de luz eléctrica”, la compañía pide colaboración y plantea un órdago que a punto estuvo de provocar un cataclismo en aquella corporación gijonesa, condicionada por un marasmo de influencias y recelos mutuos tal y como trasluce la lectura de los expedientes municipales.

El problema residía en uno de los artículos del contrato entre el municipio y la empresa Menéndez Valdés, el número 28, redactado de la siguiente forma: “Si se inventara durante el tiempo de duración de este contrato un nuevo sistema de alumbrado preferible al del gas, y se adoptase para iluminar las calles, plazas y paseos en poblaciones de la categoría de Gijón, la empresa se obliga a establecerlo cuando se le ordene. Si los gastos de explotación fuesen mayores se abonará la diferencia, al paso que si fuesen menores se hará la correspondiente rebaja, resolviendo en estos casos por medio de peritos nombrados directamente por el



Proyecto de candelabro para la calle Corrida, firmado por el arquitecto municipal Mariano Medarde en 1902. (AMG).



Broma en noche de luna

[...]

Por último, la Cárcel y la Torre del Reloj a ella adosada, que bien recientemente fueron derruidas.

A propósito de esta Torre, cuyo reloj —único público de la población durante muchos años— solía desmandarse, sonando entonces su campana hasta que se concluía la cuerda, no puedo resistir la tentación de contar un suceso rigurosamente cierto que he oído referir a uno de los protagonistas y que tiene bastante gracia. Fue que, paseando una oscura noche —de aquellas en que el alumbrado público no se encendía por ser de luna en el calendario— por la villa unos cuantos jóvenes de buen humor, al llegar por la plaza del Ayuntamiento a la calle de Recoletas —subida de la Cárcel—, empezó a sonar la campana del reloj sin descanso, y entonces los jóvenes en cuestión se pusieron en fila haciendo ademán de tirar de una cuerda imaginaria con movimientos acompasados que parecía se transmitían al badajo. Como la noche estaba oscura y los escasos faroles de entonces apagados, la ilusión era completa. Así pues, el sereno, que bajaba por la cuesta, al observar la maniobra de aquellos bultos en la penumbra, empezó a dar saltos para intentar cortar la cuerda con el chuzo y dar fin al tañido de la campana, hasta que, rendido por la inútil gimnasia, y comprendiendo, tarde ya, la broma de que era víctima, intentó detener a los burladores, que huyeron dispersándose en todas direcciones, por lo que no pudo alcanzar a ninguno.

Publicado en *Recuerdos del Gijón pasado (1857-1894)*, de Felipe Menéndez (Colección Fortuna Bañera 2. Ateneo Obrero de Gijón, 1991)

Ayuntamiento y la empresa, y caso de discordia por un tercero, que nombraría el señor juez de 1.ª instancia”. Es evidente que había negocio porque la empresa pide —y se le concede— construir una “fábrica de electricidad” que garantizaba el suministro en un perímetro urbano definido por la autoridad municipal y formado por las calles Boulevard (el tramo de paseo de la calle Corrida), Trinidad, Plaza Mayor, San Bernardo, Jovellanos, Los Moros y el segundo tramo de Corrida hasta la plaza del Seis de Agosto. “Durante los primeros años el servicio de alumbrado público estará limitado entre media hora antes de la puesta de sol y las once o la una de la noche, según las estaciones”.

Victoriano Alvargonzález Suárez-Zarracina, el gijonés de la competencia, entra en juego. A Alvargonzález ya lo mencionamos por sus iniciativas de iluminación veraniega en el paseo de Begoña. En los últimos años de la década de los ochenta había solicitado una concesión de permiso para establecer una “fábrica de electricidad y tender por las calles de la población conductores o cables por donde haya de circular el fluido eléctrico [...] con el objeto de facilitar a los vecinos, dentro de sus habitaciones, el uso y empleo de la luz eléctrica”. En su currículo, algunos notables antecedentes, porque Alvargonzález había realizado las instalaciones eléctricas, con notable éxito, en Pontevedra y León. La Sociedad Menéndez Valdés y Compañía contraataca y ofrece, a cambio del monopolio del servicio durante unos determinados años, “la mitad” de la Fábrica del Gas del arrenal de San Lorenzo a la terminación del contrato. Y por una prórroga de otros diez años, no sólo esa mitad de bienes inmuebles, sino también el 50 por ciento de la producción. Como no existían contadores, la eléctrica planteaba para el uso particular una especie de tarifa plana consistente en “cinco pesetas la lámpara incandescente de diez bujías”. La oferta para el alumbrado público era de 12 céntimos de peseta por amper/hora, medida que venía a corresponder más o menos a unos 100 vatios/hora. Las calles de Gijón estarían alumbradas todo el año, “incluso en noches de luna llena, hasta media hora antes de salir el sol”.

La Corporación municipal acabaría firmando un contrato, no sin antes quejarse amargamente de las tarifas “porque los precios señalados no sólo parecen excesivos en el momento actual sino que a medida que los adelantos de la ciencia eléctrica se vayan verificando lo serán cada vez más”. Y no le faltaba razón a esta ubicua Comisión de Alumbrado. No iba a pasar mucho tiempo para comprobarlo.



A Victoriano Alvargonzález se le concede el permiso para levantar su fábrica, inaugurada en 1889, lo que demuestra que los planes de la Menéndez Valdés para hacerse con el monopolio no llegaron a buen puerto. Alvargonzález, no obstante, comunica en enero de 1890 que cede derechos y obligaciones de su concesión para establecer alumbrado en la ciudad a la Sociedad Electricista de Gijón, cuyo gerente era Juan Galarza. “Esta sociedad se compromete a establecer el alumbrado público ordinario sustituyendo cada farol de luz de gas por otro con una lámpara de incandescencia de diez bujías, con un término medio de alumbrado al año de 1.500 horas por lámpara y un precio alzado de 20.000 pesetas anuales”. En ese precio iban incluidos los gastos de consumo, la renovación de lámparas y los gastos de entretenimiento. “El Ayuntamiento podrá disponer que en los puntos donde más le convenga se instalen lámparas de mayor o menor intensidad”. El tiempo de duración del contrato estaba planteado en 20 años. Jesús M. Acebal, el representante de la Sociedad Electricista que firma la propuesta concluye diciendo que “el Ayuntamiento obtendrá una notable economía sobre el precio que actualmente abona, consiguiendo al propio tiempo una mayor potencia luminosa”.

Y era verdad, en lo que respecta al dinero y también en la luminosidad de las calles. La propuesta era tan interesante que ahora, desde la perspectiva que nos da el mucho tiempo transcurrido, cabe la duda de si no se trataba de una carga de profundidad de enorme eficacia contra la Sociedad Menéndez Valdés, concesionaria de la iluminación por gas. De hecho, en los acontecimientos posteriores la Administración local utiliza los datos de la Sociedad Electricista de Gijón como argumento en sus negociaciones. La Comisión de Alumbrado da, sin embargo, total validez a la propuesta de la Electricista porque “esta empresa ya suministra energía a los particulares en Gijón con magníficas condiciones de fijeza, tal y como lo hace con excelente éxito en varias capitales de España”.

Pero había un contrato de por medio y fue necesario renunciar a la nueva apuesta industrial. Y quizá por el amargor de tener que aguantar unas condiciones que podían mejorarse o porque la modernidad llamaba a la puerta con estruendo e insistencia, el Ayuntamiento se pone duro con la empresa concesionaria y, haciendo uso del ya referido artículo del contrato vigente, “ordena” a la Menéndez Valdés que sustituya cuanto antes todo el alumbrado de gas de Gijón por el eléctrico. Era el mes de enero de 1891.

LA TENSION DE LA ELECTRICIDAD

Unos meses antes la Comisión de Alumbrado, todavía deslumbrada (y nunca mejor dicho) por las condiciones planteadas por la Sociedad Electricista, manda recado al Pleno municipal: “Debemos sin embargo hacer observar al Ayuntamiento un hecho que no puede dejar de tener en cuenta y es que se viene a demostrar que el alumbrado eléctrico que se halla establecido con brillante éxito en muchas poblaciones de varias categorías puede producirse en condiciones económicas ventajosísimas con respecto al alumbrado de gas (...). El Ayuntamiento tiene el deber ineludible de hacer uso inmediatamente de la facultad que sabia y previsoramente se reservó en el contrato con la Sociedad Menéndez Valdés y Compañía, ordenando a dicha sociedad que desde luego sustituya el alumbrado de gas por el eléctrico”.

Y estalla el conflicto. Los rectores municipales quieren la electricidad en forma de “aquí y ahora”, la Menéndez Valdés se hace fuerte. El artículo 28 habla de obligaciones, pero no de plazos. Un informe de la Corporación que en aquellos años presidía Faustino Alvargonzález señala que “como en el artículo 28 la obligación se expresa de una manera clarísima, concreta y terminante, pero no se señala plazo o día fijo para su cumplimiento, la primera cuestión que se presenta es la determinación de dicho plazo”. Y prosigue: “Para los servicios administrativos, quien debe hacer tales fijaciones de término es la autoridad o Corporación que tenga el encargo de velar por el servicio de que se trata. Es, pues, evidente, que en el presente caso corresponde al Ayuntamiento la determinación del plazo prudencial”.



Reloj para el encendido de las antiguas farolas de gas. (Fondo municipal).

Lo que se propone a la Menéndez Valdés incluía condiciones tan duras que la empresa del gas las tomó como toda una declaración de guerra. Y no le faltaban razones. El Ayuntamiento “requiere a la empresa para que sustituya el alumbrado de gas por el eléctrico y que al efecto en el término de 45 días a contar desde la fecha en que se le comunique este acuerdo, presente el oportuno proyecto”. Y hay más porque “el Ayuntamiento revisará el proyecto, fijará los plazos de obras y resolverá las variaciones que crea convenientes en el pliego de condiciones”, entre ellas las económicas. “El precio que ha de pagarse por el nuevo alumbrado será por ahora el de siete céntimos de peseta, pero si la Menéndez Valdés y Compañía cobrara menos a los particulares el Ayuntamiento ha de disfrutar por lo menos de igual beneficio”.

La Menéndez Valdés pone el grito en el cielo, se queja del acuerdo “arbitrario e ilegal”, habla de “error gravísimo” y “palmaria infracción”, y dice que pagar siete céntimos por hectovatio/hora es inasumible. Su contrapropuesta aumentaba considerablemente los precios: “Será el establecido por otras compañías en poblaciones de primer orden, es decir, 15 céntimos de peseta amper/hora [corresponde a 100 vatios/hora] para particulares, y 12 céntimos para el municipio y el alumbrado público”. Durante los primeros años de servicio, proponía la Menéndez Valdés, el alumbrado estaría limitado entre media hora antes de la puesta del sol y las once y un minuto de la noche.

Luminarias, relojes urbanos, tranvías —aún tirados por acémilas—... La civilización, en suma, en el casco urbano de principios de siglo XX. (Fototeca del Muséu del Pueblu d' Asturias).



El Ayuntamiento no entró en razones: “Nuestro derecho a exigir el alumbrado a razón de siete céntimos está consignado de manera clara y terminante [...] podríamos excusarnos perfectamente de estudiar si es o no equitativo, si es remunerado o ruinoso, pero eso debió verlo la sociedad antes de aceptarlo”. Las partes se enrocaron, el gerente de la Menéndez Valdés manifestó resueltamente que de ningún modo podrá suministrar el alumbrado a ese precio, e insistió en que no daría la luz a esos siete céntimos, porque sería ruinoso”. Hay “clases” de Geografía. Los concejales aseguran que el precio de la luz es más barato en cualquier localidad de Inglaterra, Bélgica, Francia, Alemania y, por supuesto, España. “La Comisión ha adquirido el pleno conocimiento de que ese precio es superior al que rige en las más modernas instalaciones de estos países”, mientras la empresa negaba la mayor.

Al margen de confrontaciones económicas, la energía eléctrica salía más barata, en cualquier circunstancia, que la de gas. El farol/hora tradicional costaba al erario público unos tres céntimos, mientras que con la luz eléctrica —y con las tarifas de la Menéndez Valdés— el coste no rebasaba los dos céntimos, incluida la renovación de lámparas.

Eduardo Menéndez Valdés, director gerente de la compañía concesionaria del alumbrado público en Gijón, recordaba en un escrito que dicha empresa venía prestando su servicio desde abril de 1869, reconocía que el artículo 28 del contrato habilitaba al Ayuntamiento para decidir la adopción de otro sistema de iluminación que no fuera el gas, pero se quejaba de las formas: “El 3 de enero de 1891 el Ayuntamiento adoptó un acuerdo por el cual se proponía cambiar en absoluto y sin justificación bastante el sistema



de alumbrado [...]. El referido acuerdo barrenó por completo el contrato existente, excedió de tal manera el círculo de atribuciones del que lo tomó y lesionó de tal modo los derechos de la sociedad que suscribe que esta se vio en la necesidad de utilizar cuantos recursos legales se encuentran establecidos para impedir tamaño agravio”. Al final, lo que se preveía. Hubo recurso contencioso-administrativo, de cuya resolución no hay constancia documental en el Archivo Municipal de Gijón, probablemente porque llegó a existir un acuerdo previo a la resolución del pleito.

Se pierden casi tres años y, al final, el Ayuntamiento reconoce que había tomado acuerdos “con infracción del contrato vigente, lesionando el derecho de la empresa”. La Corporación municipal baja el tono y emite un informe que entre otras cosas dice: “Si en el transcurso del tiempo el Ayuntamiento considera conveniente y recomendado por el mayor adelanto de los intereses que representa introducir alguna variación en el actual alumbrado por gas que tiene la localidad, bien sea perfeccionando el sistema o adoptando otro nuevo por vía de ensayo o en concepto de definitivo, pero siempre con carácter limitado o temporal, procederá con arreglo a lo que preceptúan las disposiciones legales vigentes, lastimando lo menos posible los derechos que legítimamente se hayan adquirido” (4 de agosto de 1893).

El espíritu de las fiestas anidaba en la nota oficial. Ya no era electricidad aquí y ahora, sino cambios limitados sin lesionar intereses. La paz tuvo consecuencias funestas para la Sociedad Electricista de Gijón. La Menéndez Valdés, quizá como parte del acuerdo de acercamiento entre empresa y municipio, envió aquel mismo año una petición para que el Ayuntamiento “revisara [era un eufemismo] los contratos” hechos para el establecimiento de servicios de alumbrado eléctrico en diferentes dependencias del municipio” y en determinadas calles. Se hacía referencia a la “dudosa” legalidad de la decisión municipal para el contrato de iluminación festiva en Begoña en 1891 y pide “que se ponga el debido remedio a las trasgresiones legales que se han cometido en este asunto”.

Dicho y hecho, que para eso había pacto. En una decisión casi inmediata “el Ayuntamiento de Gijón no tiene más remedio que declarar nulos los acuerdos con la Sociedad Electricista, que cesa en el suministro de las iluminaciones de Begoña, Casa de la Villa, Cárcel, Cuadras y Escuelas”. El pez grande había puesto el ojo en el chico y estaba a punto de comérselo.

El hectovatio/hora

El kilovatio actual son, como se sabe, 1.000 vatios. Por entonces no era necesaria tanta potencia y se medía en hectovatios, o sea, 100 vatios. Los siete céntimos de peseta que pedía la empresa concesionaria por hectovatio/hora vendrían a ser el equivalente hoy (año 2010) a unos 12 céntimos de euro.

El termómetro del crecimiento

En 1884 Gijón consumía 208.000 metros cúbicos de gas. Cuatro años más tarde, en 1888, el consumo general de la ciudad ascendía a 288.000 metros cúbicos, casi un 25 por ciento más. La urbe crecía y los consumos se disparaban.

Verano de 1897

La Comisión encargada de preparar los festejos del verano gijonés acuerda "contratar a la Banda del Regimiento de Zaragoza, subvencionar dos corridas de toros, dar un banquete a los niños pobres que por su aplicación y buen comportamiento obtengan premio en los exámenes extraordinarios, dos veladas de fuegos artificiales, una en los muelles y otra en la playa; regatas y cucañas de mar, e iluminaciones.

Al final la sangre no llegó al río porque, con buen criterio, ambas sociedades —la Electricista de Gijón y la Menéndez Valdés y Compañía— optaron por unirse y formar la Compañía Popular de Gas y Electricidad, nacida en 1901. El convenio garantizó la permanencia de la Fábrica del Gas en La Arena y, de paso, de la central térmica en El Llano, de La Electra, absorbida posteriormente. En la postguerra, la Popular de Gas, el embrión de lo que en 1987 sería Gas Asturias, fue a su vez absorbida por Hidroeléctrica del Cantábrico.



Modelos de faroles de alumbrado de gas diseñados para adornar (y alumbrar) la calle Corrida (año 1902). El de la derecha está coronado con un arco voltaico. (AMG).



La Compañía Popular de Gas y Electricidad de Gijón se resistió a la fusión, como empresa fuerte que era. La operación se llevó a cabo en plena postguerra, en 1942. Tres años antes, Hidroeléctrica había adquirido las acciones de la Sociedad Popular Ovetense. En realidad, la relación entre Hidroeléctrica y la Compañía Popular de Gas fue estrecha desde los inicios de la década de los veinte cuando la primera suministraba energía gracias, sobre todo, a la producida en la central de La Malva, en Somiedo, puesta en servicio desde 1917.



La calle Instituto con un alumbrado mixto compuesto por farolas de pie y farolas colgantes. Estas últimas llegaron a ser muy características y utilizadas en distintas calles y plazas de la ciudad, incluso hasta mediados del siglo XX. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

La Compañía Popular de Gas, una sociedad anónima filial del Crédito Industrial Gijonés y resultado de fusiones como hemos visto, logró el monopolio del servicio durante tres décadas con un contrato que la unía al Ayuntamiento desde 1914 a 1933 para el suministro de alumbrado público y calefacción. Un año más tarde, un nuevo convenio prorrogaba el suministro de gas de hulla para alumbrar las calles de la ciudad, aunque ya por entonces la electricidad iba camino de ganar definitivamente la batalla. Aquel primitivo contrato fue consecuencia de una subasta que, a la luz de los expedientes, cabe suponer que tuvo mucho de diseño en la sombra. En Gijón se presentó un solo pliego y, en Madrid, en subasta paralela como mandaba la legislación, no hubo candidatos. La Compañía Popular se comprometía a suministrar el metro cúbico de gas a 15 céntimos de peseta. Hablamos de gas, efectivamente, pero el artículo 11 del contrato señala que “el Ayuntamiento se reserva el derecho de alumbrar por electricidad, como alumbrado exclusivo o simultáneamente con el gas de hulla, las vías de la villa que tenga por conveniente”. El contrato era leonino,

El resurgir de la ciudad moderna

“A principios del siglo XX residía ya en los cinco concejos de la zona central de Asturias el 62% de la población. Oviedo tenía 48.103 habitantes, Gijón, 47.544; Avilés, 12.763; Langreo, 18.714, y Mieres, 18.083, mientras que el 38% restante se repartía en las capitales del resto de los concejos, en las villas marineras y en la zona rural. El desarrollo de las ciudades vino también parejo al desarrollo industrial, que en estas cinco ciudades reestructuró espacialmente sus antiguos trazados, favorecidos por la creación de servicios básicos como la luz o las traídas de agua, aunque también diferenció los espacios de las nuevas clases sociales. En Gijón, parte de la burguesía e indianos retornados empezaba a ocupar el ensanche jovellanista o las zonas en torno a la plaza elíptica de San Miguel, mientras los obreros lo hacían en El Natahoyo, Cimavilla, La Calzada y en El Humedal” (*Asturias, un siglo al día. Crónica e imágenes de la vida cotidiana [1900-1975]*).

850 faroles para alumbrar una ciudad

Cuando en 1914 se firma el contrato entre el municipio y la Compañía Popular de Gas y Electricidad, la estructura de luminarias públicas en Gijón ascendía a 850 faroles “montados sobre pescantes o candelabros de hierro”, de los que 600 eran propiedad de la empresa concesionaria y los otros 150, del Ayuntamiento. Estos últimos estaban distribuidos en una docena de calles del centro, como Trinidad, Pi i Margall o la plaza del Seis de Agosto, pero sobre todo iluminaban la calle Corrida en sus dos tramos.

Modelo para la calle Corrida del arquitecto municipal, Miguel García de la Cruz, en 1914. Era muy parecido al que apenas tres años antes García de la Cruz había diseñado para el paseo de Begoña y que también iluminó Marqués de San Esteban, Covadonga y el muelle local, entre otras zonas, aunque de mayor altura y con una muy recargada voluta central. (AMG).



pero Joaquín de la Torre, consejero delegado de la Compañía Popular, firmó, con apabullantes consecuencias, como veremos más adelante.

En los hornos de la empresa local de transformados metálicos Laviada y Cía. se fundieron con alguna frecuencia las farolas gijonesas. De allí salió en 1911 la docena de columnas que fueron instaladas en el paseo de Begoña, ya exclusivamente para alumbrado eléctrico. Pesaba cada una de ellas 726 kilos, pero sólo costaba unas 330 pesetas por unidad a pesar de su altura, 8,70 metros. Laviada, nacida en terrenos cercanos precisamente a Begoña, había sido fundada a mediados de siglo XIX y, no mucho más allá de aquel año de fundición de las farolas, daba trabajo a unos 600 obreros. La fundición de farolas nunca fue su principal cometido fabril, sino más bien la fabricación de tuberías y baterías de cocina. En 1911 su producción anual se aproximaba al millón de kilos.



La fábrica de luz de La Electra, en El Llano, como telón de fondo de un partido de fútbol en el barrio. Hacia 1925. (Foto de Constantino Suárez. AMG).

De la central térmica de La Electra Industrial nos queda el nombre de una calle, en El Llano, y el parque de la Fábrica de la Luz, ubicado en el solar donde aquella fábrica surtió de electricidad a los gijoneses durante no pocos años. Finca limitada por las calles Pérez de Ayala, Saavedra, la propia calle Electra y, más al norte, la de Fray Ceferino. Su localización en El Llano no fue por casualidad. Luis Miguel Piñera y Francisco Javier Granda, en su estudio *Historias de El Llano*, de la colección Memoria de Gijón, lo explican: “El Llano tenía sus ventajas para instalar fábricas. Además de que sus terrenos fueran tan llanos como los de El Natahoyo, la carretera Carbonera lo comunicaba relativamente bien con el centro y con el puerto. El carbón llegaba de las cuencas mineras por la Puerta la Villa y una vez en la plaza del Seis de Agosto los carros iban por vías entonces secundarias”. Tras El Natahoyo y La Calzada, El Llano fue el tercer barrio industrial de la ciudad. La Electra se alimentaba, claro está, de carbón. Con el paso del tiempo la fábrica dejó de generar corriente, pero no por ello perdió su importancia estratégica, porque se convirtió en un punto clave de distribución de energía. La Electra compartió barrio con la fábrica de forjas de Orueta y con otras empresas significativas como la fábrica de chocolates La Primitiva Indiana.

Ahorrando hasta la última peseta

El alumbrado era caro para un Ayuntamiento que siempre anduvo con lo justo. En 1899, la Alcaldía toma medidas para frenar el gasto en el Boulevard, que así se llamaba uno de los tramos de la calle Corrida. Y se acuerda “suprimir la condición de que los focos alumbren todos los días, pudiendo utilizarse en esta forma durante aquellos meses de primavera y otoño en que hay paseos públicos, y en el invierno sólo en aquellos días de buen tiempo, porque en esta época sería muy sensible gastar un alumbrado que cuesta tanto dinero y que por la lluvia y el mal tiempo no podría servir para paseo”. Diez meses de luz pública en el Boulevard costaban entonces 5.544 pesetas. Las farolas alumbraban tres horas cada noche y costaban unos 70 céntimos por foco y hora.

Farolillos de papel

Año 1900. “Se acuerda la compra de 4.000 farolillos de papel, con su bujía, a 0,37 pesetas uno, y de 1.000 bombillas de cristal lechoso a 1 peseta, a propuesta de la Comisión de Festejos”. El encargo, para un industrial llamado Pablo Suero por importe de 2.480 pesetas.



La calle Corrida a principios de siglo. Las farolas se complementaban con un pedestal, muy al gusto de la época. (AMG).

El Gijón industrial de principios del XX hervía y con él la necesidad de alumbrado y fuerza. Aquellos fueron años mágicos. En apenas dos años, 1900 y 1901, se crean en la ciudad la Compañía Gijonesa de Maderas, la Gijonesa de Hilados y Tejidos, la Sociedad Española de Aceites Vegetales, la Constructora Gijonesa, la Sombrerera, la Cerámica



Gijonesa Hijos de Pola, la Compañía Asturiana de Artes Gráficas y la Trefilería Gijonesa, además de la ya nombrada Compañía Popular de Gas y Electricidad. Una buena colección de iniciativas para una ciudad que inició el siglo XX con apenas 48.000 habitantes en su padrón municipal. “Entre 1897 y 1904 se instalan en Gijón un total de 42 sociedades por acciones con un capital social superior a 13 millones de pesetas corrientes, dentro de una amplia gama de actividades”, señala Moisés Llordén Miñambres en su obra *Desarrollo económico y urbano de Gijón, siglos XIX y XX*. Entre ellas se contaban tres del ramo de la electricidad, que generaron una inversión de 3,7 millones de pesetas.

Cuando echamos una ojeada a los expedientes municipales que obran en el Archivo Municipal de Gijón encontramos que en ese primer lustro del siglo XX hay una actividad frenética impulsada desde la Administración local en lo relativo a alumbrado. Entre 1901 y 1904 existen un total de veintidós expedientes en esta materia. En 1901, por ejemplo, se procede al tendido de cables eléctricos en Somió; en 1902 se instalan 26 farolas en la calle Corrida; un año más tarde los faroles de gas son sustituidos por energía eléctrica en la calle del Instituto y la plaza de San Miguel, y se adquieren otras 68 luminarias para el segundo tramo de Corrida. Las vendió la propia Compañía Popular de Gas y Electricidad al precio de 6.000 pesetas. Ese mismo año la luz eléctrica llega nada menos que a la carretera del Obispo.



La calle Uría vista desde la zona de Los Campos, en los primeros años del siglo XX. La iluminación pública había llegado mucho antes que el pavimentado. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

La plaza de San Miguel. La postal está fechada en 1911. (AMG).



“El uso de la electricidad iba en aumento y ello llevó a que la mayor parte de las fábricas construidas desde 1899 y muchos de los establecimientos existentes instalaron pequeñas centrales productoras de electricidad para su uso particular. Otras, como la Compañía de Tranvías de Gijón, electrificada en 1909, prefirieron contratar el suministro con la Compañía Popular. Las pequeñas centrales de uso particular y las termoeléctricas instaladas en las ciudades eran la respuesta a un importante problema técnico que frenaba la expansión de la electricidad: no se había descubierto la forma de trasladarla a largas distancias sin que se produjeran excesivas pérdidas de energía” (*Biografía de la villa y puerto de Gijón*, tomo II). Las industrias gijonesas lo tenían un poco más fácil que las del resto del país porque aquí había carbón, fácil de conseguir y a relativo buen precio. La hulla fue durante décadas el principal alimento de las centrales eléctricas instaladas en las fábricas, aunque todo el mundo asumiera que el futuro —más bien el presente— pasaba por el uso de la hidroelectricidad. El historiador Luis Miguel Piñera recuerda que, ya en 1900, la Sociedad Electricista de Gijón había instalado un salto para la producción de electricidad cerca de Pola de Laviana, fluido que llegaba a la estación de El Llano “donde la energía se distribuía al centro de la ciudad mediante cables subterráneos, mientras que a las zonas situadas en las afueras la energía llegaba por líneas aéreas. Las zonas de mayor consumo eran ya La Calzada y El Musel, que recibían 23.000 voltios”.



La calle Jovellanos, probablemente en los años veinte. Había iluminación en la calle, como se puede observar al fondo, aunque aún faltaban unos años para que la principal vía de acceso urbano a la playa de San Lorenzo fuera rematada con La Escalerona. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

En noviembre de 1909 se crea en Gijón la sociedad obrera Luz y Fuerza, que agrupaba al sector de los gasistas y electricistas, al calor de la recuperación del asociacionismo obrero a partir de 1908, en buena medida patrocinado por el anarquismo. Un asociacionismo, modesto y atomizado, que se centraba en la actividad de pequeños sindicatos de oficio. El primer domicilio social de Luz y Fuerza fue en la calle Anselmo Cifuentes, compartiendo espacio con los “hermanos mayores” del sindicalismo local, como los sindicatos ferroviario, metalúrgico y la Sociedad de Obreros del Puerto de El Musel. La asociación de gasistas y electricistas participa con dos representantes en el I Congreso Obrero de Gijón, en abril de 1916, un hito en la historia del movimiento obrero asturiano. En aquel momento había setenta personas afiliadas a Luz y Fuerza sobre un total de más de 6.000 obreros sindicalizados y —más o menos— organizados en torno a reivindicaciones tan básicas como la jornada de ocho horas.

De aquel incipiente movimiento obrero y de los gasistas y electricistas gijoneses se ocupaba el periodista de *El Heraldo de Madrid* y uno de los padres del socialismo en la capital del reino, Juan José Morato, quien en agosto de 1909 escribía: “Hoy renace en Gijón el movimiento obrero y por virtud de añejas —y en lo pretérito, bárbaras, enconadísimas— rivalidades de tendencia y de escuela, los organismos se agrupan en dos núcleos: uno, en el que están la Agrupación y la Juventud Socialistas, y otro en el que hay elementos anarquistas. Radican el primero en la calle Anselmo

Cifuentes; y el segundo, en la de Casimiro Velasco. En el primero tienen su domicilio hojalateros y lampisteros, los obreros en hierro, los panaderos, los peones de almacén y carreros, los tipógrafos, los tranviarios, los gasistas y los electricistas”.

Los gasistas y electricistas gijoneses se involucraron muy activamente en la famosa huelga del sector de 1920 que dejó a Gijón varios meses sin luz pública. El conflicto comenzó en marzo y duró meses. El alcalde de la ciudad, Gil Fernández Barcia, se hartó de enviar mensajes de socorro a la Corte, como este telegrama que remite al mismísimo ministro de la Gobernación y que tiene fecha de 2 de junio: “Continua Gijón sin alumbrado público temiéndose conflictos por tal motivo, agravándose esta anomalía con próximo comienzo época estival concurrencia numerosa forasteros que retraerán su venida o formarán juicio lamentable tratándose de un pueblo de tanta importancia y movimiento como Gijón. Se requiere pronta y eficaz intervención Gobierno para solución inmediata conflicto que afecta capital, trabajo y orden público”. Barcia también pide la mediación de Teodomiro Menéndez, que había sido nombrado un año antes diputado en Cortes por Gijón como representante de una coalición de izquierdas. Menéndez sabía mucho de huelgas (había sido detenido como participante, cuando no instigador, de las huelgas de 1916 y 1917), pero el paro asturiano de los gasistas, iniciado al parecer por los trabajadores de Saltos de Agua de Somiedo, siguió su curso. Esta empresa de Hidroeléctrica del Cantábrico había sido fundada el 1 de enero de aquel año 1920, con Policarpo Herrero como presidente del Consejo de Administración.

Hay en esta historia un trasfondo cómico, casi grotesco, porque cuando la Administración local exige a los serenos y policías municipales que, en orden al bien público, hagan ellos el trabajo de los empleados de la fábrica del gas, policías y serenos no sólo se niegan sino que también se declaran en huelga en solidaridad con los electricistas. La prensa local se hacía eco de aquel caos a oscuras y de los atentados contra farolas y luminarias que, según se puede suponer, tenían alguna relación con el conflicto laboral: “Desde hace días ha entrado un verdadero furor por destruir los faroles del que fue alumbrado público de gas. Mientras que algunos los convierten en tuta para ejercitarse en el lanzamiento de piedras, otros, más prácticos, se dedican a arrancar de las columnas o soportes las caperuzas que luego pasan a los depósitos de hierro viejo



donde las adquieren al peso. Ya que la guardia municipal, tanto diurna como nocturna, presenta impávida esta raza de faroles, bueno fuera que el inspector y las clases se dedicaran a denunciar a los ‘chatarreros’ que se aprovechan de esta anomalía”.



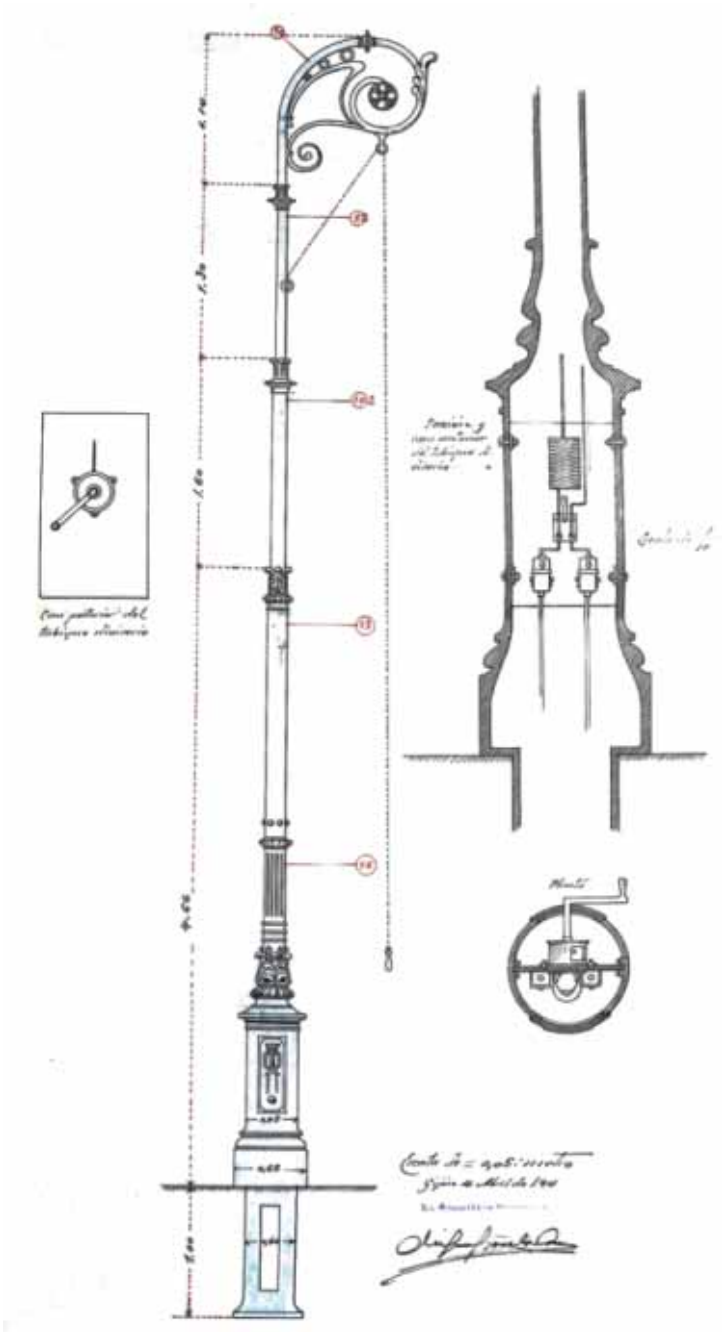
Luminaria al final del muelle de Liquerique, con el modelo de Miguel García de la Cruz, instalado a partir de 1911 en diferentes puntos de la ciudad. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

El comentario crítico del periodista le sirvió de coartada a la Compañía Popular de Gas y Electricidad para pedir al Alcalde que cese la “vandálica destrucción” consentida, para exclamar que “queda bien claro cómo anda la vigilancia” y para recordar que, según el artículo 39 del contrato de suministro de alumbrado público, “cuantos desperfectos fueran causados por efectos de la guerra, sublevación o motín en las instalaciones y aparatos establecidos sobre la vía pública serán reparados por cuenta y cargo del municipio”. El argumento no dejaba de ser pintoresco porque lo que previsiblemente hacían los trabajadores en huelga era un boicot a las luminarias, no un motín, tampoco una sublevación y, mucho menos, una guerra. El Ayuntamiento no lo tenía tan claro porque pidió dos informes jurídicos, uno de ellos al bufete del abogado madrileño Emilio Menéndez-Pallarés en cuyo dictamen el letrado se pregunta: “¿Existió o no motín?”. Y se contesta: “Una huelga no es un motín, y si aquella puede dar ocasión a este, ello ocurrirá cuando los huelguistas, en grupos numerosos, tumultuariamente, se entreguen a actos de coacción, destrucción o violencia contra industrias, establecimientos, servicios públicos, etcétera. Los actos de violencia individuales, aislados, aún siendo repetidos, cuando no llevan consigo la actuación del orden público, no revisten los caracteres de motín”.

La minuta que Menéndez-Pallarés pasó al alcalde, Genaro de la Riera, fue de 400 pesetas, que el Ayuntamiento consideró precio de amigo. No es de extrañar, porque el segundo dictamen, firmado por el abogado Ángel Osorio, se acercó a las 1.000. Estábamos ya a finales de septiembre y, ya solventada la huelga, las luminarias destruidas o estropeadas seguían sin funcionar por el enconamiento entre la Corporación y la Compañía Popular de Gas. Se trataba sólo el primer capítulo de una larga enemistad.

El segundo asalto no iba a hacerse esperar. El 8 de enero de 1921 la Compañía Popular de Gas y Electricidad pide ayuda urgente. Desde diciembre de 1911, cuando entró en vigencia el contrato del servicio de luz suscrito con el municipio, las tarifas no habían variado, entre otras cosas porque en el contrato no se especificaba ninguna obligación al respecto. La compañía remite un escrito al Ayuntamiento de Gijón en el que se dice que “de tal manera han cambiado las circunstancias del contrato, por la elevación enorme de los precios del carbón, jornales y materiales, que resulta verdaderamente ruinoso, no por deficiencias de cálculo o imprevisión de las partes, sino por causas extraordinarias, tales que han trastornado la economía en el mundo”. La empresa eléctrica daba datos precisos: en 1914 pagaba el carbón a 18 pesetas la tonelada, precio que en 1921 había ascendido —se lamentaba su gerente— a 75 pesetas. Un kilo de tubería de plomo cotizaba a 68 céntimos en 1914, pero costaba 1,32 pesetas siete años más tarde. Con los sueldos pasaba algo parecido: lo que era un jornal diario de 4,75 pesetas al comienzo de la I Guerra Mundial, se había convertido en 11 pesetas en el año 1921. ¿Cuánto costaba por entonces una columna de alumbrado? Pues unas 160 pesetas, calculaba la Compañía del Gas y Electricidad gijonesa.

“Los precios fijados en Gijón son insostenibles ya desde 1917”. Recordemos que se pagaban 15 céntimos el metro cúbico de gas. En Sebastián las tarifas llegaban a los 55 céntimos y en Santander, a los 50. En Bilbao y en Oviedo el metro cúbico se cotizaba a 35 pesetas, es decir, más del doble que en Gijón. Los argumentos eran de peso, pero había heridas abiertas. La contestación del Ayuntamiento gijonés no sólo es negativa sino que incluso tiene apuntes de mal gusto. La Corporación gijonesa “desestima por unanimidad” la petición, sin concretar, de aumento de tarifas propuesta por los suministradores, a la vez que manifiesta a la Compañía “el desagrado de muchos concejales por el incumplimiento del contrato, tanto respecto a la potencia lumínica de los mecheros cuanto también a la instalación o reposición del alumbrado en los barrios extremos”.



Proyecto, al detalle, de columna para el paseo de Begoña, con explicación de su mecanismo interior. Obra de Miguel García de la Cruz en 1911. (AMG).

Luz y grandes vistas

“Gran hotel restaurant de La Marina. Propietario José Elías. Alumbrado eléctrico y de mar, espléndidas vistas al mar. Casa recomendada por los señores viajeros. Muelle de Oriente y plaza del Marqués. Gijón”.

LUZ A LAS FÁBRICAS Y A LOS HOTELES

Hubo establecimientos pioneros en la puesta en marcha de la luz eléctrica. En 1891 el Gran Hotel Comercio contaba con un “espacioso comedor, adornado con el mayor gusto y alumbrado con luz eléctrica, así como las habitaciones principales” (*Hoteles de viajeros en Asturias*, de Gracia Suárez Botas). En muchos hoteles y fondas convivieron el gas y la electricidad durante décadas. Con la llegada del nuevo siglo se puede decir que casi todos los hoteles de media y alta categoría de las principales ciudades asturianas contaban ya con luz eléctrica en los espacios comunes y, en la mayoría de los casos, también en las habitaciones de los huéspedes.

Pero lo cierto es que “el empleo de alumbrado eléctrico debió de resultar un tipo de servicio público excepcional hasta casi la segunda década del siglo XX, ya que estas instalaciones aparecen vinculadas a su uso en los días festivos. Y así, aún en fecha tan avanzada como 1898, se proyectaban las columnas de alumbrado para la calle Corrida con uso mixto de gas y electricidad, ya que en días normales sólo se encendían los faroles que utilizaban el primer tipo de energía. Aunque es evidente que el alumbrado eléctrico fue imponiéndose progresivamente, llama la atención que en fecha tan avanzada como 1934 se firmara un nuevo contrato con la Compañía Popular de Gas y Electricidad para el suministro de gas de hulla con destino al alumbrado público por un período de diez años” (*La obra pública municipal en Gijón*).



La calle Corrida de noche. Cuadro pintado por Nicanor Piñole en 1916. (Museo Nicanor Piñole).

Buena parte de la infraestructura en aquellos primeros años del siglo llegaba de Alemania, una economía puntera en el mundo. Las lámparas germanas de la marca Excello eran consumidas en buena parte de las ciudades españolas, incluyendo Gijón. Las Excello se fabricaban en la factoría Koorting & Mathiesen, de Leutzsch-Leipzig. Cuando en 1911 el Ayuntamiento de la ciudad decide dar otro aire nocturno al paseo de Begoña, el contrato de iluminación lo gana el industrial Carlos Knappe Mueller, que publicitaba sus “lámparas de arco con carbones convergentes, con mecha de sales minerales y para corriente continua”. Knappe presentaba informes de sus contratos en Bilbao, San Sebastián, Valladolid, Santiago de Compostela, Zaragoza y, sobre todo, Madrid.

“La luz de estas lámparas es de color correspondiente a la clase de carbón que se emplee. El más frecuente es la luz amarilla por su gran intensidad, y en aquellos lugares donde se prefiera la luz blanca, puede ser blanca de perla (blanco rojiza) o blanca brillante (casi de un color blanco puro)”, explicaba el contratista. Los globos, la carcasa de tan sofisticadas luces, eran driópticos, que dispersaban los rayos luminosos, no se empañaban y no había que limpiarlos, “ideales para ser montados al aire libre y resistir las emanaciones salinas del agua del mar”. En estas circunstancias, la Administración local no se pudo negar a pagar 240 pesetas por cada una de las lámparas Excello (por fortuna, sólo se necesitaron once).

Publicidad de las lámparas alemanas Excello, lo más sofisticado en los primeros años del siglo XX. Costaban para aquellos tiempos la friolera de 240 pesetas por unidad. (AMG).



La Electra, lámparas al por menor

En 1916 abrió sus puertas en la calle San Bernardo un establecimiento de electricidad al por menor que llevaba nombre inequívoco, La Electra. Esta tienda, especializada en material eléctrico, fue la encargada de instalar los primeros anuncios luminosos en la ciudad. También tuvo prestigio comercial la Ibérica de Electricidad, una tienda que tuvo actividad en la década de los años veinte en la calle del Carmen y que comercializaba las famosas lámparas AEG.

Muchas de las fábricas del concejo ya funcionaban con energía eléctrica (la llegada de la electricidad a la Fábrica de Tabacos, en Cimavilla, fue todo un acontecimiento social en 1921 para los ya casi 1.000 empleados de la firma), pero la iluminación pública era la que era; o sea, poca cosa. Luis Fernández Valdés, “Ludi”, lo ironizaba en una de sus poesías recogidas en *Un kilo de versos*. El alcalde de la ciudad era Dionisio Velasco (lo fue desde 1911 a 1914) y Ludi situaba la escena en el despacho de la Alcaldía, con Velasco ejerciendo de Doña Inés y una joven gijonesa, de nombre Asunción, travestida literariamente como Don Juan Tenorio. Hablaban de la Plaza Mayor.

¿No es cierto, alcalde mayor,
que esta plaza desgraciada,
con jardines y asfaltada
estaría mucho mejor?

Ese sitio donde hay miles
de ovalados regodones
que en diversas ocasiones
sirvieron de proyectiles;
donde de noche hay candiles
de tan débil resplandor,
que al propio Cid Campeador
le dan un escalofrío.
¿No es verdad, Dionisio mío,
que olvidarlo es un dolor?

La Alcaldía de Velasco coincidió con la famosa procesión jovellanista del 6 de agosto de 1911 que celebraba el centenario del regreso de Jovellanos a su ciudad natal. Muy pocos meses más tarde, el gijonés Melquíades Álvarez fundaría su Partido Reformista dando inicio a una carrera política nacional de trascendencia y prestigio. Llegaría a ser nombrado en 1923 presidente del Congreso de los Diputados. Y precisamente en tiempos de Dionisio Velasco al frente del municipio se acometen las obras de ampliación del paseo del Muro hasta el puente del Piles, que traería posteriormente aparejado un sistema de iluminación que se mantiene, con ligeras variaciones, hasta la fecha actual. En 1912 nace la balaustrada blanca (que en sus inicios no era precisamente de este color)



La famosa procesión cívica de agosto de 1911 en las calles de Gijón en recuerdo de Jovellanos. El alcalde de la ciudad era Dionisio Velasco. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

junto a las pilastras rectangulares de sillería caliza del Naranco. Sobre este cierre, ya muy parecido al que ahora jalona el paseo marítimo desde San Pedro hasta el inicio de la Senda del Cervigón, el arquitecto municipal, Miguel García de la Cruz (1874-1935), proyecta en 1922 una línea de farolas que constituía una variación a la baja de la que el mismo García de la Cruz había diseñado ya en 1907 (el año en que se inician los trabajos de construcción del Muro de San Lorenzo). Las inicialmente planteadas eran piezas de fundición, muy estilizadas, de unos cuatro metros de altura, que finalizaban alegóricamente con el remate de un ancla invertida. El historiador Héctor Blanco en su monografía sobre García de la Cruz señala: “El modelo realizado finalmente se traza a comienzos de 1922 con diseño y tamaño más moderados que el anterior, y con un elemento de inspiración ciertamente singular: los candeleros de uso litúrgico (...). Inicialmente van a instalarse 17 unidades de este tipo, si bien la reforma de estas piezas, realizada en 1933, sustituyendo el capuchón por un doble brazo con focos de globo les dio su aspecto actual y extendió su instalación a todo el paseo marítimo. Desmanteladas en la década de los sesenta para la instalación de mástiles para banderas, a excepción de un ejemplar que permaneció sobre el ‘Tostaderu’ la remodelación del Muro realizada entre 1992 y 1993 significó su recuperación casi mimética”. Sólo que ahora todas las farolas del Muro tienen doble brazo.

La calle Corrida, bien pertrechada en lo que a iluminación se refiere. Abajo, modelo que García de la Cruz había diseñado para la balaustrada del Muro, antecedente de las actuales farolas blancas del paseo marítimo. (AMG).



Estamos a las puertas de uno de los acontecimientos más pintorescos de la historia de la iluminación pública local. Efectivamente, las 17 farolas a las que alude Héctor Blanco formaban parte de un proyecto nacido al inicio del verano de 1923. En el pliego del contrato se especificaba que deberían ser “farolas huecas, de hierro fundido de buena calidad” para ser instaladas sobre las balaustradas de piedra a lo largo del Muro. El presupuesto, con fecha de 16 de junio, quedó establecido en 8.307 pesetas. Había prisa. El alcalde, un recién estrenado en el cargo (por tercera vez) Gil Fernández Barcia, escribe incluso al gobernador civil de Asturias instándole a una rápida publicación en el Boletín Oficial de la Provincia de la convocatoria del concurso: “Tratándose del sitio predilecto de la colonia veraniega, encarezco a V.S. su urgencia con el fin de que [las obras] puedan realizarse antes de que la temporada estival alcance su período álgido”. El gobernador le hace caso, en el Boletín del 4 de julio se publican las bases, la adjudicación se la lleva un industrial asturiano llamado Gervasio de la Riera por 7.805 pesetas. De la Riera cumple y no es hasta ese momento cuando se plantea que hay que soterrar una conducción eléctrica para que aquellas hermosas farolas den luz. Después de tres concursos desiertos, la adjudicación de la instalación eléctrica se concede al industrial Juan Frías por algo menos de 12.000 pesetas y en el mes de noviembre, con el verano ya pasado y hasta olvidado.

Pero no sólo se trataba de tirar cables. La Compañía Popular del Gas recuerda que “no dispone de transformadores en la avenida de Rufo



Rendueles, ni de cable alguno de alta tensión que pudiera alimentarlos ni de red de baja tensión, alterna ni continua, que pudiera servir para el alumbrado de las lámparas públicas colocadas en aquella zona”. Por si alguien estaba dispuesto a recoger el guante la Compañía del Gas cifraba en más de 25.000 pesetas los gastos de instalación de transformadores y de cable de alta tensión.

Paralelamente, el propio arquitecto municipal, Miguel García de la Cruz, desaconsejó en un informe la colocación de las farolas en primera línea “por entender que tratándose de una obra como la del Muro, sometido a los violentos efectos del mar, no tiene condiciones para que sobre él se coloquen columnas [...]. Mi parecer es que el alumbrado debe instalarse en los bordes de las aceras o paseos, de modo que iluminen la calle en todo su ancho”. Aquel informe no deja de ser sorprendente y lleva fecha de junio de 1924, es decir, un año después de la adjudicación de las farolas que con tanta urgencia se tramitaron. Tres meses más tarde otro informe municipal admite el “fracaso” del proyecto “por falta de un estudio debidamente efectuado”.



El Café Dindurra, con terrazas; la iluminación pública en Begoña y, al fondo, la iglesia de San Lorenzo, templo que nació con el siglo XX y que en la foto luce sus dos agujas, derribadas años más tarde durante la Guerra Civil. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).



Publicidad de la marca AEG en un catálogo comercial asturiano de 1923.

Hay, de todas formas, un dato que ha de tomarse en cuenta. En agosto de 1924 se celebra en Gijón la I Feria de Muestras, ubicada en el paseo de Begoña. Un acontecimiento social y comercial de primer orden que iba a tener afortunada consolidación en años sucesivos. En el programa de los festejos se incluían verbenas en el paseo de Rufo Rendueles, circunstancia que anima a pensar en alguna alternativa lumínica al fracaso de meses precedentes. En aquella Feria de Muestras, en uno de los más de 200 *stands* abiertos al efecto, tenía presencia la firma Adaro, fundada en 1901, fábrica para la fundición de aparatos relacionados con la luz eléctrica, entre otros campos industriales. Suministros Adaro fabricaba lámparas eléctricas, pero también toda clase de conexiones y accesorios eléctricos.

Algunas fotografías históricas de Gijón nos ilustran. Las de la recién inaugurada Escalerona. La escalera monumental que da acceso a la playa abre sus escalinatas en julio de 1933, flanqueada por dos farolas, como nos muestran varias imágenes captadas por el fotógrafo Constantino Suárez. El mismo fotógrafo es el autor de una impactante foto en la que se ve a tres guardias disparando sus fusiles y parapetados junto a dos de las pilastras de piedra de La Escalerona, rematadas con sus farolas de dos brazos. Era octubre de 1934, coincidiendo con los sucesos revolucionarios.

Por cierto, que en 1933, el año de La Escalerona, fue también el de la inauguración del alumbrado ornamental a lo largo del paseo del Muro.



Guardias de asalto disparan a los revolucionarios durante los sucesos de octubre de 1934. La Escalerona, junto con su iluminación, había sido inaugurada apenas un año antes. (Foto de Constantino Suárez. Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).



La Compañía Popular de Gas anticipó al Ayuntamiento casi 160.000 pesetas para llevar a cabo el proyecto, a condición de que la Administración local se lo reintegrara en un plazo máximo de 20 años. El proyecto lo firmó el entonces ingeniero municipal, Guillermo Cuesta Sirgo, e incluía una línea de farolas de doble brazo y de corte muy esquemático, a pie de calzada. La fachada litoral gijonesa se ponía definitivamente guapa.

De la época que nos ocupa es pertinente el plano de proyecto de alumbrado para Gijón, que está incluido en el expediente municipal del salto de agua de Caldones. Se trata de un documento de alto valor porque señala muy claramente hasta dónde llegaba la infraestructura del alumbrado público y hasta dónde se quería llegar. Eran años de expansión del tejido urbano, que los ya cercanos acontecimientos bélicos se encargarían de ralentizar dramáticamente. En aquel plano, del ingeniero Guillermo Cuesta, podemos observar que los puntos de luz, por el Este de la ciudad, llegaban hasta la actual calle de Aguado, y que se proyectaba extender la red por Ramón y Cajal hasta el cruce con Pablo Iglesias, y completar el alumbrado en la calle Marqués de Casa Valdés hasta la altura de la calle del Piles.

Viajando imaginariamente hacia el Oeste urbano, la línea divisoria la marcaba el primer tramo de la avenida de los Hermanos Felgueroso hasta el colegio de La Inmaculada, la calle Francisco de Paula Jovellanos y la actual avenida de Manuel Llana hasta el cruce con la avenida de Schultz. Las luminarias de la antigua Fernández Ladreda llegaban al entronque con la calle de Prendes Pando. Los planes municipales incluían llevar la luz a la calle Luanco, completar el primer tramo de Magnus Blikstad y llevar la red a lo largo de toda la calle Marqués de San Esteban hasta la estación del ferrocarril.

Como venimos apuntando, el contrato entre el Ayuntamiento de Gijón y la Compañía Popular del Gas expiró en 1934, fecha en que fue necesario llegar a un nuevo acuerdo. Se firma este en circunstancias y condiciones muy especiales, recién sofocada la Revolución de Octubre. El alcalde de la ciudad era un general del Ejército, José Mauricio Martínez Morán, que había tomado el mando —nunca mejor dicho— el 11 de octubre en medio de la huelga revolucionaria y del estado de guerra. Meses antes, en diciembre



Vista nocturna del paseo del Muro. Año 1929. (AMG. Colección del Padre Patac).

de 1933, la Compañía del Gas había presentado un proyecto de contrato que en gran medida fue respetado por la Administración local. En virtud del nuevo texto, la Compañía Popular suministraría el necesario fluido de gas para el alumbrado público, mientras que el Ayuntamiento se comprometía a su vez a consumir un mínimo de 100.000 metros cúbicos de gas al año.



La calle Jovellanos hacia 1925, con su sistema de farolas colgantes. (Foto de Constantino Suárez. Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

“El precio del gas consumido será: hasta cien mil metros cúbicos 30 céntimos, y el exceso sobre ese consumo a 28 céntimos el metro cúbico. Este precio no es una cantidad fija e inmutable sino que debe considerarse como un precio base. El precio definitivo de cada año se fijará contradictoriamente [se entiende que quiere decir por contrato] en el primer trimestre del mismo según el precio del costo de explotación en el año anterior”. Ese precio de explotación salía de varios conceptos, tal y como se especifica en el acuerdo. Uno era “el precio de referencia del carbón a pie de obra” y otro, el “salario hora medio del año anterior”. El Ayuntamiento ponía condiciones “técnicas”: “El gas será de hulla y podrá ser enriquecido con subproductos, y deberá producir una luz blanca y brillante sin causar humo ni olor en la combustión”.

En época tan fluctuante las partes se reservaban el derecho a rescindir el contrato “si el precio a pagar variase en un diez por ciento de los precios



I. LOS ORÍGENES: 1834-1939



Imagen de la plaza Mayor, en fecha indeterminada del primer cuarto de siglo XX, en la que se puede apreciar, además de una farola complementaria, la luminaria central, con cuatro brazos. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

iniciales de este contrato”. La Compañía Popular se obligaba a realizar nuevas conducciones de tubería durante los cinco primeros años del contrato, que comenzaba el 1 de abril de 1935 y terminaba el 31 de diciembre de 1942, precisamente cuando concluía el contrato de alumbrado público eléctrico.

El acuerdo vino precedido de no poca polémica ciudadana, y es que la Compañía del Gas había dejado muchos “cadáveres” en el camino.



La Escaleron y la iluminación del Muro en el verano de 1933. (Foto de Constantino Suárez. Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

El que fuera ex concejal Germán de la Cerra lamentaba en una carta dirigida al Alcalde el trato de favor hacia la empresa “como si de un ente perfecto se tratara, cuando en toda su vida pasada no demostró más que egoísmo personal con el Ayuntamiento y el pueblo. Se observó siempre falta de presión en el gas, apagados frecuentes, descensos de potencia lumínica y falta de carga en la red, y todo ello visto con continua frecuencia”. De la Cerra abogaba por la municipalización del servicio, como se leerá más adelante cuando abordemos la historia del Salto de Caldones.

El ex concejal aseguraba que municipalizar resultaba “la solución más práctica y beneficiosa para el Ayuntamiento, siguiendo las normas de Bilbao y San Sebastián”. Y no sólo él pensaba así. La Liga de Inquilinos también se mostraba muy crítica con las aportaciones de servicio de la Compañía Popular, mientras la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana de Gijón pedía a la Corporación local aplazar los plazos de información pública del contrato. Corría el mes de enero de 1933 y el Ayuntamiento le contesta que no, que hubo tiempo suficiente para el estudio de las condiciones.

Eran años de convivencia del gas y la electricidad, con facturas independientes. En marzo de 1935, en una de las primeras facturas que constan a partir del nuevo contrato, la ciudad gastaba en electricidad pública (calles y entidades) nada menos que 26.475 pesetas. Las calles se llevaban más de 8.000. Y aunque los datos se queden en el reducido universo de la anécdota, podemos consignar que la Casa Consistorial pagaba 1.190 pesetas por la luz, la Pescadería, 477; la Casa de Socorro, 594 pesetas; el lavadero de Cimavilla, 35; la cárcel, 352, y el Cementerio no llegaba a las cinco pesetas de consumo. La ciudad estaba repleta de contadores de la luz en sus calles, más de 70 en el casco urbano. Había calles con más de un contador como las de Pi i Margall, Innerarity, Magnus Blikstad, Uría o la plazuela de San Miguel. El consumo público total de gas y energía eléctrica en 1935 ascendió a 249.000 pesetas, a las que había que añadir otros 5.000 duros en conservación de la infraestructura.

Pero aquellas farolas de cara al mar diseñadas por García de la Cruz no eran las habituales de la ciudad. A comienzos de la segunda década del siglo XX, en Gijón —hablamos del casco urbano histórico— triunfó la columna modernista, de luminaria única, de unos nueve metros de altura, sutiles referencias vegetales y estilizada al máximo. Tenía la característica

Un nuevo sector

El auge de la electricidad, que ya no sólo era patrimonio de los ricos ni de los lugares abiertos y comunes, trajo consigo el nacimiento de un nuevo sector comercial. La AEG fue de las primeras empresas en instalarse en Gijón. AEG Ibérica de Electricidad funcionaba en los años veinte en un local de la calle del Carmen y se anunciaba como empresa líder de “maquinaria eléctrica en general”.

Había otras radicadas en la villa de Jovellanos, como el comercio de Carmen Ovín “viuda de Juan Ramón”, especializada en construcciones eléctricas y construcción de bobinas. Estaba situada en la calle Uría y su número de teléfono, para avisos de reparaciones, era el 485. La Brown Boveri tenía su oficina técnica en la calle Jovellanos y ofertaba “accionamientos eléctricos especiales para cada ramo de la industria”, así como “grupos de alumbrado para casas de campo”.

En la Escuela Especial de Náutica de Jovellanos y en la Escuela Industrial había en esos años veinte —no se sabe si muy felices, pero al menos muy movidos— enseñanzas de electricidad y electrotecnia.



Galerna en el muelle con las farolas modernistas aguantando los embates del mar. Año 1931. (Foto de Constantino Suárez. Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

característica de que el foco colgante podía ser subido y bajado sin mayores dificultades a través de un sencillo mecanismo de cadena interior, lo que facilitaba las labores de mantenimiento. Recuerda Héctor Blanco que “la traza de este modelo reproduce un diseño presente, con mínimas variaciones, en varias poblaciones de España y de Europa centro-occidental. El origen del diseño es muy probable que esté en las columnas de alumbrado, trazadas hacia 1900 y por ello posiblemente las primeras, para el célebre bulevar Unter den Linden, de Berlín; cuya rápida difusión por el resto del continente pudo estar facilitada gracias a las tarjetas postales o por incluirse en alguna publicación especializada del momento” (*Miguel García de la Cruz. Arquitecto*).

De nuevo el impagable trabajo a pie de calle de Constantino Suárez, fotógrafo de primer nivel, aporta documentación. Una de sus imágenes, *Golpes de mar en Liquerica*, muestra el embate de las olas sobre el principal dique del muelle en un día de galerna de noviembre de 1931. El modelo berlinés —por llamarlo de alguna manera— seguía vigente como se puede observar en la foto. Liquerica tenía al menos seis puntos de luz —que se vean en la instantánea— aunque es probable que alguno más quedara fuera del foco de la cámara. En aquellas condiciones de olas al viento y viento de olas, la vida útil de las luminarias debía de tener modesta fecha de caducidad. En ubicaciones más “cómodas”, otras fotografías anteriores,

de mediados de los años veinte, muestran más farolas de alumbrado con las mismas características a lo largo del paseo del muelle y también en un tramo de la calle Corrida, en Marqués de San Esteban y en la calle Covadonga, entre otras. Las mismas farolas, aunque aparentemente de menor altura e instaladas sobre pedestal de piedra, dominaban el espacio central del paseo de Begoña.

Aquel estilo que, como tantas otras cosas, la Guerra Civil se llevó por delante, gustaba a los gijoneses a tenor de su tiempo de vigencia. El modernismo inundaba Europa y América. Aquel gigantesco movimiento estético y cultural, el Modern Style británico, el Jugendstil alemán (ya que antes hacíamos referencia a las farolas berlinesas) o el Art Nouveu consagrado universalmente a partir de la Exposición Universal de París de 1890, también llegaba, y con qué fuerza, a orillas del Cantábrico.



Mar gruesa en la playa. El punto de luz no se lo habían llevado las olas, sino la guerra. Era el mes de enero de 1937. (Foto de Constantino Suárez. Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).



EL TRANVÍA SE ELECTRIFICA



La calle Corrida con sus enormes puntos de luz y el tranvía eléctrico al fondo. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

En esta apasionante aventura de la electrificación de la ciudad, uno de los momentos decisivos fue la puesta del tranvía eléctrico. Una fecha para el recuerdo, el 10 de abril de 1909, día en que es inaugurada la tracción eléctrica en la línea de Somió. Cinco días más tarde se inaugura la de La Calzada-El Musel, y antes de que finalizara el mes se hace lo propio con la línea de El Llano. Desde el año 1889, los tranvías gijoneses habían funcionado con la llamada tracción de sangre, tirados por acémilas. Fue el año en que se constituyó la Compañía de Tranvías de Gijón.

Servicio postal

En 1917 los tranvías gijoneses añadieron un nuevo servicio, el postal. En la plataforma delantera de los vehículos fue instalado un pequeño cajetín, a modo de buzón móvil, en el que los vecinos podían introducir sus cartas, que iban a parar a Correos.

Los tranvías eléctricos dispararon el número de usuarios, que en 1911 ya alcanzó los dos millones de personas al año, en 1923 rozaba los cuatro millones de viajeros y en 1942 superó los diez millones. El año récord de usuarios del tranvía gijonés sería 1948 con casi 15 millones de viajeros. La electricidad no sólo aumentó usuarios y, por tanto, beneficios, sino que optimizó el servicio. El primer año de explotación eléctrica, los tranvías gijoneses recorrieron más de 400.000 kilómetros, cifra impensable para los animales de carga.

Electrificar el sistema de transporte era una vieja aspiración local ya desde principios del siglo XX. Tras un par de rotundos fracasos de puesta en marcha administrativa de una empresa con tal objeto (1901 y 1906), es el 26 de mayo de 1908 cuando se crea, con un capital belga de setecientas mil pesetas, la Compañía Arrendataria de los Tranvías de Gijón que se compromete a la electrificación de la red de transporte en un plazo no superior a los 18 meses, tal y como indica el muy elaborado estudio *Tranvías y espacio urbano en Gijón. 1889-1963*, del geógrafo e historiador Ramón Alvargonzález. Aquella Compañía Arrendataria era filial de la Compagnie d'Electricité Thomson Houston de la Méditerranée, empresa de origen norteamericano, pero con sede en Bruselas (de hecho, los belgas se hicieron con las concesiones de múltiples líneas en España). Pero lo cierto es que los accionistas de la Compañía de Tranvías pronto se hicieron con las acciones de la Thomson Houston, pagadas a un precio suculento para los belgas que hicieron en Gijón un pingüe y rápido negocio.

El éxito del tranvía eléctrico fue inmediato. Se compró nuevo material móvil, 18 coches motores de dos ejes, con trole de pértiga deslizante y con una capacidad de 45 plazas número aproximado, porque para el espíritu gijonés donde entraban dos entraban tres. Las estadísticas históricas del tranvía eléctrico en Gijón son espectaculares, como esos siete millones de viajeros que llega a tener el tranvía a Somió en 1948 o los casi tres millones a El Llano diez años más tarde, cuando sobre el tranvía ya rondaba su sentencia de muerte.

La energía eléctrica fue suministrada, como ya apuntábamos, por la Compañía Popular de Gas y Electricidad desde 1909, año de la puesta en servicio, hasta 1953. El primer contrato tuvo una vigencia de 20 años.



La plaza del Marqués, uno de los enlaces principales de la red del tranvía gijonés, hacia 1925. (AMG. Colección del Padre Patac).

En 1912, el cuarto ejercicio económico desde la firma de aquel contrato inicial, los 647.000 kilómetros recorridos supusieron una “factura de la luz” de casi 50.000 pesetas. O sea, una peseta por cada 13 kilómetros de tranvía. Con tarifas que inicialmente costaban entre 10 y 13 céntimos por viaje, los beneficios eran evidentes. El segundo contrato supuso una prórroga de otros 20 años y, en 1949, Compañía de Tranvía y Compañía de Electricidad no llegaron a un acuerdo. El suministro se mantuvo hasta 1953, año en que la empresa de transportes instala una subcentral propia en el edificio de Cocheras, con una potencia de 300 kilovatios. No iba a durar mucho. Diez años más tarde tiene lugar la reversión total de las líneas del tranvía gijonés al Ayuntamiento de la villa.





II

LOS CALAMBRES DEL DESARROLLISMO: 1940-1980

"Allá donde hay luz hay transfiguración.
Y aparece por fin la ciudad que queremos que sea,
un sueño a la carta, redibujada y rediseñada
hasta donde esa fantasía nos permite."

(Francisco Carantoña)

EL EJEMPLO DE LOS FORASTEROS



A partir de 1941, el Ayuntamiento abordó la reforma integral del Muro de San Lorenzo, uno de los primeros grandes proyectos de la postguerra. En la foto, el paseo ya con doble fila de luminarias. (AMG).

Una de las primeras decisiones del gobierno local de la postguerra fue instalar nuevo alumbrado en el Muro de San Lorenzo. En julio de 1941 el diario *Voluntad* animaba a los gijoneses a recorrer por la noche el paseo marítimo: “Los gijoneses no han entrado todavía por la necesidad, para su goce, recreo y salud, de utilizar durante las noches de verano el paseo del Muro”, como si hacían añade el cronista los forasteros veraneantes. El esfuerzo municipal en esa dura década de los cuarenta se centró en las calles más relevantes del casco histórico. El paseo del Muro fue dotado de farolas de luminaria única instaladas sobre los mojones de piedra que delimitan el perfil de la barandilla, y que desde entonces formaron parte de la estética de la fachada marítima local.



Los puntos de luz colgantes vinieron a suplir las carencias de material de fundición (y su carestía) en muchas calles de la ciudad durante las décadas de los años veinte a los cincuenta. Calle Instituto, en 1937. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

En años sucesivos disfrutaron de nueva iluminación calles como las de Covadonga, Corrida, Álvarez Garaya, Menéndez Valdés, Capua, Moros, San Bernardo... y plazas como la del Seis de Agosto, Instituto, el Náutico, los Jardines de la Reina y la plaza de San Miguel, donde el Consistorio echó la casa por la ventana: 28 columnas. “La campaña de renovación del alumbrado público llevaría a la instalación de luminarias de tipo ornamental con pantalla de vidrio globular, montadas sobre columnas de fundición similares a las instaladas durante los años treinta” (*La obra pública municipal en Gijón*). Del paseo de Begoña sobrevive alguna imagen en la que se observan unas estructuras de madera, a modo de bancos, que abrazan la base de las columnas de alumbrado. Aunque la fecha es indefinida, ya hay coches en la calle.



La calle Álvarez Garaya con una hilera de farolas en el centro de la calzada. Primeros años de la década de los cuarenta. (AMG).



GIBÓN. 18.

Paseo de Begoña.

Retomero de la izquierda.

El paseo de Begoña hacia 1945. (AMG).

En 1945, el Ayuntamiento se decide a hacer un esfuerzo económico impropio de la época de restricciones que aún se vivía. Todo comenzó cuando la Fábrica Nacional de Armas de Oviedo ofertó 100 columnas de alumbrado ornamental con sus apliques de fundición a un precio más que razonable, medido en kilos: 1,75 pesetas por kilogramo. Un informe del ingeniero municipal se hacía eco del asombro por tan bajo precio y, aunque las arcas de la Plaza Mayor estaban semivacías, la oferta recibió el visto bueno, “siendo además de suma urgencia la adquisición para que pueda llevarse a cabo inmediatamente el alumbrado tan necesario a la población”. El peso de cada columna ascendía a 335 kilos y el de cada aplique a 70. El presupuesto global superaba las 70.000 pesetas, pero a los gestores municipales no les tembló el pulso e idearon un reparto de luminarias que iba a convertirse en el más significativo de la ciudad en muchos años: 36 columnas para la plaza de San Miguel, 35 para la calle Corrida en el tramo entre Langreo y la plaza de Italia, 30 farolas para la calle de Jovellanos, 22 para la de Capua, 18 para iluminar Álvarez Garaya, 14 destinadas a la calle de Los Moros y 4 para Munuza, en el pequeño tramo entre Corrida y Los Moros, además de 12 luminarias para la calle de Fernández Vallín. Los apliques iban destinados a vías con aceras más estrechas como las de San Bernardo, Instituto y Menéndez Valdés, entre otras.

El informe del ingeniero donde se metía prisa era del mes de enero de 1945. Y quizá porque efectivamente había prisa por disponer de las



columnas, pero poco dinero para pagarlas, o quizá porque las cosas de palacio ya se sabe que van muy despacio, a finales de octubre de aquel año, el coronel director de la Fábrica de Armas de Oviedo se pone serio y envía recado: “Encontrándose ultimada la construcción de las cien columnas con destino a ese Excelentísimo Ayuntamiento, de las cuales 24 se encuentran depositadas en el taller de fundición de este establecimiento, y ocasionando gran trastorno en el mismo debido al volumen que ocupan, ruégole ordene se proceda a retirar las mismas a la mayor urgencia posible, ya que de no hacerlo en un plazo de ocho días nos veremos en la precisión de facturarlas por ferrocarril”. Y por tren se fueron porque las 24 primeras columnas estaban en la villa de Jovellanos a finales de noviembre.

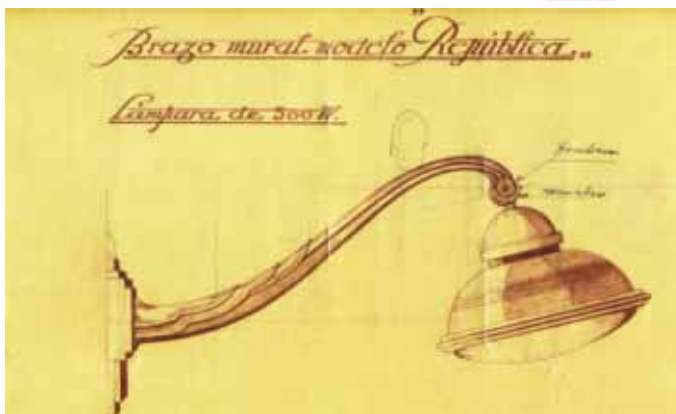
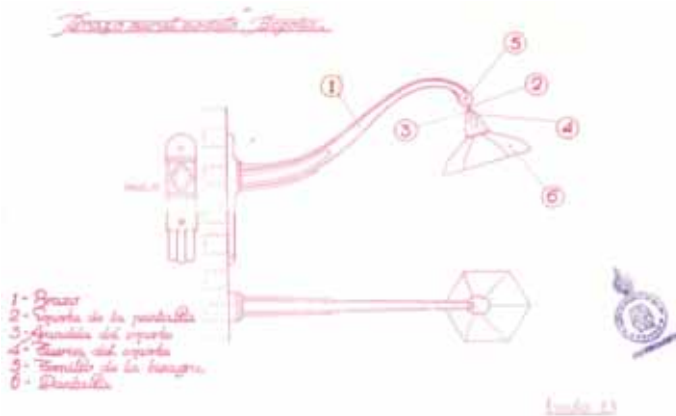


Una de las farolas producida por la Fábrica de Armas de Oviedo a mediados del siglo pasado y detalle de su base. Jardines de la Reina.

EL SALTO DE CALDONES

En 1944 el Ayuntamiento, entonces presidido por Mario de la Torre García-Rendueles, promueve la concesión del llamado Salto de Agua de Caldones, mediante arrendamiento por concurso de los aprovechamientos hidroeléctricos de la conducción acuática que provenía del manantial de Los Arrudos. El proyecto incluía también una instalación similar en la zona de Perancho, en Nava, y fue el propio Ayuntamiento quien se encargó de las obras hasta las respectivas centrales generadoras. En las condiciones se especificaba que “el arrendamiento tendrá lugar por el plazo no mayor de veinte años, obligándose el arrendatario a pagar al Ayuntamiento un canon por kilovatio/hora no menor de dos céntimos”. La empresa ganadora del concurso se comprometía igualmente a generar en Caldones no menos de 1.750.000 kilovatios/hora al año. “El arrendatario pondrá a disposición del Ayuntamiento una parte de la energía diariamente producida”.

Se trataba de una minicentral que tenía como principal objeto romper la carga de presión del agua que provenía de Los Arrudos a una cota aproximada a los 1.000 metros. Caldones era el último peldaño hasta que el líquido desembocara en los depósitos de Roces. Y de paso que se “paraba” el agua, se aprovechaba la energía hidráulica a través de una turbina asociada a un generador que funcionaba prácticamente las 24 horas del día. La empresa Ercoa, S.A. (que en su momento fue absorbida por Hidroeléctrica) presentó el proyecto de instalación de la central, firmado por el ingeniero José Muñoz Rodríguez, con planta



Modelos presentados por la Fábrica de Armas de Oviedo al Ayuntamiento de Gijón para la instalación de farolas. Año 1945. Algunos de estos venían de atrás. No otra cosa sugiere el hecho de que uno de ellos recibiera, en aquellas fechas, el muy sorprendente nombre de "República". (AMG).

rectangular, dos pisos y un presupuesto muy simple que, en el caso de Caldones, se reducía a un millón y medio de pesetas. La central disponía de un dispositivo automático para que, en caso de avería, no se produjera un parón en el recorrido del agua potable. Funcionó muchos años, y aún lo hace, aunque en otro edificio más moderno y situado a una cota algo más alta que el original.

Pero la historia del Salto de Caldones viene de mucho más atrás. Un informe del ingeniero municipal en 1931 proponía “un proyecto de alumbrado de la villa a base del aprovechamiento del Salto de Caldones. Puede asegurarse que, realizado este proyecto, la población gijonesa será la mejor alumbrada de España”. Exageraba Guillermo Cuesta, pero la frase da idea de la fuerza con la que el Ayuntamiento de Gijón abordó la propuesta. El informe definía en un principio el área ciudadana que se beneficiaría de forma directa de la generación de energía en Caldones, comprendida desde la Estación del Norte a la carretera de Oviedo y carretera Carbonera, Ceares, Ramón y Cajal y parte del barrio de La Arena.

“Con un gasto igual al actual [se especifica en el informe técnico] se duplicaría de momento la cantidad de alumbrado público, aumentando las horas de iluminación y la intensidad, que es en la actualidad deficiente y exigua, como lo prueban las constantes quejas que sobre el particular se reciben”. Con esas perspectivas no es de extrañar que la Administración local se apurara. En febrero de 1932 es aprobado el pliego de condiciones “para el aprovechamiento del Salto de Agua de Caldones para el alumbrado público de Gijón”. Pero el gozo municipal en un pozo porque sólo fue presentada una oferta, precisamente la de la Compañía Popular de Gas y Electricidad “desfavorable a los intereses del municipio y, por tanto, impropia de ser tomada en consideración”, a juicio de la Corporación gijonesa. Las condiciones planteadas por la empresa, suministradora en aquel momento del alumbrado público, hicieron pensar al Alcalde y a los concejales en la posibilidad de una explotación propia del salto de agua. La idea de la “municipalización” del servicio rondó hasta 1933 y fue desechada por inviable.

En ese año, el Ayuntamiento y la Compañía Popular logran un acuerdo tras la revisión de las condiciones, y en mayo ambas partes cierran un contrato, ya mencionado en capítulos precedentes, en presencia



del notario Antonio González Vigil. Lo firman el alcalde, Gil Fernández Barcia, y el representante de la Compañía Popular, Serafín Álvarez. La singularidad del acuerdo es que incluía un artículo, el número 5, que dejaba los intereses municipales renqueantes: “Serán de cuenta del Ayuntamiento la adquisición, instalación, entretenimiento y conservación de la parte de red destinada exclusivamente a alumbrado público, así como de los soportes, aparatos y lámparas”. Se iniciaba, de alguna forma, una nueva era, con obligaciones absolutamente independientes por parte del suministrador y de la Administración local. En el acuerdo se señala asimismo que “dentro del plazo de duración del contrato la Compañía Popular de Gas y Electricidad, si así le conviniese, podrá construir y explotar el Salto de Caldones”, obligándose a hacer una deducción de 3,5 céntimos sobre el precio medio al que la Compañía facturara la energía, siempre que la producción no excediera de 600.000 kilovatios/hora. La empresa renunciaba a la construcción del salto, y no sólo eso, sino que en nada le comprometía el acuerdo firmado en relación con su explotación. Como compensación, la Compañía Popular aceptaba instalar alumbrado ornamental en la avenida de García Rendueles y en la plaza de Galán, para lo que adelantó 250.000 pesetas, que por entonces suponían una pequeña fortuna.

El Salto de Caldones iba a tardar más de una década en construirse porque se avecinaban malos tiempos, con la Guerra Civil de por medio.



Portada de la escritura de suministro eléctrico suscrito por el Ayuntamiento y la Compañía Popular de Gas y Electricidad. Año 1934. (AMG).

La plaza del Instituto (entonces llamada del Generalísimo), en los años cuarenta. (AMG).

LA PRIORIDAD DEL MURO DE SAN LORENZO



La Escalerona, poco después de ser inaugurada. (AMG).

Aceptémoslo: el Muro siempre fue prioritario. El puente del Piles era en los años veinte el más allá, pero ya en 1950 la iluminación había llegado a ese punto, y cinco más tarde las farolas habían alcanzado la rotonda del Rinconín, allí donde se iniciaba la ruta de los merenderos. El puente sobre el río fue iluminado por diez columnas y tras un concursillo en la primavera de 1949 que ganó una industria local, la de María Buznego, viuda de Isidro del Río: 13.575 pesetas de presupuesto.

Pero el encanto de aquellas columnas blancas, que hacían juego con la barandilla y la espuma de las olas, se vino abajo en un ataque de modernidad malentendida, algunos años más tarde, cuando el Muro se pobló de altas luminarias, de las conocidas como tipo seta (por la forma de su remate superior), más pensadas para los automovilistas que para los paseantes. La fiebre de la seta hizo fortuna y las calles más amplias de la ciudad las adoptaron a partir de 1965. Se trataba de lámparas de vapor de mercurio, relativamente eficaces, pero realmente feas. “Las siete primeras se instalaron a comienzos de 1964 a modo de prueba, en el primer tramo del paseo del Muro de San Lorenzo, y se trasladaron al paseo de Begoña en mayo” (*La obra pública municipal en Gijón*).

Todavía encontramos en las fotografías de la época y en la (buena) memoria de muchos gijoneses veteranos las farolas sobre columna en tubo, con dos brazos y sin pizca de gracia. En algunos casos llegaban a los 12 metros de altura. En calles no tan amplias como los espacios del Muro



El Muro, con terrazas, probablemente poco antes de la Guerra Civil. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

y Begoña la alternativa eran brazos de tubo de acero de hasta dos metros de vuelo, fijados a las fachadas a una altura aproximada a los siete metros. Insuficientes para iluminar bien una ciudad, pero demasiadas para sacarle partido a la escasa fuerza generadora de energía eléctrica que Gijón tenía en aquellos años del primer desarrollismo.

“Y es que si en 1959 los apagones aún seguían siendo moneda de curso habitual, como manifiesta la prensa del momento, las cosas ya apuntaban en otra dirección: el tráfico empieza a inundar las calles entre los últimos suspiros del tranvía que agoniza, y cada vez se va haciendo más difícil jugar a la pelota en ellas. El Grupo Covadonga anuncia veladas de *rock and roll*, y Gijón acaba de inaugurar su primera *boite*, prodigio de luminosidad”, escriben Rosana Llanos e Ismael Piñera en su libro *Vida cotidiana, de postguerra a fin de siglo. Historia mínima*.



El Náutico, quizá hacia 1945. El Ayuntamiento, como se puede observar en la fotografía, había hecho un esfuerzo para la iluminación de estos espacios centrales del verano gijonés. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

Aquella *boite*, nombre que hoy suena definitivamente pedante, pero que entonces, en el umbral de los años sesenta, resultaba muy chic, no era otra que el Oasis Club. La crónica de *La Hoja del Lunes* de principios de julio de 1959 no dejaba dudas de que aquello era lo más de lo más en cuanto a iluminación se refiere: “Un ingenioso sistema luminotécnico —luces indirectas, reflexiones cromáticas, iluminación de gran voltaje— convierte el recinto en algo fantástico y brillante”.



Calle Corrida, años cincuenta, con tranvía al fondo. (AMG).

Una mirada al extrarradio

“En la década de 1960, al igual que sucedió con el resto de las infraestructuras urbanas básicas, el acelerado crecimiento espacial de Gijón obligó al poder municipal a poner en marcha una campaña para extender el servicio de alumbrado a los nuevos barrios, al tiempo que se afanaba por renovar el alumbrado más antiguo del centro urbano —lo que supuso la retirada de la práctica totalidad del valioso mobiliario de fundición instalado en décadas anteriores— para mejorar su capacidad luminica (hasta alcanzar un nivel medio de 25 lux) y acomodarlo a las necesidades del creciente parque automovilístico y de la estética del momento. La falta de numerario impidió la ejecución de un plan masivo de alumbrado para el conjunto urbano, optándose por llevarlo a efecto por zonas y por calles concretas, empezando siempre por las más céntricas” (*La obra pública municipal de Gijón*).

En ocasiones los vecinos negociaban con Hidroeléctrica del Cantábrico la llegada de la luz. En marzo de 1957, y se echa mano de este caso como ejemplo, los habitantes del barrio de Carbaínos, en la parroquia rural de Cenero, se ponen en contacto con el Ayuntamiento de Gijón y “suplican la concesión de una pequeña ayuda económica al objeto de aminorar el quebranto económico” que les suponía pagar la llegada del fluido eléctrico. Se les concede a los 19 vecinos firmantes una subvención de 20.000 pesetas con cargo a una partida de Electrificación de la Zona Rural, lo que nos indica que muy probablemente iniciativas como las de Cenero llegaban a los despachos municipales con alguna frecuencia.

Al inicio de los años sesenta la inmensa mayoría de los hogares gijoneses disponía de radio y plancha. A final de la década muchos se habían apuntado ya al televisor, a la lavadora al principio, de rodillo y a la nevera. El aumento de consumo obligó al refuerzo de las líneas de distribución e Hidroeléctrica del Cantábrico decidió el cambio de tensión, de 110 voltios a 220. Fue un proceso paulatino, pero rápido, en el que hubo



A la izquierda, la plazuela de San Miguel, con su hilera de luminarias centrales. Arriba, la plaza del Generalísimo, ya con la urbanización que básicamente se mantuvo hasta final de siglo. Son fotos de los años cincuenta. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

que cambiar todo el alumbrado público y surtir a las familias de los transformadores de tensión, unos aparatos de carcasa de hierro y tripas de cobre, que pesaban mucho y que, por lo general, se usaban uno por cada aparato receptor. La cuestión resultaba sencilla: un enchufe por un lado para conectar la corriente general que llegaba a la casa y un enchufe por otro para conectar el pequeño, o no tan pequeño, electrodoméstico. En ocasiones parecía posible tomar un atajo técnico y cambiar directamente la resistencia de ese electrodoméstico, pero constituían casos excepcionales, porque ese cambio interno solía costar más que sustituir el propio aparato, a costa lógicamente de quien había promovido las modificaciones de tensión, o sea, Hidroeléctrica.

El ingeniero industrial Javier Hurlé vivió aquella transición técnica en primera persona y sostiene la teoría de que el cambio de tensión “tuvo mucho que ver con el aumento de los televisores en las casas y los éxitos deportivos del Real Madrid”. Muy atrás quedaban ya los tiempos de la corriente continua que había alimentado a los tranvías gijoneses. Los problemas derivados del aumento de consumo se hicieron especialmente patentes en la zona rural del concejo, donde en 1960 vivían 34.000 de los 214.000 habitantes de Gijón. Esta situación ocasionó reticencias vecinales. “Nos encontrábamos con muchos hogares donde aún funcionaban bombillas de 15 vatios. Cuando la empresa ofrecía gratuitamente lámparas de más potencia, había vecinos que se negaban porque pensaban que aquello iba a repercutir en la factura de la luz”, recuerda Javier Hurlé.

LA APORTACIÓN VECINAL

Pero con todas las reticencias que se quieran añadir, el bolsillo de los gijoneses tuvo mucho que ver en la inmensa revolución energética que se fraguaba: tomaron iniciativas, pagaron cuantiosas contribuciones especiales de las que parece que no se libró casi nadie y hasta pusieron dinero sobre la mesa para animar a la Administración local a abordar determinados proyectos. Funcionaba, por una parte, el sistema de “todos a colaborar”, según se desprende del expediente de julio de 1958 en relación con el alumbrado de la plazuela donde la Comisión de Ingeniería manifiesta el deseo de “completar la reforma del alumbrado ornamental de la plazuela de San Miguel con la colocación de una columna de cuatro brazos en el centro de la plaza, para lo cual es necesario suprimir la columna del reloj y sustituirla por la columna ornamental citada”. Los comerciantes de la plaza respondieron con la aportación de 7.400 pesetas para ayudar a sufragar el proyecto: Café San Miguel, 1.500 pesetas; Máquinas Alfa, 500; Papelera Reunida, 500; El Ocaso, 500; Imprenta Frade, 500; Cofán, 500; Casa Torviso, 500; Casa del Mueble, 500; Jamones York, 500; Fajas Junquera, 500; Droguería Vigil, 500; Ferretería García Meana, 400; El Cafeto, 250 y el quiosco de la plazuela, otras 250 pesetas.

Un año más tarde, el proyecto pormenorizado para repintar la barandilla del Muro y el mobiliario urbano del paseo nos informa de que el Muro constaba de 83 columnas de alumbrado. La ciudad ya gastaba un pequeño dineral en energía eléctrica pública, a razón de más de un millón de pesetas por mes, “a contador y tanto alzado” como rezan las facturas.



Modelos de relojes astronómicos electromecánicos para el control de encendido del alumbrado público en Gijón. Funcionaron a mediados del siglo XX. (Fondo municipal).

El alumbrado público intensivo por calles suponía más de 6.000 kilovatios/hora en el paseo de Begoña, más de 5.000 en la plaza de José Antonio y casi 5.000 kilovatios/hora en la avenida de Rufo Rendueles. Los “extra” se pagaban aparte. Así, Hidroeléctrica pasaba a cobrar los 108 kilovatios/hora que se consumieron “en la romería de San Isidro, en Granda, los pasados días 6, 7 y 8, por consumo de 30 lámparas de 200 vatios durante 18 horas”. La factura también incluía los gastos de luz por la verbena de La Cruz de Ceares, la romería de Castiello, la de Jove y la verbena del Campo Valdés.

La ciudad crecía, pero desordenadamente. El presupuesto municipal con el que se abrió la década, en 1950, apenas alcanzaba los 22 millones de pesetas. Gijón necesitaba unas 5.000 viviendas. De las existentes, casi un 30 por ciento no tenían adecuado suministro de agua. En zonas de *prao* tradicional, a las afueras de la población, surgían poblados chabolistas (La Cábila y Villacajón como ejemplo) y antes de que finalizaran los cincuenta más de 1.500 familias vivían bajo los tendejones. Se tardaría mucho tiempo en resolver el problema. De ese crecimiento a la trágala da buena cuenta el dato de que en 1963 Gijón se las arreglaba con apenas 3.000 puntos de luz pública, que subieron a 5.000 tan sólo cuatro años más tarde y que alcanzaron los 7.000 mil al final de la década. Es decir, en seis años, las bombillas de alumbrado público gijonés se duplican.

Los semáforos también consumían

En febrero de 1959 Gijón ve nacer los primeros semáforos, luces de control de tráfico instaladas en la calle Fernández Vallín en período de pruebas. Enseguida se comprueba que la regulación da resultado y se aprueba la puesta en marcha de nuevos cruces urbanos de forma inmediata. Aquel mismo verano, la ciudad ya tiene varios semáforos en funcionamiento, como los de la calle Jovellanos que venían a costar algo menos de 400 pesetas al trimestre, o los de la calle Dieciocho de Julio, poco más de 200.

Obras faraónicas

En el interior de Asturias la década de los cincuenta fue la de la construcción de la imponente central hidroeléctrica de Grandas de Salime, inaugurada en 1954 y que iba a resultar decisiva a la hora de garantizar los suministros. Eran años de grandes proyectos generadores de energía, los de las centrales térmicas de Lada, Soto o Narcea. Fue necesario un enorme esfuerzo de creación de redes de conexión entre las centrales de generación y los puntos de consumo, sobre todo cuando se levantaron las grandes industrias siderúrgicas como Uninsa y más tarde Ensidesa. Tuvieron que llegar los años ochenta, con la puesta en marcha del nuevo grupo de la central de Lada (1980), de Soto III, cuatro años más tarde, y de Narcea III, en 1985, para que Asturias se convirtiera en una potente exportadora de energía. La región consumía entonces unos 800 megavatios.

Las restricciones en el suministro eléctrico eran frecuentes y, al parecer, inevitables. En 1954 la prensa local se hacía eco de la estrategia municipal: apagones los lunes y los jueves. Tiempo después pasaron a ser los martes y los jueves. Los periódicos recogían el descontento vecinal, porque en muchas ocasiones el corte del fluido eléctrico se producía sin previo aviso.

El año 1957 fue especialmente conflictivo. En aquella década, además, la demanda de luz y calor obligó al cambio de la tensión, de 110 a 220 voltios. La “compañía de la luz”, es decir, la que pasaba el recibo, suministraba unos pequeños transformadores o cambiaba directamente el aparato. Eran tiempos en que los electrodomésticos apenas tenían aún presencia en las casas y, en la mayoría de los hogares, el problema se reducía a las radios y al uso de las planchas.

En medio, una vorágine constructiva, por lo general siempre en altura y que afecta a casi todos los barrios. Entre 1955 y 1960 son levantadas en Gijón unas 8.000 viviendas tan sólo en lo que respecta a grandes promociones: Grupo Santa Bárbara, Constructora Covadonga, Fernández Ladreda, el Continental, Roces, El Llano, La Calzada y, por supuesto, las Mil Quinientas de Pumarín, una pequeña ciudad creada en tiempo récord. Las obras se iniciaron en el otoño de 1957 y aquella “ciudad satélite” de Pumarín, como a algunos les gustaba llamarla, fue inaugurada en julio de 1960 (el 18 de julio, para ser exactos: un guiño del régimen). Mil quinientas viviendas con luz dentro faltaría más, pero en un barrio aún en sombras. En Gijón funcionó con agilidad, al menos si nos fiamos de las estadísticas, este rápido crecimiento demuestra que el Instituto Nacional de la Vivienda (INV) funcionó con agilidad y que el Ayuntamiento local también trabajó frecuentemente como promotor.

“En Pumarín, Carsa construyó en 1959, prácticamente a la vez que las Mil Quinientas la primera fase de sus bloques: 26 edificios con 312 viviendas. En 1961 la inmobiliaria levantó 56 bloques más, con 518 viviendas; en 1963, dos bloques con 124 viviendas y 9 bloques con 90 viviendas más” (*Los barrios del Sur*). La vorágine constructora no iba pareja ni mucho menos al esfuerzo de iluminación pública de la ciudad y, en general, al de la



II. LOS CALAMBRES DEL DESARROLLISMO: 1940-1939

urbanización de las calles de ese Gijón que al Oeste y al Sur tendía inevitablemente a ensancharse y ocupar horizontes. Las primeras casas de la promoción de la Urgisa, en Pumarín, datan de 1949, pero buena parte del barrio donde se asientan, con las calles de Cataluña, Baleares y Severo Ochoa como referencia, no se urbanizaron en su totalidad hasta principios de la década de los sesenta. Algo parecido sucedió en Rocés.

MODERNIDAD, PERO SIN INFRAESTRUCTURAS



Cimavilla, con la Casa de Nava al fondo y una escueta luz central. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

En el más que frío noviembre de 1959 se pone la última piedra es un decir al rascacielos de Álvarez Garaya, prodigio de modernidad. Aquellos 70 metros de toneladas de hormigón apuntando a los cielos dejaron definitivamente pequeña a la iglesia de San José. Desde sus últimos pisos se veía literalmente la ciudad entera, pero claro, eso era por entonces, cuando aquel mojón de dimensiones hiperbólicas para el Gijón del momento tenía muy escasa competencia en cuanto a la altura. En todo caso, el hinchazón urbanístico y constructor iba a inundarnos en toda su extensión en los sesenta. Diez años que sirvieron para levantar en la villa



unas 36.000 viviendas, casi la mitad de las que se construyeron y pusieron a la venta en el período comprendido entre 1940 y 1980, los años más intensos de la expansión industrial y demográfica. O lo que es lo mismo, de cómo pasar de 100.000 habitantes a casi 260.000, y con unas infraestructuras de aldea grande.

A finales de la década de los sesenta, con Guillermo Cuesta (hijo) como ingeniero municipal, el servicio municipal de mantenimiento de luz se reducía a un taller eléctrico en el edificio de la Pescadería Municipal, un capataz y media docena de oficiales y peones. Disponía de un camión equipado con escalera y otras dos escaleras portátiles. Eso era todo; y era mucho si lo comparamos con el servicio de 30 años atrás, un funcionario con una bicicleta y un saco de bombillas. Y la situación no mejoró sustancialmente en años posteriores como lo prueba uno de los informes anexos al presupuesto de conservación del alumbrado público en el segundo trimestre de 1971. La empresa de Rafael Villa Campal había iniciado los trabajos de mantenimiento, mediante sistema de contrata, en abril de aquel año, y se encuentra con un panorama más bien desolador. El informe de ingeniería señala que “ha ocurrido en multitud de casos que la extinción de las lámparas era debida a averías en la línea de alimentación, por lo que se ha procedido por el contratista a la reparación de las mismas así como a la instalación de nuevos puntos de luz en zonas



Las llamadas farolas seta inundaron Gijón en la década de los sesenta. En la foto, el entronque de Corrida con la plaza del Carmen. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

El gas que se resiste a morir

“Con la misma sorpresa con que nos hubiésemos tropezado con un plesiosaurio en medio de la calle Corrida hemos contemplado en una pared del barrio de Cimavilla un farol de gas. Recuerdo de tiempos románticos ya idos para siempre, el vetusto farol nos trae rememoranzas de aquella época sin prisas en la que su llama débil apenas taladraba la neblina nocturna. Pero fue en su época un signo de progreso” (*La Voz de Asturias*, marzo, 1968).

carentes del más mínimo alumbrado”. Y seguidamente reconoce la incapacidad municipal para hacerse cargo de mayores responsabilidades en este campo: “El trabajo acumulado rebasa totalmente la capacidad de la plantilla municipal de alumbrado, la cual es insuficiente en número y capacitación por motivo de la salud y la edad en varios de sus miembros”.

Desde la perspectiva del tiempo cuesta trabajo entender que, bien pasado ya el ecuador del siglo XX, Gijón no dispusiera de una red especial para el alumbrado público. El sistema empleado durante décadas en algunas zonas de la ciudad con escasa infraestructura se había basado en la voluntariedad de los vecinos, que encendían y apagaban la luz municipal a través de un interruptor situado en el interior de un cajetín de madera que Hidroeléctrica instalaba a pie del correspondiente poste de madera. En la mayoría de los casos aquel interruptor sólo servía para el punto de luz que tenía encima, pero algo es algo. Las líneas eléctricas no disponían de contadores, por lo que el Ayuntamiento pagaba a la compañía, a tanto alzado, una estimación que salía del número de bombillas de la calle. Aquel sistema artesanal —y si se quiere hasta absurdo— fue sustituido progresivamente por las redes con puntos de luz unidos y contadores. Muchos de aquellos registros, muy básicos, se instalaban en hornacinas con puerta de fundición de hierro en las fachadas de los edificios. Eso, si los vecinos querían.



Las farolas seta tuvieron su máxima expresión en la franja marítima gijonesa. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).



La voluntariedad vecinal aparece en estos años en cualquier papel de los archivos municipales. Los 140 vecinos de las casas construidas por la constructora Govasa, en la zona del Cerillero, clamaban en 1963 por luz en sus calles, Gran Capitán, Hernán Cortés y su travesía, y Alonso Quintanilla. Llevaban tiempo habitando aquellas casas, pero nadie se había preocupado del alumbrado público. Los vecinos tomaron una de esas iniciativas que servían para animar a la Administración local por el procedimiento del llamado prorrateo voluntario. El alcalde de barrio de Jove, intermediario entre dichos vecinos y el Ayuntamiento, explicaba que el dinero recaudado “serviría para hacer frente a los gastos que origine la mano de obra de la instalación y los brazos portabombillas, quedando pendiente el cable conductor de energía y las lámparas. Por todo ello [explicaban los vecinos] solicitamos al Ayuntamiento una pequeña ayuda así como los trámites de enganche para las lámparas que den alumbrado a las cuatro calles”. Al final sí hubo luz en ese rincón de El Cerillero. En noviembre de 1963, la Administración solicitó a Hidroeléctrica del Cantábrico el servicio de energía eléctrica para esa área.

No siempre resultaba tan sencillo y en algunas ocasiones había que echar mano a la jurisprudencia. Así lo hizo en 1965 el secretario municipal ante la reclamación de los vecinos del Grupo 214 de Pumarín, construido por Ángel Rodríguez. En un escrito enviado a los despachos municipales, los vecinos hacían propaganda de su barriada: “El grupo es el mejor de todos los construidos hasta la fecha, con perfecta pavimentación, jardines magníficamente cuidados, pero allí reina el mayor de los desórdenes, sobre todo al caer la noche”. Y hacen comparaciones de las que salían con sentimiento de discriminación, al menos en cuanto a luz pública se refiere: “Suplicamos que al igual que lo ocurrido en otros barrios, tales como las 1.500, Grupos 314 y 518 de Carsa, Grupos de Cimavilla y otros, que se les ha dotado del servicio, el Grupo que representamos pueda gozar también de estos beneficios”.

Contaban con el visto bueno de la Comisión de Ingeniería, pero no con el de los servicios jurídicos. El secretario Alfredo Villa hacía mención a una sentencia de la sala de lo Contencioso-Administrativo en un caso similar que concluía que ese servicio de alumbrado público tenía que ser a cargo de la empresa urbanizadora. Los vecinos aseguraban que era el único grupo de nuevas viviendas que no disponía de luz pública en su área

de influencia. El malestar colectivo se acrecentaba si tenemos en cuenta que las calles del Grupo 214 de Pumarín sí tenían farolas, instaladas por el constructor. Había farolas... pero no había luz.

El problema era de calado y no tuvo solución hasta bien entrada la década de los setenta. El 4 de octubre de 1972 tuvo lugar en Gijón un hecho insólito: una manifestación vecinal. Fue en Nuevo Gijón y la protesta ciudadana tenía que ver con la iluminación pública. El gobernador civil de la provincia escribe al día siguiente al alcalde de Gijón, Luis Cueto-Felgueroso Granda, encareciéndose a que “con toda urgencia informe sobre el particular”. Cueto-Felgueroso lo hace escuetamente, pero en sus someras explicaciones retrata el asunto con cierta precisión: “De conformidad

APARATO ALUMBRADO PÚBLICO
SÉRIE HORIZONTAL



DM

Este aparato está diseñado con una concepción moderna, de líneas elegantes y estilizada para el alumbrado público con lámparas de vapor de mercurio de 80, 120, 200 y 400 w.

Se compone de una carcasa de fundición de aluminio anodizado, con un sistema de fijación a la pared de 3". En su interior lleva una placa desmontable, en la que por un lado se sitúa el portilámparas regulable, y por el otro los auxiliares eléctricos y las bridas de conexión.

El sistema también consta de un reflector móvil de aluminio electroaluminado y aislado eléctricamente, totalmente desmontable.

MODELOS DE FABRICACION

- DM-1 con portilámparas fijas, para lámparas de vapor de mercurio de 80 y 120 w.
- DM-2 con portilámparas fijas o Girat, para lámparas de vapor de mercurio de 120 a 200 w.
- DM-3 con portilámparas Girat, para lámparas de vapor de mercurio de 200 a 400 w.



DIMENSIONES Y PESOS

TIPO	DIMENSIONES (mm)					PESO (kg)	
	A	B	C	D	E	cerrado	abierta
DM-1	300	375	170	200	110	5,100	2,700
DM-2	445	370	190	310	115,5	4,600	4,500
DM-3	730	380	335	400	118,5	6,300	5,300




OFICINA TÉCNICA, ESTUDIOS Y PROYECTOS

Socolec
SOCIETAT ELECTROINICA, S. A.

Oficina Central y Talleres: Marquès de Montnegre, 18 - Tel. 355 82 00 MADRID - 2
Delegación Cataluña: Av. Solanes Carles, 81 - Tel. 230 82 10 - BARCELONA - 18
Delegación Andalucía: Méndez Núñez, 1 - Tel. 22 52 62 - SEVILLA
Delegación Norte: Correo Valiente, 17 - Tel. 23 32 11 - BILBAO

Publicidad de farolas. Año 1969. El modelo fue utilizado en Gijón. (AMG).



con lo dispuesto en las ordenanzas municipales de construcción de Gijón y la licencia que en su día fue concedida al promotor de las viviendas ocupadas por los obreros de Uninsa y conocidas como Nuevo Gijón, a dicho promotor corresponde la instalación de alumbrado público, su puesta en funcionamiento y mantenimiento durante el plazo de veinte años por tratarse de un polígono ejecutado en un lugar donde no existía tal servicio”.

El constructor a quien se refería el Alcalde se llamaba Ángel Rodríguez. Cueto-Felgueroso añade que “en realidad, las reclamaciones eran contra el promotor y no contra el Ayuntamiento. A la vista de la situación, el Ayuntamiento ha optado por resolver el problema sin perjuicio de continuar las correspondientes acciones contra el promotor por incumplimiento de sus obligaciones”. Corría el 26 de octubre de 1972, y se solucionaba lo que tan sólo representaba la punta del iceberg de una situación absurda que afectaba a varios miles de gijoneses.

Efectivamente la Administración local incluía (aunque no siempre) entre las condiciones para permitir la urbanización y parcelación de terrenos destinados a viviendas, una cláusula que decía lo siguiente: “Será de cuenta de [la empresa promotora] la urbanización total, incluso del servicio de alumbrado, de las calles afectadas por su proyecto [...]. Será de su cargo o de quien traiga derecho en su día el sostenimiento de todos los servicios, incluso de alumbrado público y mantenimiento y conservación de las calles durante el plazo de 20 años a contar desde la recepción por parte del municipio de las calles en cuestión, así como la instalación y sostenimiento de las aceras proyectadas”.

La norma venía de lejos, con el desarrollo del primer Plan General de Ordenación Urbana de la ciudad, obra del arquitecto Germán Valentín Gamazo. Una sólida teoría que la práctica se encargó de dinamitar sin piedad. Las ordenanzas de Gamazo preveían que los promotores que solicitaran al Ayuntamiento la construcción de edificios en zonas que no contaran aún con los correspondientes servicios, aunque estuvieran incluidas en el Plan General de Ordenación Urbana (PGOU), debían ejecutar antes de dichas construcciones la urbanización de las zonas con sujeción a dicho plan, dotándolas de todos los servicios, que además deberían sostener y mantener en esos 20 años, incluido el pago por el consumo de alumbrado.

¿QUIÉN TIENE QUE PAGAR LA LUZ?

De la envergadura del asunto da buena prueba un informe municipal interno que hablaba de 25 polígonos de viviendas que se encontraban o se habían encontrado frente a esa norma. Los había de tres grupos. El primero, con instalaciones de alumbrado y servicio a cuenta del Ayuntamiento de Gijón. Entre ellas las Mil Quinientas de Pumarín, los grupos de CARSA, Portuarios o la barriada de Nuestra Señora de Covadonga, en Roces. En total, 14 polígonos con el problema resuelto. Otros seis grupos de viviendas disponían de instalaciones de luz pública, pero no disfrutaban de servicio. Es decir, farolas, pero a oscuras. Eran, entre otros, los bloques de CARSA en la calle Cataluña, en Pumarín; un grupo en La Algodonera, otra en la calle Ampurdán, promovido en su día por La Industria y Laviada, S.A. o el ya referido de Nuevo Gijón, promovido por la citada siderúrgica Uninsa y cuyos vecinos, hartos de esperar, determinaron salir a la calle para hacer pública su protesta, lo que les dio resultados satisfactorios.

Había un tercer grupo de viviendas que lo tenían más difícil porque ni siquiera los promotores habían instalado la infraestructura necesaria para el alumbrado público. Se trataba, por ejemplo, de los bloques del Grupo Dardo y Tabacalera, en la calle Brasil; del Grupo de la Inmobiliaria El Llano, en Contrueces; del Grupo Francisco Franco, en Viesques, y de la Colonia Alvargonzález, en La Guía. Por cierto que en aquellos años de autarquía y ¡viva España! Gijón se llenó de grupos de viviendas con el nombre del Generalísimo. Además del de Viesques los hubo en Ceares, El Natahoyo y Roces.



Hubo barriadas que se pasaron una década sin iluminación pública. Ya en julio de 1971 el concejal encargado del alumbrado se lamentaba de que “la realidad es que en la casi totalidad de los mencionados polígonos la instalación de alumbrado público está hecha, faltando que el promotor cumpla sus obligaciones de colocar las correspondientes lámparas, solicitar el enganche a la red de Hidroeléctrica del Cantábrico y hacerse cargo del pago de la energía consumida”. Casi nada. Los constructores se desentendieron del asunto. “Las soluciones legalmente establecidas vienen ofreciendo numerosas dificultades por el incumplimiento por parte de los promotores, que el Ayuntamiento debe exigir a través de la jurisdicción, pero entre que se consigue o no los vecinos continúan sin tan indispensable servicio, como es el del alumbrado público”. Y todo ello en un escenario de dudas de tipo legal sobre la validez o no de la incidencia de pago para el mantenimiento de los lugares comunes por parte de quienes adquirirían viviendas subvencionadas.

El concejal Benigno Meana Toraño planteó que el Ayuntamiento se hiciera “cargo de los citados alumbrados” liberando a los promotores de los gastos de conservación durante las dos décadas que marcaban los contratos. La pelota estaba en el tejado de la Administración local porque había polígonos de viviendas sin luz pública repartidos por toda la ciudad, con el general descontento de los vecinos: El Piles, Pumarín, Contrueces, Jove, Tremañes, Ceares, El Natahoyo, Viesques, Rocés, El Llano, La Camocha, La Calzada, Cimavilla y La Guía. La cosa se complicó al reconocer el Ayuntamiento que en algunas licencias de promoción urbanística se había omitido la cláusula de obligatoriedad de la puesta en marcha del servicio de alumbrado público a cargo de los constructores.

Cuando a primeros de agosto de 1972 los concejales Meana y Moreno Truán solicitaban que se procediera con toda urgencia a dar servicio de alumbrado a los polígonos que al menos tuvieran instalada la infraestructura, el Ayuntamiento daba la guerra por perdida. Cuando los técnicos municipales procedieron a comprobar en qué estado se encontraba aquella infraestructura nunca utilizada hasta la fecha emitieron un informe descorazonador, “se han apreciado en la inspección ocular distintos tipos de averías, roturas de lámparas, tuberías subterráneas hundidas en algunos tramos de acera, conexiones de puntos de luz arrancadas, reactancias en mal estado [...]” y, por si fuera poco,

De Gijón a Luanco

La cesión de columnas de alumbrado entre ayuntamientos no era infrecuente en la época. En 1964 el alcalde de Gozón, Ramón Vega, se dirigía al de Gijón, Ignacio Bertrand, en estos términos: “Hace unos años el Ayuntamiento de Gijón nos cedió unos pies de columnas de hierro fundido que procedían del antiguo alumbrado público de esa ciudad y yacían en el depósito de materiales del municipio. A nosotros nos han servido bien para instalar el alumbrado público en una zona de la villa muy batida por el mar. Hoy pensamos instalar el alumbrado en la entrada de Luanco por la carretera de Gijón, zona también batida por el mar, y para ello precisamos otras cinco columnas como las anteriores, de posibles existencias en dicho depósito, que solicitamos de ese Ayuntamiento que tantas deferencias ha tenido con el nuestro”.

Por supuesto que la petición fue atendida.

los ratones. “Dado el gran número de roedores que en tiempo atrás popularon por aquellas zonas, será preciso hacer una comprobación completa de la línea de alimentación”, más el raspado y la limpieza de la pintura de los elementos metálicos “debido a las malas condiciones en que se encuentran”. Y todo a costa del municipio.

Otro informe del secretario general del Ayuntamiento, Alfredo Villa, se cubría de pragmatismo: “Sería necesaria una solución política al problema”, lo que implicó una modificación por acuerdo corporativo de la legalidad vigente. Al final y poco a poco, la luz pública llegó a los polígonos de viviendas obreras, pero con retraso y a la fuerza.

En los sesenta la ciudad expande horizontes. Es la década del desarrollo, por ejemplo, del polígono del barrio de La Arena, la primera zona urbana de Gijón donde se generaliza el uso de la lámpara de descarga de vapor de mercurio, sustituta de la tradicional bombilla incandescente. Entre unas y otras no había color, porque la bombilla al uso tenía una vida media útil de unas 800 horas, mientras que la duración estimada de las lámparas de vapor de mercurio se multiplicaba por diez. Su potencia también resultaba considerablemente mayor, por lo que los modelos de farolas ganaron en altura. La Arena fue un barrio bien parcelado, con calles homogéneas y rectilíneas, y canalizaciones subterráneas de alumbrado, aunque en muchos casos la calidad de las construcciones dejara que desear.



LLEGA LA LUZ A EL MOLINÓN

En aquellas operaciones de modernización de la infraestructura lumínica gijonesa tuvo mucho que ver Carlos Méndez Cuervo, por entonces teniente de alcalde y concejal de Urbanismo con Ignacio Bertrand y que en algunos meses de 1970 ejerció como alcalde interino. Méndez Cuervo fue además presidente del Sporting, cargo del que tomó posesión en 1968, como tal, estampó su firma para el fichaje de un chavalín desconocido que respondía al apodo de Quini y asistió, desde el palco presidencial, a la inauguración de la iluminación en el campo municipal de El Molinón. Para los amantes de las estadísticas y los datos menores fue en un Sporting-Mestalla, con victoria de los locales por 3-2. Algún cronista capitalino aseguraba en su crónica del día siguiente que el árbitro y la penumbra habían derrotado al filial del Valencia. La iluminación era mejorable, cierto, pero aquellas afirmaciones periodísticas resultaban una exageración.

La expansión de los sesenta dio lugar a múltiples expedientes y a una pugna dramática entre empresas para hacerse con los contratos de instalación de luminarias. Algunas de las que aparecen en los expedientes como beneficiarias de aquellos contratos son Suministros Eléctricos, S.A., Comercial de Electricidad, Abengoa, AEG Ibérica, Pascual y Compañía, Industria Eléctrica, S.A. o la gijonesa Construcciones y Montajes Electromecánicos (Comesa) que, primero instalada en Magnus Blikstad y más tarde en Tremañes, tenía una rama de fabricación de columnas de alumbrado.



Lámpara de halogenuros metálicos de 1.000 vatios. (Fondo municipal).

La ciudad instalaba luminarias a buen ritmo y los expedientes engordaban a base de sobredosis de burocracia. El de la reposición de alumbrado en un tramo de la calle Corrida, entre la plaza del Seis de Agosto y la plaza de José Antonio, más unas luminarias en Dieciocho de Julio y otras en General Mola, generó en 1967 nada menos que 40 documentos para un presupuesto final de contrata de 342.000 pesetas. No es de extrañar que las farolas fueran instaladas dos años más tarde. Las luminarias de Corrida databan de 1959, no eran por tanto excesivamente antiguas, pero el ingeniero municipal, Guillermo Cuesta, justificaba el gasto: “Dado el incremento de tráfico que se ha experimentado desde entonces, como también el aumento de los niveles de iluminación en todas las poblaciones de España, se supone el cambio del alumbrado existente por otro nuevo, con luminarias modernas y con un nivel medio de iluminación de 25 lux”.

El caso sirve para explicar el sistema de las contribuciones especiales que, en materia de alumbrado, reinó en Gijón durante las décadas de los años sesenta y setenta. El porcentaje parece desproporcionado porque los vecinos y comerciantes de la calle debían pagar el 80 por ciento del presupuesto, mientras que la Administración local se obligaba a costear sólo el 20 por ciento. Un total de 150 contribuyentes de Corrida pagaron cantidades que oscilaban entre las 900 y las 7.700 pesetas. La empresa Abengoa, ganadora del concurso, explicaba las características de la nueva iluminación, con “reflectores de aluminio anodizado y electroabrillantado, con cierre de refractor de vidrio termorresistente o cubeta de plástico de metacrilato”. Con estos términos sobre la mesa, cualquiera se atrevía a no contribuir.

En el umbral ya de la década de los setenta se llevaron a cabo obras de envergadura en el alumbrado, como la del polígono de El Carmen, la calle Marqués de San Esteban o la carretera del Piles a Somió, conocida entonces como la Carretera Nueva. Por cierto que ya entrados en el siglo XXI los emplazamientos de los puntos de luz de esta vía a Somió siguen siendo los mismos que los iniciales. También se aborda la renovación lumínica en Premio Real, Ezcurdia o la avenida de Castilla (1968), Cabrales, Llanes, Magnus Blikstad, avenida de Portugal, Oriamendi o Severo Ochoa, entre otras (1969), y buena parte de las bocacalles de la citada avenida de Portugal, en 1970, año en que se renueva el alumbrado en el barrio de Cimavilla, como se explica a continuación, y se amplía la potencia del alumbrado público en la parroquia de Somió.



Lámpara de halogenuros metálicos de 3.500 vatios, que sirvió para la iluminación del campo municipal de El Molinón. (Fondo municipal).



Aumentar la potencia. Eso constituía una de las obsesiones del momento. En aquel Gijón moderno las lámparas de 40 y hasta de 100 vatios habían perdido sentido y lo que se estilaba eran las de 250 vatios. La mayor o menor bondad de los proyectos se cifraban en lux. Había que llegar a un nivel medio de 12 lux en el paseo de Begoña, según marcan los técnicos en el proyecto de remodelación del alumbrado en la zona en 1972. Y la cancha de deportes allí instalada (los veteranos con buena memoria la recordarán) precisaba los 20 lux. Cuarenta y dos farolas para Begoña, más de 700.000 pesetas de presupuesto. Ya por entonces, tanto en los despachos técnicos municipales como en la opinión de la calle, comenzaba a fraguar la idea de que las luminarias altas como rascacielos no sólo condicionaban el paisaje urbano sino que, según en qué áreas, la altura no siempre se correspondía con la eficacia. Para el Campo Valdés, se solicitaban en 1972 “columnas de tipo jardín”, después de reconocer que ese espacio que antecede a la iglesia parroquial de San Pedro “se encuentra en semipenumbra a causa del arbolado, sobre todo en la zona próxima a la playa que es la más alejada del sistema de alumbrado de columnas-seta”. Entre los peatones, a pie de acera, y aquellas columnas-seta, una frondosa mata vegetal.

Lo de las farolas “pequeñinas” ya había hecho inicial fortuna en el barrio de Cimavilla en una operación urbanística notable que se gestó en 1970 y que afectó a un total de 25 calles, incluyendo la plaza del Marqués y la plaza Mayor “en las cuales serán instalados faroles románticos”, reza el expediente. Faroles de tres metros y medio de altura, proporcionados a la dimensión y estética de las calles donde iban a lucir. Aquellas luminarias eran de tipo 1834 (así se llamaba el modelo, se supone que en referencia a una fecha). Cimavilla se llenó de columnas, hasta 130, y de luminarias montadas sobre brazo mural, que fueron 28. La empresa Comesa, con talleres en Gijón, las montó por poco menos de tres millones y medio de pesetas. El “romanticismo” de los modelos no era otra cosa que una reproducción más o menos exacta de los antiguos faroles de gas que poblaron la ciudad.

Por cierto que en este plan luminoso que afectó a Cimavilla hubo un apartado para la iluminación ornamental de la fachada de la Casa Natal de Jovellanos, basada en focos de gran potencia lumínica que fueron instalados en la fachada del Hotel Asturias. Es una de las primeras intervenciones —si no la primera— de iluminación indirecta y *ad hoc* de uno de los edificios representativos de la ciudad.



La fuente luminosa de la plaza del Carmen (arriba) fue inaugurada en 1970. (AMG, Colección del Padre Patac). Tres años antes lo había sido la de la plaza del Seis de Agosto (abajo), diseñada por el arquitecto Oriol Bohigas y desaparecida en la década de 1980. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

Luz para la Laboral

En 1972 el entonces rector de la Universidad Laboral, el jesuita Francisco Elostia Rojo, solicitaba al Ayuntamiento una subvención para costear cinco farolas que la Laboral, por su cuenta y riesgo, había hecho instalar en la pequeña avenida de entrada. Se había celebrado allí un congreso internacional del trabajo, pero la iluminación tenía miras más a largo plazo, como argumenta el peticionario: “Va en beneficio de los usuarios de la Residencia Sanitaria y de los visitantes de la Universidad Laboral, punto de atracción turística de primer orden”. Efectivamente el hoy Hospital de Cabueñes había sido levantado a finales de la década anterior sin que nadie hubiera echado en falta la iluminación pública en sus accesos. Para pagar aquellas cinco luminarias con lámparas de vapor de mercurio de 400 vatios el Ayuntamiento concedió una subvención de 44.414 pesetas.



La fachada de la iglesia de San Lorenzo con farola de pescante incluida. Había luz, pero fallaba la estética. (AMG. Colección del Padre Patac).

Tocaba ahorrar

En diciembre de 1973, la Administración local hacía caso a lo dispuesto en un Consejo de Ministros para tratar de ahorrar consumos debido a la famosa crisis energética mundial. Un informe técnico pedía “proceder al apagado del 50% del alumbrado público en aquellas vías del centro de la población en que sea posible, y el apagado desde las once de la noche en vías de penetración” a la ciudad. Había excepciones por el tráfico denso que soportaban: “Se estima aconsejable no aplicar dicha reducción en la avenida de Fernández Ladreda, Avenida de Galicia, Avenida de La Argentina y calle Mariano Pola”. La crisis también afectó a la iluminación navideña, que aquel año de escasez de petróleo se redujo a un calendario mínimo, desde el 21 de diciembre al 6 de enero, y con un horario casi de alerta: desde las seis y media de la tarde a las nueve de la noche. Porque ya lo decía el eslogan: “Aunque usted pueda, España no puede”.

Son numerosos los expedientes municipales en los que las asociaciones de cabezas de familia reclamaban en los años setenta, en los estertores de la dictadura, luces para sus calles y barrios. El año 1974, aún en plena crisis energética, el Ayuntamiento de Gijón aprueba un macroproyecto para renovar el alumbrado de diez conjuntos viarios que afectaba a buena parte del centro histórico. Una sabrosa subasta, ganada por la empresa Isolux, S.A. El plan de renovación se complementa un año más tarde en unas 70 calles, también céntricas en su mayoría. Y en 1976 se completa el esfuerzo municipal con un tercer bloque que incluye calles históricas como Instituto, La Merced, Munuza, San Bernardo o General Aranda, con otras ya integradas en los nuevos “centros” urbanos de una ciudad en expansión, como Francisco de Paula, Ceán Bermúdez, Caveda, García o Juan XXIII, por centrarnos en un barrio, El Llano, que nos sirve de ejemplo.

Había asociaciones de vecinos las entonces llamadas asociaciones de Cabezas de Familia que en virtud del poderío demográfico del barrio actuaban por libre, o casi. Una especie de “reinos de taifas” que contaban con el visto bueno del Ayuntamiento de la ciudad, más que nada porque evitaban problemas menores. El caso de La Calzada es significativo. La asociación vecinal tenía contrato con una empresa del sector, Electricidad Gago, para el mantenimiento de la iluminación pública del barrio. El municipio ayudaba a costear el servicio con 36.000 pesetas al año. En 1973 el presidente vecinal, el recordado Manuel Antonio Hevia Carriles, renunciaba a esa cantidad subvencionada: “Cada vez es mayor el número de puntos de luz en La Calzada, instalándose postes de gran altura. Todo ello hace que sean constantes las quejas en esta asociación a las que ya no puede atender ya que, entre otras cosas, sería necesario disponer de una escalera elevadora, lo que supone un gasto irrealizable”.

El Consistorio toma nota, echa cuentas y da alternativas: “Este Ayuntamiento no ve inconveniente en que un día a la semana el camión escalera del servicio de alumbrado [en realidad aquel camión escalera servía un poco para todo] vaya a La Calzada a prestar ayuda a los electricistas de la asociación”. Y, lo que es más importante, aumenta la ayuda municipal hasta las 6.000 pesetas al mes.



LA OPERACIÓN LUZ

En general, el período comprendido entre 1970 y 1978 resultó de creciente actividad en la renovación de alumbrado público, incluyendo buen número de proyectos en la zona rural. En 1970 el esfuerzo presupuestario municipal fue modesto: dos millones de pesetas para iluminación sobre una cantidad global de 240 millones; al año siguiente, poco más o menos igual: dos millones y medio de pesetas para luz en las calles que salieron de una cuenta general de 277 millones. Pero sería en 1974 cuando la Administración local abordó un proyecto histórico por su envergadura, sin duda el más importante hasta aquella fecha en lo que a alumbrado público se refiere. Aquel Gijón de unos 190.000 habitantes (datos de 1971) y que contaba con un presupuesto municipal de apenas 300 millones de pesetas, se gastó 17,6 millones de una sola tacada en la mayor renovación de luz pública desde que en 1843 fueron instalados los primeros faroles viarios. El proyecto afectó a 37 calles y plazas, divididas en diez conjuntos urbanos, cada uno de los cuales tenía presupuesto propio.

Por la importancia del esfuerzo merece la pena concretar los detalles de la operación. Tres de los conjuntos diseñados afectaban sólo a una calle. Eran los de Jovellanos, San José y los Jardines de El Llano. Los demás agrupaban prácticamente todo el centro urbano. Uno incluía las calles de Casimiro Velasco, Cabrales, Menéndez Valdés, Eusebio Miranda, San Bernardo y Covadonga, por importe de 3,2 millones de pesetas. El de mayor presupuesto correspondía a la carretera de la Costa, la carretera de Villaviciosa hasta La Guía y la avenida de Dionisio Cifuentes, con un presupuesto inicial de 7,5 millones.

Las altas luminarias de “brazo doblado” presidieron el paisaje urbano gijonés durante los últimos cuarenta años del siglo XX y aún hoy perviven en algunas zonas. La fotografía, tomada en 1975, ilustra el patético batiburrillo urbanístico de una ciudad que crecía sin control. (AMG. Colección del Padre Patac).



El tercer conjunto diseñado en el expediente técnico afectaba a la plazuela de San Miguel y las calles de Ruiz Gómez y Cura Sama; el cuarto daba luz a las calles Dindurra, Santa Doradía, Celestino Junquera, F. Villamil y Concepción Arenal. Otra área estaba delimitada por Uría, Garcilaso de la Vega, Adosinda y Alonso Nart. El más numeroso en calles incluía San Agustín, Jacobo Olañeta, la ronda de San Agustín, la plaza de Juan Alvargonzález, calle Capua y Teniente Fournier. Había calles que estaban afectadas en distintos tramos en conjuntos viarios diferentes. El proyecto también generó obras de renovación de alumbrado en calles como las del Doctor Bellmunt, Alfonso I, calle del Príncipe, Conde del Real Agrado, San Luis y Acebal y Rato.

Como se ve, medio Gijón, costeado todo con contribuciones especiales, las mismas que las apuntadas anteriormente, el 80 por ciento a pagar por los vecinos y el 20 por ciento por la Administración local. Un buen negocio para esta última. La partida presupuestaria calculada en el pliego de condiciones ascendía a 20 millones de pesetas. El concurso fue publicitado en diversos medios de comunicación escritos y hablados (resulta pintoresco que el periódico madrileño elegido para la inserción del anuncio oficial fuese *El Alcázar*). Al concurso se presentaron siete empresas, de las que dos no pudieron pasar el primer filtro técnico en la apertura de pliegos del 13 de diciembre de 1974. En febrero del año



siguiente, el proyecto se concedió a la firma Isolux, S.A. por 17.630.000 pesetas. Son numerosos los expedientes municipales de petición de exenciones de la contribución especial por alumbrado, sobre todo de asociaciones cívicas, escolares o relacionadas con prestaciones sociales. El Ayuntamiento solía ser generoso.

En noviembre de 1975, la Corporación había acordado adjudicar los servicios de mantenimiento de la iluminación pública a la empresa Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas (SICE) por un importe



En la década de los setenta eran muy habituales las luminarias "de pared", situadas por lo general en fachadas por encima de los nueve metros de altura. (AMG. Colección del Padre Patac).

anual, en aquel primer ejercicio, de casi ocho millones y medio de pesetas. La empresa concesionaria inició sus trabajos en enero de 1976 y pronto comprobó que la infraestructura lumínica gijonesa iba mucho más allá de lo explicado por los servicios municipales y a partir de la cual se había calculado el precio del contrato. Las revisiones presupuestarias no tardaron en llegar, SICE se encontró con miles de puntos de luz “extra” con los que no contaba y que era preciso mantener, revisar y, en su caso, cambiar. En septiembre de 1976, la adjudicataria ya se había gastado casi siete millones de los 8,4 del contrato. El primer año se salda con 1,2 millones de pesetas por encima de esta última cantidad, lo que motiva un terrible informe de la Comisión de Hacienda: “Esta Comisión ha de lamentar que en modo alguno se ajusta la certificación a lo legal y contractualmente establecido, lo que demuestra una total inoperancia de los servicios técnicos municipales y un absoluto desprecio a las normas establecidas”. Ahí es nada. La Comisión de Hacienda libra de culpas a SICE “porque el contratista no es responsable del mal funcionamiento de los servicios municipales”.

SICE, una empresa potente, pertenecía a la General Electric, grupo que incluso disponía de fábrica de luminarias. Dos camiones cesta, un vehículo ligero y una docena de personas eran suficientes para llevar a cabo el servicio de mantenimiento en el alumbrado de una ciudad que todavía disponía de puntos de luz aéreos en mitad de algunas calles y colgados de tendidos de cable, como ocurría en Ramón y Cajal o en la avenida de Héroes del Simancas, la actual Pablo Iglesias.

En una España de precios volátiles y economía inconsistente, donde el comité superior de precios de contratos elaboraba los índices de precios de mano de obra mes por mes en el Boletín Oficial del Estado, las revisiones por el mantenimiento del alumbrado fueron constantes desde 1977 a 1981. En el año 1977, casi cuatro millones de pesetas; en 1978 el sobrepresupuesto se acercó a los diez. Los superó hasta llegar a los 11,2 millones de pesetas en 1979 y batió récords un año más tarde para situarse cerca de los 14 millones. Se trataba de cantidades importantes si las comparamos con lo que la Administración local se gastaba en instalación de nuevo alumbrado. En noviembre de 1973 un plan de mejora urbana del alumbrado, pregonado a los cuatro vientos, supuso una inversión de 11 millones.



SICE también se dedicaba al mantenimiento de las fuentes luminosas de la ciudad. La de la plaza del Seis de Agosto se había inaugurado en octubre de 1967 y fue todo un acontecimiento ciudadano. En abril de 1970 se puso en marcha la de la entonces llamada plaza de José Antonio (la actual plaza del Carmen).

El ingeniero municipal se justificaba a primeros de 1977: “Ha sido preciso iniciar una campaña de limpieza y reposición masiva de lámparas en diversas vías que así lo requerían, lo que ha encarecido notablemente el contrato. Queda una gran parte pendiente para llevar a cabo en 1977 con el fin de no desequilibrar en demasía los presupuestos”. Inútil afán porque poco tiempo más tarde, entre el 1 de julio de 1979 y el 31 de marzo de 1981, la revisión del contrato de conservación ascendió a más de 24 millones de pesetas. Se echó mano de la hucha municipal, nunca muy boyante, pero aún así aquella situación obligó a un reconocimiento de crédito en el presupuesto de 1982 por importe de 15,3 millones.



El muelle, en 1975, con farolas de doble brazo. (AMG. Colección del Padre Patac).

La segunda gran operación luz de una década muy fértil en este sentido tuvo lugar en febrero de 1976, fecha en que el Pleno municipal acordó la renovación del alumbrado en nada menos que 47 calles del centro, un plan que contaba inicialmente con un presupuesto de algo más de 12 millones de pesetas. Por los pliegos de condiciones pasaron las calles de Jovellanos, Tomás Zarracina, San Bernardo, parte del paseo de Begoña, Fernández Vallín, Mieres, General Aranda, la calle de La Merced, la del Instituto o Munuza, entre otras. En realidad estas calles formaban parte de uno de los tres grandes bloques callejeros que se beneficiaron de nueva iluminación y que incluían muchas calles de El Llano.

Cada uno de los bloques tenía concurso independiente. A tenor de las empresas presentadas el proyecto era sabroso... y las bajas de licitación, espectaculares. La empresa Asistencia Técnica Asturiana (ATA) se llevó dos de los citados concursos, y la Eléctrica de Cangas de Narcea, otro. En algunos casos esas bajas sobre la cantidad presupuestada rozaban el 20 por ciento. Había que tener cuidado con los cálculos porque la Administración local penalizaba con 250 pesetas por día de retraso en las obras en aquellos proyectos cuyo presupuesto no alcanzaba el medio millón de pesetas. La multa ascendía a 500 por día en los que el coste estuviese entre medio millón y un millón de pesetas, y llegaba a las 1.000 pesetas diarias por jornada de retraso en la recepción de los trabajos de más de un millón, que eran muchos. Con la iluminación moderna en San Bernardo, Domínguez Gil, Julio Somoza o Emilio Villa se completaba el plan establecido para renovar el alumbrado público en todas las calles comprendidas entre Corrida y el Muro de San Lorenzo.

Se había entrado decididamente en una nueva etapa. Resumiendo: la década de los cuarenta sirvió para llevar luz al centro urbano tras la debacle de la Guerra Civil. Los planes de alumbrado quedaron, no obstante, muy condicionados por los más urgentes de urbanización y pavimentación de unas calles y plazas en ocasiones arrasadas, no tanto por las bombas (que también) como por la falta de inversiones para su mantenimiento. “Entre 1938 y 1954 la mayor parte de las actuaciones está vinculada a la instalación o reposición de lámparas, como medio para ir ampliando los puntos de luz por las distintas zonas de la ciudad” (*La obra pública municipal en Gijón*). Se trataba de tapar huecos. En la década de los sesenta los nuevos moldes estéticos implantan nuevos



conceptos de luminarias, más pensadas para los coches que para los peatones. En la mayoría de las memorias de obra de la década se insiste en la necesidad de responder con más luz al tráfico creciente en la ciudad. En los años setenta encontramos los primeros planes globales de renovación lumínica. En apenas cinco años, desde 1973 a 1977, se cambia el alumbrado de la inmensa mayoría de las calles del centro de Gijón. En esos años, convulsos en lo social, cambiantes en lo político, decisivos en nuestra moderna historia como país y como región, y poco boyantes en lo económico, la Administración local hace un esfuerzo que, sumadas todas las operaciones de renovación del alumbrado público local, supone una inversión de no menos de 50 millones de pesetas de las de entonces. Se mira a los barrios, pero sólo de reojo. Hasta el inicio de la época los llamados “barrios extremos” se encontraban en completa oscuridad, tal y como reconocía un informe municipal fechado en 1968. En 1972 se hace un esfuerzo de mejora en La Calzada y El Natahoyo, que casi coincide con una campaña de modernización del tendido eléctrico en toda la ciudad. A finales del año siguiente, el primer plan global de renovación lumínica afecta a amplias zonas urbanas por valor de más de 11 millones de pesetas.



Las farolas en verde que lucieron en la calle Corrida a partir de los años ochenta. Eran un modelo parecido al que después se bautizó como modelo Gijón. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

“El alumbrado rural conoció un impulso considerable a partir de 1972 con la aprobación del Plan General de Mejora del Alumbrado en los principales caminos y carreteras de acceso a las parroquias, que sembró

El Náutico a mediados de los setenta. Habían sido instaladas en el paseo del Muro las luminarias de tres brazos. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).



de postes de castaño, como soportes de la línea aérea de distribución, y de luminarias con portalámparas reforzados las principales arterias vecinales del municipio” (*La obra pública municipal en Gijón*). El castaño dejó paso enseguida al pino tratado, que ya no garantizaba tantos años de permanencia “plantado” en los caminos vecinales del concejo. Pronto llegarían las columnas de hormigón armado, muchas de las cuales salieron de las fábricas de la gijonesa Rubiera Predisa. Aún hoy, cuando se aborda la segunda década del siglo XXI, hormigón y madera conviven en las redes eléctricas de la zona rural. En 1978, según datos de SADEI, el sector del Agua, Gas y Electricidad daba empleo en el concejo a 899 personas.

En abril de 1979 tienen lugar las primeras elecciones municipales de la etapa democrática. Aquella primera Corporación municipal, con José Manuel Palacio como alcalde, se encontró con una ciudad en erupción volcánica social a causa de las reconversiones laborales, hinchada en lo urbanístico, deficitaria en sus infraestructuras básicas, con casi todo por hacer, un padrón municipal de algo más de un cuarto de millón de habitantes (entre 1970 y 1979 ese padrón creció de media anual casi un seis por ciento), colas en las consultas de los ambulatorios, población infantil no escolarizada, un reguero de calles sin asfaltar... Poca luz y muchos problemas.



Palacio y su equipo de gobierno miran sobre todo a los barrios. La situación era caótica, no sólo por la acumulación de asignaturas pendientes (no había ni donde depositar las basuras) como por lo exiguo de los presupuestos municipales, apenas 1.500 millones de pesetas (el equivalente a nueve millones de euros). El nacimiento de las corporaciones democráticas en España produjo al año siguiente un notable aporte de fondos, y Gijón se situó en 1980 con unos presupuestos anuales de 2.375 millones de pesetas. La mejoría contable era evidente, pero se gastó hasta el último duro. Y más.





III

LUCES NUEVAS: 1981-2010

“Miradas candentes que rasgan las tinieblas del tiempo
y el olvido, estrellas enjauladas en la prisión de la noche
eternamente fugaz que sueña con amaneceres mansos,
resplandores nerviosos que escriben su historia
en el papel negro de la ciudad dormida:
signos de exclamación en el alma de un Gijón
que se viste de luces para atrapar su misterio”.

(Tino Pertierra)

LA LUZ DE LA DEMOCRACIA

Desde 1983 a 1987 el concejal de Alumbrado del Ayuntamiento de Gijón fue Ramón del Val, histórico ugetista que perteneció durante un largo período de tiempo a la ejecutiva local del PSOE en Gijón. Del Val había sustituido en las responsabilidades de gestión de luz pública a Juan Campos Ansó, concejal del Partido Popular en la Corporación municipal que salió de las elecciones de 1979. El gobierno local era socialista, con José Manuel Palacio al frente, pero había delegaciones en áreas concretas que, como se ve en el caso de Campos Ansó, rebasaban los límites de las siglas.

Cuando en 1987 los nuevos comicios municipales dan una nueva victoria al Partido Socialista y Gijón estrena alcalde, Vicente Álvarez Areces, la gestión pasa a manos de Jesús Morales, concejal delegado de Urbanismo, área muy amplia que englobaba, entre otros, el apartado de alumbrado público. Desaparecía, por tanto, la figura del concejal de Alumbrado, vigente en Gijón durante un siglo.

Jesús Morales, responsable del urbanismo gijonés durante dos décadas, recuerda la situación general en aquel año de 1987: “El aumento de luz era una petición constante de todos los barrios. Los ciudadanos tenían razón porque la iluminación pública era totalmente insuficiente”.

Se planteó, por tanto, dar más luz, pero con unos criterios diferentes, en una ciudad donde seguía imperando la política viaria de los años setenta, en la que los coches tenían prioridad, de tránsito y de luz: farolas altas señalando a las calzadas.



La estética también dio un giro a partir de cuatro modelos que fueron distribuidos en distintas zonas de la ciudad. Uno, el de Cimavilla, específico para el casco antiguo, manteniendo criterios historicistas. Otro, el modelo Gijón, siguiendo referencias anteriores de las que, por cierto, en 1987, no quedaba ni rastro. Morales señala: “Encontramos una farola antigua de fundición en el Campo Valdés, totalmente en desuso”. Y aquel modelo sirvió. El Ayuntamiento lo patentó y lo distribuyó inicialmente por la ciudad del Ensanche y las calles más céntricas, incluyendo el paseo marítimo. Farolas blancas en el Muro y negras en las demás ubicaciones.



Farolas modelo San Lorenzo y Gijón, utilizadas en el paseo marítimo y en distintos puntos urbanos y semiurbanos de la ciudad.

Pronto llegarían a las calles de la villa las primeras farolas de doble brazo, pensadas para iluminar calzada y acera. Las primeras instaladas en Gijón lo fueron en los barrios de El Natahoyo y La Calzada.

Desaparecieron en pocos años buena parte de las farolas de 12 metros de altura, a la vez que se ponían en práctica nuevas formas de entender el mobiliario urbano así como la relación de peatones y automóviles. Aceras más anchas, amplio surtido de bancos, luminarias más bajas.

El cambio no siempre fue fácil porque los tentáculos de los correspondientes ministerios de Obras Públicas (con denominaciones muy diversas) entraban hasta las entrañas de la ciudad. La avenida de la Constitución fue “propiedad” del MOPU hasta bien entrada la década de los noventa. No era una calle, desde el punto de vista oficial, sino el final de la carretera nacional 630, que enlazaba con otra nacional, la 632, la carretera de la Costa, también a cargo de la Administración central. Un dislate.

Fue en los noventa, en el segundo mandato municipal de Vicente Álvarez Areces, cuando desaparecieron las contribuciones especiales a los vecinos por obras de alumbrado. Resultaban operaciones muy complejas desde el punto de vista de la gestión administrativa (recibos, por lo general de muy pequeña cuantía, a todos los vecinos de la calle y a los comerciantes), y las recaudaciones no compensaban el esfuerzo del negociado a su cargo, dentro del área municipal de Hacienda. Las contribuciones vecinales estaban recogidas en la ley de Haciendas Locales, pero Gijón decidió cortarlas de facto y compensarlo con una pequeña subida en otros impuestos, como fue el IBI.



EL MURO SE ENCIENDE

“Cientos de personas pudieron observar anoche, en directo, que el alumbrado del nuevo Muro es tan espectacular como se preveía”, escribió el periodista Enrique Arenas en su crónica municipal del 3 de julio de 1993 en el diario *El Comercio*. Unas horas antes, el alcalde de la ciudad, Vicente Álvarez Areces, y el responsable de la Demarcación de Costas, Alejandro Checa, habían accionado a la altura de la escalera 10 el mecanismo de encendido del paseo marítimo. Hubo aplausos espontáneos y hasta una pequeña sesión de fuegos artificiales.



Las farolas del Muro fueron el argumento central del cartel del verano de 1993.

La sugerente luz de la playa y el Muro de noche.

Aquella noche de verano fraguaba el mayor proyecto de alumbrado en la historia de Gijón, casi tres kilómetros de luminarias desde la iglesia de San Pedro hasta el final del paseo, que coincide con el inicio de la senda del Cervigón, a pie de Solidaridad, la escultura de eslabones de acero firmada por Pepe Noja. Una estructura que, tal y como la conocemos en 2010, contempla tres líneas de iluminación. La más importante es la que se sitúa en primera línea de Muro y que engloba cerca de 140 farolas de fundición, de blanco inmaculado, cada una de ellas con dos puntos de luz. En segunda línea, una fila de luminarias de estilo moderno que, con distancias de apenas siete metros lineales, dan cobertura de luz al paseo marítimo. Por último, los postes que iluminan la calzada. Se logra un conjunto armónico que da personalidad a ese Muro que es tierra de todos. El montaje de la instalación eléctrica corrió a cargo de otra empresa gijonesa, Goyastur, S.A., creada en 1981 y que se ha encargado, en distintas fases, de la infraestructura lumínica del paseo, desde la escalera 0 al parque de El Rinconín.

En la obra del Muro de San Lorenzo colaboraron las tres administraciones. Gijón financió la primera fase, apenas un tramo entre el Campo Valdés y el martillo de Capua. El Ministerio de Obras Públicas, con Borrell al frente (en realidad se trataba de un superministerio de Obras Públicas, pero también de Transportes y Medio Ambiente), costeó la segunda fase, desde Capua hasta la altura del monumento a la Madre del Emigrante, mientras que el Principado se hizo cargo de la infraestructura lumínica en la senda del Cervigón.



La característica silueta del Muro al atardecer. Imposible imaginarla ya sin el perfil de sus farolas.



Begoña de noche. Las luces indirectas del paseo, uno de los espacios comunes más representativos de la ciudad, le dan un toque acogedor.

Unos meses antes, en noviembre de 1992 fueron iluminados los 204 faroles contemplados en el proyecto de remodelación del paseo de Begoña que, al final, y con un imprescindible añadido presupuestario, costó unos 355 millones de pesetas. Constituía un esfuerzo monetario muy notable aunque el mismo día en que los medios de comunicación escritos publicaban la crónica del acontecimiento, el diario local gijonés se hacía eco de las quejas de los vecinos de El Natahoyo y La Calzada por lo que consideraban un alumbrado deficiente en “la mayoría de las calles de los dos barrios”. Aquel “aspecto de cueva” era más que evidente —protestaban— en calles como Ceriñola, Zaragoza, Perú o Brasil.

A finales de la década de los noventa tiene lugar otro estirón presupuestario importante en materia de alumbrado, esta vez pensando en las parroquias rurales del concejo. El nuevo plan de actuación que tiene lugar durante los años 1998 y 1999 afecta a 26 de esas parroquias. Hubo tres campos de actuación. En primer lugar los núcleos de población aislados que no contaban con iluminación pública; en segundo lugar, los caminos en idéntica situación, y, en tercer lugar, se trataba de completar redes de alumbrado allí donde ya las había, mejorando y sustituyendo luminarias. En total, el alumbrado se extendió a unos 85 kilómetros de caminos, empleando para ello unos 1.900 puntos de luz.

El alumbrado se llevó un trozo muy suculento del presupuesto municipal en urbanismo del año 1998. Hasta una docena de actuaciones tienen lugar a lo largo del ejercicio, y todas ellas con el recambio de las infraestructuras de alumbrado. Es el año de la urbanización de la plaza de Europa, un proyecto en el que se dejaron casi mil millones de pesetas, pero también el de la avenida de La Costa, Torcuato Fernández Miranda, el plan de la Costa Este, Poniente, la plaza de Romualdo Alvargonzález, la prolongación de la avenida de El Llano o el barrio de El Carmen. Un año más tarde, entre otros proyectos, vio la luz la “nueva” margen derecha del río Piles.



El paseo del río Piles desde uno de los puentes que dan acceso al recinto ferial. Al fondo, a la izquierda, el pabellón de deportes de La Guía.

Luz pública para los monumentos
“El conceyu va apurrir 10 millones de pesetas pa iluminar la ilesia San Llorienzo. En setiembre van instalase les lluces ornamentales [...] esto faixe pa que rescample esti conxuntu arquitectónicu que el añu que vien va facer cien años” (*La Gaceta de Gijón*, junio, 2000).

El Ayuntamiento realizó en estos años otros proyectos de iluminación monumental de edificios singulares que incluyeron, asimismo, las iglesias de San José y San Pedro, el Museo Barjola, el Palacio Revillagigedo (que se modificaría con otra intervención posterior financiada por HC Energía) o la antigua Pescadería Municipal.

Todas aquellas obras eran herederas, de alguna manera, de la revisión del Plan General de Ordenación Urbana que tuvo lugar en 1996, diez años después de su aprobación. Más de 20 grandes operaciones urbanísticas salieron de aquel repaso al PGOU local, desde el polígono de Somonte al Parque Tecnológico. En agosto de 1997 se abrió el primer tramo de la Ronda Sur, pocas semanas después de recibir la luz verde el eje comercial de la calle Marqués de San Esteban. Se calculaba entonces que en breve plazo las necesidades de Gijón obligarían a construir unas 7.500 nuevas viviendas en las zonas de Montevil, Rocés, Nuevo Gijón y Viesques. El tiempo vino a corroborar —e incluso superar— aquellas previsiones.



III. LUCES NUEVAS: 1981-2010

Todavía se hablaba de millones, cincuenta en concreto, para mejorar el alumbrado en diversas calles gijonesas en el año 2000, entre ellas la de Los Moros. El nuevo alumbrado también afectó a Gaspar García Laviana, el cerro de Santa Catalina y varias calles de Viesques, barrio de ya inequívoca expansión urbana a inicios de la década. “L’Ayuntamientu aprobó hai poco la execución d’ocho proyectos d’allumamientu en varies cais y zones del conceyu, nos que se van a invertir unos 50 millones de pesetes. Entre les reformes previstes destaca la del mecanismu y iluminación nueva de la fonte allugada al entamu de la cai de Los Moros, asina como la reposición d’abondos puntos de lluz nel cuetu de Santa Catalina. La inversión tamién va ameyorar la iluminación del camín de los Foxanes, en Somió; la avenida de Gaspar García Laviana, el parque de Les Palmeres y de varies cais de la redolada de Vicasa, en La Calzada. En Viesques van ser les cais Fernando’l Santu y Isabel la Católica les que van tener d’equí a poco un allumamientu meyor” (*La Gaceta de Gijón*, noviembre de 2000).



Farola del Cerro de Santa Catalina.



Luminaria junto al monumento *Solidaridad*, de Pepe Noja, en El Rinconín.

Las elecciones municipales de 1999 supusieron la llegada a la alcaldía de Paz Fernández Felgueroso, quien mantuvo durante sus primeros cuatro años de mandato un equipo de Urbanismo muy similar al de su antecesor, Vicente Álvarez Areces, convertido en nuevo presidente del Gobierno regional. Jesús Morales siguió al frente del área para abordar una nueva etapa que, en lo relativo al alumbrado público, resultó intensa y con perfil expansionista. Se iniciaban años de crecimiento y consolidación de nuevos barrios (Viesques, Roces, Montevil...), nuevas áreas de recreo (senda del Piles, senda costera...), nuevos parques y nuevos ejes comerciales.

En el año 2003, plagado de novedades al respecto, Gijón superó los 33.000 puntos de luz. La diversidad se había apoderado definitivamente de las calles de la villa. En enero de 2004 podíamos leer en el diario *La Voz de Asturias*: “Las hay para todos los gustos, tanto farolas modernas como tradicionales dan luz a toda la ciudad y se convierten en uno de los elementos urbanos que ofrecen más posibilidades estilísticas. En Gijón, más de 60 modelos de puntos de luz son los encargados de hacer la noche menos oscura y, a la vez, imprimir personalidad a muchas de las calles del municipio. La función última de estos elementos, iluminar, incluso queda desdibujada cuando el arte y el diseño toman el protagonismo”.

Sesenta modelos distintos, que ya es decir. Pero eso era en 2004. La segunda década del siglo XXI la aborda Gijón con más de 200 en sus calles. Es ésta materia de debate, que en Gijón siempre es pasional y encendido, como mandan los cánones. Debate sobre si tal diversidad de modelos enriquece o entorpece la estética urbana gijonesa. El arquitecto Joaquín Aranda Iriarte hacía mención en su texto incluido en el libro *Gijón, el cantón milenario*, editado por el Ayuntamiento de Gijón en 2003, a lo que él denomina “pequeña incongruencia” entre la apuesta moderna en el diseño de muchos de los espacios públicos gijoneses, renacidos en esos años de finales del siglo XX “y la utilización repetida en todos los puntos de la ciudad de un tipo de farola imitación de los años cuarenta, que en su momento supuso una imagen de modernidad en nuestra ciudad y que ahora no tiene más sentido que contentar a un público trasnochadamente nostálgico”.



En la variedad está en gusto. Hay en Gijón más de 200 modelos distintos de luminarias.

Tal variedad hay que entenderla en un contexto mucho más general que afectó durante las dos últimas décadas del siglo XX a casi todas de las ciudades españolas, y que tiene mucho que ver con la tendencia a rellenar espacios, a convertir las calles y plazas en lugares más cómodos y hasta cercanos al hogar. El arquitecto gijonés Vicente Díez Faixat, que en su día fue presidente de la Fundación Municipal de Cultura de Gijón, mencionaba ya en 1993 en el diario *La Nueva España* los efectos del *horror vacui* de quienes diseñan los espacios públicos (y no tan públicos). Cuando un extranjero visita una ciudad media española, y Gijón entra en esa franja demográfica y urbana, suele sorprenderse de la cantidad de elementos de mobiliario urbano con que se encuentra. Con ironía, Faixat escribía entonces: “Ante nuestra vista se despliega entonces un amplio muestrario de posibilidades, de materiales, de calidades, de colores. Un completo catálogo de farolas se exhibe ante nosotros; son generalmente de diseño decimonónico, para gas, hoy eléctricas. Mástiles para banderas, bancos, papeleras, contenedores de basura, parterres, un árbol, otro árbol, relojes, barandillas, desniveles, rampas, escalinatas, murales, esculturas, monumentos recreados, taburetes, estanques, fuentes, juegos para niños, un quiosco de música, pérgolas, parasoles, más farolas, distintas...”.



La avenida de la Constitución es la cuarta vía gijonesa con mayor número de puntos de luz: 201.

Cuando en aquel muy fértil año 2003 fueron instaladas las nuevas luminarias de acero en la avenida de la Constitución, la polémica se escuchó en los cuatro puntos cardinales urbanos. Fue todo un choque estético, para algunos casi un trauma; para otros, un hallazgo que merecía la pena seguir. El entonces concejal de Urbanismo, Jesús Morales, defendió a capa y espada aquella renovación arriesgada a partir



de luminarias de doble brazo a quien los gijoneses —siempre ágiles en este aspecto— bautizaron como “las Gaviotonas”. Hoy están perfectamente integradas y son piezas fundamentales en la perspectiva de la calle, vista desde la plaza de Europa o desde el cruce de Pumarín, a la sombra del espectacular *Obelisco* de Joaquín Rubio Camín.

Un *Obelisco* que ganó con el cambio en 2003 al tener que ser trasladado desde el paseo de Begoña a causa de las obras de remodelación para la construcción del aparcamiento subterráneo. Begoña es ejemplo del cambio (ya lo decía el cronista Alonso Bonet: los gijoneses gustan de variaciones en su paseo, que es un poco como su casa). El paseo más singular de la ciudad, junto al Muro de San Lorenzo y al muelle local, había sido transformado en 1992, tal y como se mencionaba anteriormente, con un proyecto ambicioso dirigido por el arquitecto Joaquín Aranda. De aquellos trabajos nacieron el mosaico alegórico frente al teatro Jovellanos, el quiosco de la música, la fuente de El Anzuelo, bajo diseño de José Manuel Espina; algunas esculturas y cambios de los espacios lúdicos. Y también una remodelación profunda de la iluminación: postes escuetos, con base de hormigón, remate de azulejo rojo y diseño evidentemente moderno. En general, entusiasmaron poco a los habituales de Begoña.



El paseo de Begoña recuperó la estética modernista en sus puntos de luz.



Diez años más tarde, cuando en 2003 es necesario cambiar la cara al paseo (las obras fueron inauguradas en febrero del año siguiente), los nuevos puntos de luz echan una mirada al pasado y se recupera casi al pie de la letra las farolas diseñadas en su día por el arquitecto Miguel García de la Cruz. La iluminación se vuelve más clásica, menos rompedora. “Tras siete meses de obras y una inversión de dos millones de euros, las nuevas farolas modernistas, a imitación de las diseñadas a principios del siglo XX, se encendieron el 20 de febrero de 2004, durante la noche de Comadres y sin inauguración oficial previa” (*La Nueva España*, 20 de febrero).



III. LUCES NUEVAS: 1981-2010

En febrero de 2010 fue inaugurada la avenida de La Pecuaria (casi 500 puntos de luz), una alternativa de tránsito hacia y desde la Universidad Laboral, el Hospital de Cabueñes y el Parque Tecnológico, entre otros equipamientos. Además de su estratégica importancia como vial (de algo más de dos kilómetros), los medios de comunicación se hicieron eco de la infraestructura lumínica: “El alumbrado de la nueva avenida tiene características singulares. Según explicó el concejal de Urbanismo, Pedro Sanjurjo, tiene un sistema de regulación para modular la potencia lumínica como medida de ahorro energético. Las farolas alumbrarán con un grado de iluminación medio y a partir de la medianoche se apagarán de forma automática, gracias a una célula fotoeléctrica. Desde ese momento sólo quedarán encendidas las dos líneas de las aceras” (*El Comercio*).



La avenida de La Pecuaria iluminada. Arriba, una de las farolas instaladas en esta vía con la torre de la Universidad Laboral al fondo.

EL RETO DE LA EFICIENCIA

Gijón cuenta en el año 2010 con unos 42.000 puntos de alumbrado público, de los que 26.000 pertenecen al espacio urbano y el resto a las parroquias rurales. Mantener esta infraestructura básica —hablamos tan sólo de la factura de la luz— sale por unos tres millones de euros al año, casi 8.300 euros al día, cerca de 250.000 euros al mes. Si se quiere afinar más, unos 343 euros a la hora. Disfrutar de una de las ciudades españolas de tipo medio mejor iluminadas cuesta a cada gijonés unos once euros al año. Poco que ver con aquella ciudad que ni soñaba llegar a los 20.000 habitantes y que, hace casi 170 años, estrenó su primera luz pública, aquellos cerca de 80 faroles que aportaron seguridad en el puerto local y débil guía en sus principales calles.



El cruce de Los Campos, donde se encuentran la avenida de la Costa y las calles Menéndez Pelayo y Ramón y Cajal.



La energía —luz y calor— llega a las calles y hogares de Gijón a partir de tres subestaciones: Pumarín, Carrió y Castiello. Pumarín “alimenta” al 70 por ciento del consumo ciudadano, mientras que la aportación de Castiello es del 20 por ciento y la de Carrió, en el concejo de Carreño, casi a pie de la térmica de Aboño, cubre el diez por ciento restante. Carrió responde principalmente a la demanda de El Musel y de la zona industrial de polígonos del Oeste del concejo. Pumarín abastece a la mayor parte del núcleo urbano y Castiello, una central construida en 1987, cubre parte de la zona oriental gijonesa y en buena medida la zona rural. En el año 2010, la demanda total de Gijón —demanda máxima, en hora punta e invierno— supera los 200 megavatios. Está en proyecto una cuarta subestación que se instalaría en Tremañes, anexa a uno de los polígonos industriales del barrio, el de Mora Garay.

La subestación principal es lógicamente la de Pumarín, cuyas instalaciones son visibles desde la Ronda Sur, ya al borde de la zona urbanizada. Dispone de cinco transformadores de corriente eléctrica. A partir de ella, una muy tupida red de distribución, casi toda soterrada, con líneas de distintas tensiones, que van a parar a los llamados transformadores de barrio y, en definitiva, a cada uno de los hogares de los gijoneses.

El siglo XXI llegó con novedades y nuevos retos. El principal se llama eficiencia. Desde el año 2009, Gijón cuenta con un nuevo sistema de telegestión integral del alumbrado público. El nuevo “cerebro informático” de la telegestión del alumbrado está situado en el edificio del Hogar Materno Infantil y es capaz de detectar en tiempo real cualquier anomalía que se produzca en 250 de los 700 cuadros de luces repartidos por todo el concejo. En el año 2010, unos 228 de esos cuadros disponen de tecnologías necesarias para facilitar acciones de ahorro energético, que rebaja costes y, muy importante, ahorro en emisión de CO₂. Se culminaba así más de una década de inversiones en adaptación de los cuadros de alumbrado público a las normativas nacionales y europeas. Las que existen y las que se prevén.



Una de las torretas de iluminación que presiden el entronque de la avenida de la Constitución y la calle Carlos Marx.



El centro de control del alumbrado público de la ciudad. A este sistema informático llegan a tiempo real las incidencias en la red.

“Con este sistema Gijón está entre las cinco primeras ciudades de España en la aplicación de esta nueva tecnología. Barcelona es la primera, con un sistema similar al de Gijón. Los técnicos han cuantificado ahorros energéticos que oscilan entre el 18 y el 35 por ciento, según las lámparas sean de vapor de sodio o de halogenuros metálicos. El sistema permite, además, la regulación de todos los horarios de encendido y apagado”. El diario *La Nueva España* explicaba así la nueva infraestructura de control y ahorro en el mes de noviembre de 2009 bajo el expresivo título “Gijón aprieta el cinturón a sus farolas”. El sistema de telegestión costó cerca de 200.000 euros, pero a lo que se ve tiene fácil amortización. La tecnología permite, por ejemplo, rebajar la intensidad de la luz a partir



de determinadas horas nocturnas o, incluso, proceder a apagados estratégicos en zonas y momentos en los que la iluminación no se hace necesaria.

En diciembre de 2008, el Ayuntamiento de Gijón suscribió un nuevo contrato de mantenimiento del alumbrado público local con la empresa Imesapi, S. A., con una duración de tres años prorrogables otros dos y un presupuesto de adjudicación de 2,2 millones de euros de cifra base. La empresa lleva encargándose de los trabajos de control lumínico desde 1997. Para realizar las tareas de mantenimiento se cuenta con un camión grúa, cuatro camiones cesta de 16 metros, cinco vehículos ligeros y una plantilla formada por 37 personas. Se atienden cada año casi 5.000 órdenes de mantenimiento, con turnos que cubren las 24 horas del día.



Detalle de una de las luminarias urbanas. Los modelos más tradicionales, como el de la foto, comparten espacios —en buena convivencia— con los de corte más moderno, aportando singularidad a cada calle y a cada plaza.

Desde los años setenta, el servicio de mantenimiento está contratado a empresas externas. Lo inició en 1976 la Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas (SICE), tal y como ya se reseñó en capítulos anteriores, y aquel contrato tuvo una vigencia de más de diez años. Sainco se hizo cargo de él en la primavera de 1986 por un período de cinco años, para dejar paso de nuevo a SICE desde abril de 1991 a septiembre de 1997 (fue el período en que se inició el turno de trabajo de 24 horas). Es en esa fecha cuando entra en acción Imes (la actual Imesapi, S.A.), una empresa creada en 1929 que ha vivido la eclosión urbanística gijonesa del cambio de siglo.

Esas 42.000 luces brillan sobre cerca de 40.000 soportes, de columna o de fachada. La cifra aumenta en torno a un 3,4 por ciento anual.





III. LUCES NUEVAS: 1981-2010

Solamente en la nueva urbanización de Roces fue necesario instalar unos 800 puntos de luz. Todas las bombillas del alumbrado público se cambian por término medio después de tres años de servicio. Y todas se reciclan, por cierto. Un programa informático (el Sigma) controla uno a uno todos los puntos de luz del concejo a través de sistemas de gestión y telemando. Sobre el inmenso mapa gijonés, pinchar con el ratón del ordenador sobre una de esas 42.000 luces nos muestra de forma inmediata todo su historial, desde la marca hasta la última revisión. Los recorridos de control y mantenimiento de la red pública de luz se hacen con ayuda de GPS. Decenas de miles de kilómetros se realizan todos los años en busca de incidencias. Un “peinado” por todo el concejo a la búsqueda de la bombilla fundida. Gijón fue la segunda ciudad española que dispuso de un mapa lumínico, que mide la intensidad de luz de todo el centro.



La espléndida iluminación del Muro vista desde Campo Valdés.

Las bombillas utilizadas en Gijón son de las marcas Philips, Osram y General Electric, cuya duración oscila entre las 18.000 y las 20.000 horas. A través del desarrollo de esos puntos de luz se vislumbra la historia reciente de la ciudad. Las lámparas incandescentes funcionaron en las calles de la villa de Jovellanos hasta los primeros años de la década de los setenta. Las sustituyeron las lámparas de vapor de mercurio y un híbrido que se conoció como lámpara mezcla. La normativa europea las ha prohibido en su día.

Los siguientes pasos fueron las lámparas de sodio de baja y alta presión, de las que aún quedan muchas en la zona rural del concejo. Las de baja presión presentan un color de luz amarillento, mientras que las de alta presión generan una tonalidad más rosácea. La luz blanca, muy blanca, llegó con los halogenuros metálicos. Fueron toda una novedad cuando se instalaron en el campo de El Molinón en 1982 para el Mundial de fútbol. Eran lámparas de 3.500 vatios, muy brillantes, pero que tenían un problema: duración escasa, en torno a un año.



El parque de Isabel la Católica con una de sus características farolas.



El futuro es el LED, que se introduce en el mercado de forma meteórica. Ya hay luminarias instaladas con LED en Gijón. Los LED de sílice —la luz de los teléfonos móviles o de los coches de última gama— están pensados para prestar servicio en torno a las 50.000 horas, lo que equivaldría a unos doce años. Tendremos tiempo para comprobarlo.



Gijón acaba la primera década del siglo XXI mirando al futuro y fijándose en las alternativas energéticas limpias. Por ejemplo, con la instalación de las primeras luminarias activadas por energía solar.

El inicio del año 2009 trajo consigo otra novedad, aún anecdótica en lo cuantitativo, pero de vital importancia con vistas al futuro: las farolas de energía solar. Las 31 primeras fueron colocadas en la avenida de El Llano (Parque Lineal) y en los accesos al parque de Los Pericones, y afectan así a los barrios de Contrueces, El Llano y Ceaes. Estas primeras farolas dotadas de placas fotovoltaicas, lo último en iluminación ecológica, tienen 80 vatios de potencia, menor por tanto que las luminarias convencionales. Pero esto es sólo el principio. Otra de las novedades del año fue la instalación de balizas luminosas intermitentes y horizontales para mejorar la señalización de los pasos de peatones, así como la nueva instalación eléctrica para el campo municipal de fútbol de El Molinón. Entre estos dos últimos proyectos se barajó un presupuesto global cercano a los dos millones de euros.



Luminarias de doble brazo y a distinta altura en la calle Ramón y Cajal. En la página siguiente, la calle Ramón y Cajal entre un mar de farolas y semáforos. Al fondo, el cruce con la avenida Pablo Iglesias.

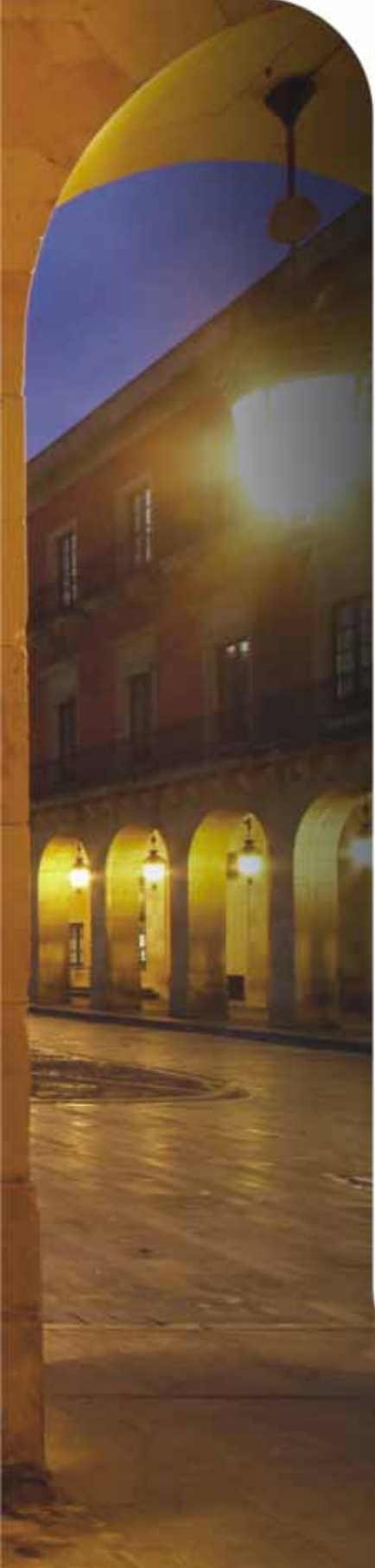
El Ayuntamiento de Gijón ha abordado en el año 2010 un proyecto de ahorro de energía mediante la renovación del alumbrado denominado “Eficiencia y ahorro energético en alumbrado exterior”. Uno de los elementos clave de la idea es la sustitución de unas 6.000 bombillas urbanas por otras tantas de mayor eficiencia y menor consumo, como las de halogenuros metálicos o los LED, que generan luz blanca. La iniciativa contó con un presupuesto de unos 800.000 euros. La menor intensidad de luz que permiten tales alternativas de ahorro resultan prácticamente inapreciables para los ciudadanos, tal y como se constató en las calles piloto elegidas, Periodista Adeflor, Asturias o calle Langreo, entre otras. Esa racionalización del alumbrado también llegó, definitivamente, a las parroquias rurales donde a partir de medianoche hay apagados parciales en determinados caminos, pero nunca de más de un tercio de la infraestructura.

Queda mucho por hacer, porque así lo demanda una ciudad en expansión que mira al futuro y cree en él. El final del verano de 2010 coincidió con la finalización de dos obras en vías emblemáticas, la avenida de Castilla y la calle Ramón y Cajal. En ambos casos el modelo de luminarias es el mismo, farolas de diseño muy contemporáneo, estilizadas y de dos brazos a distinta altura, según dirijan su haz de luz hacia la calzada o las aceras. Un modelo idéntico o muy parecido será el utilizado para las próximas urbanizaciones de la avenida Pablo Iglesias y la calle Manuel Llaneza.

Gijón crece, y su luz también.







IV

FECHAS PARA 170 AÑOS DE ALUMBRADO PÚBLICO EN GIJÓN Del aceite de esquisto a la energía solar

“Ciudad acogedora y fraterna. No es difícil ser de aquí. Unos culines de sidra y ya está. Lo demás es ver el puerto desde el Elogio del Horizonte. Suspirar cuando la niebla se cansa del mar y la invade para husmear entre sus calles. En un atardecer, ver reflejadas las farolas en el espejo de la arena húmeda”.

(Luis Sepúlveda)

- 1834** El Ayuntamiento de la ciudad encarga el primer estudio sobre la viabilidad del alumbrado público. La falta de fondos frena el proyecto.
- 1840** La Sociedad de Amigos del País redacta un plan de implantación de la luz urbana. Cerca de 80 faroles para iluminar las principales calles del Gijón decimonónico y las dársenas locales.
- 1843** Un Ayuntamiento extraordinario y público, presidido por el alcalde Juan Junquera, decide el establecimiento del servicio de alumbrado.
La ciudad se divide en seis distritos. Se crea el primer equipo de serenos de la historia de Gijón.
- 1855** Se crea en El Natahoyo la empresa de fundición Cifuentes, Stoldt y Cía, de cuyos hornos iban a salir no pocas farolas repartidas durante décadas por la ciudad.
- 1856** Se encomienda al entonces regidor Romualdo Alvargonzález la tarea de recoger propuestas para el establecimiento de un sistema consolidado de alumbrado por gas.
- 1857** Se presenta en el registro municipal el primer proyecto para establecer una fábrica de gas en la ciudad. Incluía el levantamiento de un gasómetro.
Se funda la empresa Laviada y Compañía, conocida como La Begoñesa, a iniciativa del ingeniero holandés Julio Kessler.
- 1859** Crisis económica municipal por el déficit de más de 25.000 reales por el servicio de alumbrado.
- 1862** Llega a la villa de Jovellanos un nuevo combustible, el aceite mineral llamado esquisto. Producto de importación. El Ayuntamiento aprueba el cambio de



iluminación pública y la adquisición de 119 faroles, con lo que la ciudad llegaba a los 200, a la espera de que llegaran ofertas industriales y comerciales.

- 1865** Se inaugura el nuevo Ayuntamiento de Gijón, lo que facilitó algunas iniciativas puntuales de mejora del entorno, que incluyeron proyectos de alumbrado.
- 1867** El industrial Claudio Lavalette presenta un proyecto para iluminar 27 calles y unos 6.300 metros lineales de espacio urbano. Las condiciones no gustan en la Corporación y se rechaza la idea.
- 1869** El industrial Gustavo Pierre Petit Pellión, representante de una firma andaluza, plantea un proyecto para poner en marcha 200 faroles de gas fluido por toda la ciudad, complementados con algo más de sesenta faroles de aceite mineral. El plan suponía un desembolso al municipio de unos 55.000 reales anuales. Es aceptado.
- 1870** La Corporación municipal gijonesa acuerda el cambio de iluminación a partir de aceite esquisto por el de gas. Se construye la Fábrica del Gas de La Arena. Pellión cede los derechos a la firma Sounier y Compañía, que a su vez a los pocos meses hace lo propio con la asturiana Menéndez Valdés y Compañía.
- 1871** La dirección de la Fábrica del Gas presenta proyecto para iluminar las calles de Cimavilla “y de otros barrios extremos de la ciudad”. Se decide la adquisición de otras 86 farolas, que darían luz a 33 calles.
- 1876** La instalación definitiva de alumbrado público llega a Begoña ese año. El paseo era entonces conocido como de Alfonso XII.

- 1877** Proyecto para el alumbrado público en los accesos a la estación ferroviaria del Noroeste.
- 1880** La luz llega a la calle Marqués de Casa Valdés, a un tramo de la carretera de Villaviciosa y a la cabeza del muelle de Santa Catalina, además de a la calle Uría.
- 1882** La expansión de la luz pública alcanza el barrio de La Arena: calles del Molino, Canga Argüelles y Aguado.
- 1884** Gijón contaba con 465 faroles de alumbrado público y 2.500 luces distribuidas en teatros y domicilios particulares. Gijón superaba por vez primera los 200.000 metros cúbicos de gas en un año.
- 1885** Luz para la carretera Carbonera, la carretera de Oviedo y parte de El Humedal.
- 1886** El gijonés Victoriano Alvargonzález propone y se le acepta la instalación de alumbrado eléctrico en el paseo de Begoña. El teatro Jovellanos instala de forma provisional la luz eléctrica para su temporada de verano.
- 1889** La Compañía Menéndez Valdés realiza importantes mejoras en la Fábrica del Gas del barrio de La Arena, con la instalación de un gasómetro nuevo.
- La Menéndez Valdés plantea al Ayuntamiento la posibilidad de cambiar el alumbrado de gas por el eléctrico en toda la ciudad.
- El industrial Victoriano Alvargonzález presenta una oferta de iluminación eléctrica que, a pesar de las ventajosas condiciones es rechazada por estar en vigencia el contrato con la Menéndez Valdés. El Ayuntamiento le concede el derecho a establecer alumbrado eléctrico a la población.
- Es inaugurada la fábrica de La Electra, en El Llano.



- 1890** Victoriano Alvargonzález cede los posibles derechos de explotación a la Sociedad Electricista de Gijón.
- 1891** El Ayuntamiento exige a la Menéndez Valdés el paso a la electricidad marcando plazos y tarifas, lo que da lugar a un recurso contencioso-administrativo y una pugna entre la Administración local y la empresa que duraría tres años. Faustino del Valle crea una empresa de fundición llamada a sobrevivir a todas las demás. Es la actual Fundiciones Infiesta (FISA). Su primera sede estaba ubicada en la parroquia de Ceares.
- 1893** Tras más de dos años y medio de polémica y litigios, el Ayuntamiento y Menéndez Valdés y Compañía sellan la paz. La empresa se compromete a cambiar la infraestructura de gas por la eléctrica con plazos y tarifas acordadas y no impuestas.
- 1894** Instalación de alumbrado eléctrico extraordinario para las fiestas de verano en el paseo de Begoña y el Boulevard de Corrida.
- 1895** Luminarias para el barrio obrero de El Natahoyo.
- 1899** El arquitecto municipal, Mariano Medarde, muy pocos meses antes de su fallecimiento, diseña para la calle Corrida unas luminarias que marcaron la estética que se seguiría en años posteriores en Gijón.
- 1900** Se crea la empresa Electra Industrial, con sede en el barrio de El Llano.
- 1901** Nace la Compañía Popular de Gas y Electricidad, producto de la fusión entre la Sociedad Electricista y la Menéndez Valdés y Compañía. Se tienden cables eléctricos a Somió. Luis Adaro y Magro funda su empresa en Gijón, vinculada desde siempre al sector eléctrico.



La calle Corrida en 1884, según la lámina de Nemesio Martínez.

El muelle local con barcos de vapor al fondo. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).





Sobre estas líneas, un tranvía con las siglas de la FAI en los años treinta. La foto es de Constantino Suárez. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).
Abajo, la calle Instituto. (AMG).



1902 Proyecto para la instalación de 26 columnas de alumbrado en la calle Corrida. Muchas de ellas eran mixtas, con iluminación eléctrica y a gas.

Se instala el famoso arco de las 4.000 bombillas en el paseo de Begoña para las fiestas patronales.

1909 El tranvía de Gijón se electrifica.

Se crea en Gijón la sociedad obrera Luz y Fuerza, que agrupaba al sector de los gasistas y electricistas.

1914 Ayuntamiento y Compañía Popular de Gas firman un contrato que los liga durante 20 años para el suministro de alumbrado público y calefacción.

En las calles de Gijón lucían un total de 850 faroles.

1915 Se lleva a cabo la instalación eléctrica hasta El Musel.

1916 La sociedad gremial Luz y Fuerza participa activamente en el histórico I Congreso Obrero de Gijón.

1920 Una huelga en el sector del gas y la electricidad deja las calles de Gijón en semipenumbra durante meses. El Ayuntamiento pide la ayuda del ministro de la Gobernación para resolver el conflicto.

Nace Hidroeléctrica del Cantábrico, con Policarpo Herrero como primer presidente del consejo de administración.

1921 La Compañía Popular de Gas y Electricidad pide una revisión urgente del precio de la energía, lo que da lugar a un nuevo conflicto de intereses con la Corporación gijonesa.

Llega la electricidad a la Fábrica de Tabacos, en Cimavilla.



- 1922** El arquitecto Miguel García de la Cruz proyecta una línea de farolas en el Muro de San Lorenzo, que marcaron el estilo a seguir.
- 1932** Se aprueba el pliego de condiciones para el aprovechamiento del Salto de Agua de Caldones.
- 1933** Se reforman las luminarias del Muro, ya muy parecidas a las actuales. El año en que se construye La Escalera es también el año de la iluminación ornamental a lo largo del paseo marítimo.
Acuerdo con la Compañía del Gas para el mantenimiento del servicio de alumbrado.
- 1934** Recién acabada la Revolución de Octubre, el Ayuntamiento de Gijón, presidido temporalmente por un general, firma un nuevo contrato por siete años (1935-1942) con la Compañía Popular de Gas.
- 1935** La factura de la electricidad pública en Gijón asciende a 26.475 pesetas al año.
Luminarias para el puente del Piles, proyecto con el que finalizaba la instalación de alumbrado público en ese primer gran tramo de la playa, desde San Pedro.
- 1938** Se anuncia un plan de mejoras integrales en Cimavilla, que incluye nueva iluminación en el barrio marineru.
- 1941** Un temporal invernal derrumba la chimenea de la Fábrica del Gas.
- 1942** Hidroeléctrica del Cantábrico absorbe a la Compañía Popular de Gas y Electricidad.
Cortes de energía eléctrica en toda la ciudad.
- 1945** La Fábrica de Armas de Oviedo surte de un centenar de columnas y apliques de fundición.
- 1948** Los tranvías eléctricos de Gijón logran su récord de usuarios: 15.000.000 de personas.



Avenida de la Victoria
Avenue de la Victoire

El Náutico hacia los años cuarenta. (AMG).

Instalaciones de la antigua Fábrica del Gas.



La plaza del Seis de Agosto mucho antes de la instalación de la fuente luminosa. Su estructura redonda y la posición de las farolas en torno a la figura de Jovellanos recordaban una tarta. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).



La plaza del Parchís en los años cincuenta. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).

- 1949** Nuevo alumbrado en varias calles del barrio de La Calzada.
- 1952** Se pone en marcha la subestación de Pumarín, clave en la infraestructura energética de la ciudad.
- 1954** Restricciones habituales de suministro eléctrico.
Es inaugurada la central hidroeléctrica de Grandas de Salime, vital en el desarrollo energético asturiano.
- 1955** La iluminación llega a la rotonda de El Rinconín.
- 1957** Se funda Crady, empresa de material eléctrico, que llegó a ser referencia nacional en su sector.
- 1959** Primeras pruebas de cruces semafóricos, que pronto poblarán toda la ciudad.
- 1960** En julio es inaugurado el polígono de viviendas conocido como las Mil Quinientas, en Pumarín, ejemplo del crecimiento imparable de la ciudad.
- 1962** Nueva iluminación en la plaza de los Mártires.
- 1963** Fin de la era de los tranvías gijoneses.
Amplio plan de iluminación en una zona del centro urbano, que afectó a la calle Cabrales y nueve más.
- 1964** Nuevo alumbrado para las dos zonas más representativas de la ciudad, el Muro y Begoña. Gijón cuenta con 131.000 habitantes de hecho.
- 1967** Es inaugurada la fuente monumental y luminosa de la plaza del Seis de Agosto.
El Gobierno aprueba la construcción de la central térmica de Aboño.
- 1969** Iluminación en el campo de El Molinón.
El Sporting estaba en Segunda.



1970 Es inaugurada la fuente luminosa en la entonces llamada plaza de José Antonio, que coincide con nuevo alumbrado público en la zona.

Plan de Alumbrado Ornamental de Cimavilla.

Autorización administrativa para la instalación por parte de Hidroeléctrica de la subestación de Carrió.

1971 Contrato con la empresa Rafael Villa Campal para el mantenimiento del alumbrado público.

1972 Con el nuevo alumbrado en diversas calles del centro urbano, El Natahoyo y La Calzada se abre una época de ambiciosos planes de renovación lumínica a lo largo del siguiente lustro.

1974-1975 Proyectos de alumbrado que afectan a unas setenta calles, casi todas del centro. El de 1974 afectó a diez conjuntos de calles y fue adjudicado por 17,6 millones de pesetas, el mayor presupuesto en proyectos de iluminación pública hasta la fecha en Gijón.

1976 Cerca de 30 calles, entre ellas las de Enrique Cangas, Tomás Zarracina, San Bernardo, Domínguez Gil, Munuza o La Merced entran en el nuevo plan de modernización lumínica puesto en marcha por el Ayuntamiento.

En enero comienza a regir el contrato de mantenimiento de la red gijonesa a cargo de la empresa Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas (SICE).

Movilizaciones vecinales en Nuevo Gijón ante la falta de luz pública en los polígonos de viviendas.



Tres imágenes del paseo de Begoña, entre 1977 y 1979. (Fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies).



El entorno de Begoña, con sus farolas de doble brazo aportando luz al paseo central.

El parque de la Fábrica del Gas, donde se ubicó, durante tantas décadas, la instalación desde la que se generó y distribuyó energía eléctrica a la ciudad.



1978 Nuevo alumbrado para Corrida, dentro del proyecto de reforma de la calle.

Importante esfuerzo municipal para mejorar el alumbrado en calles como la avenida de Castilla, Fernández Ladrera, La Guía, carretera del Piles a Somió y la avenida de La Argentina, entre otras.

1979 Obras para dotar de un nuevo alumbrado al Muro.

Juan Campos Ansó se convierte en el primer concejal de Alumbrado de la corporación democrática.

1982 Plan de iluminación del parque de Isabel la Católica, pensando en el Mundial de Fútbol.

1983 José Manuel Palacio nombra a Ramón del Val González concejal delegado de alumbrado.

1986 Comienza el desmantelamiento del gasómetro de la Fábrica del Gas.

Contrato con Sainco para el mantenimiento de la red.

1987 Jesús Morales, al frente del área de Urbanismo, asume las competencias de alumbrado en la primera corporación de Vicente Álvarez Areces.

1988 Comienza a funcionar la subestación de Castiello.

1991 Derribo de la antigua Fábrica del Gas.

Es inaugurado el eje comercial de la calle Los Moros, con nuevas luminarias tradicionales.

La empresa SICE vuelve a hacerse con el contrato de mantenimiento del alumbrado público de la ciudad.

1992 Inauguración del nuevo paseo de Begoña.

Reapertura de la avenida de El Llano.

Derribo de las últimas instalaciones de La Electra.



- 1993** Inauguración del nuevo alumbrado en el Muro de San Lorenzo.
Empieza a funcionar el parque de la Fábrica del Gas, en los terrenos donde durante 110 años se ubicó dicha fábrica.
- 1996** Un total de 41 nuevas farolas para el eje comercial de Magnus Blikstad.
- 1997** Eje comercial de Marqués de San Esteban. El contrato de mantenimiento pasa a manos de la empresa Imesapi, S.A., que lo renueva en 2007.
- 1998** Se abre, con su nuevo alumbrado, una arteria urbanística fundamental, la avenida de Juan Carlos I.
Se inicia un plan de alumbrado en la zona rural gijonesa que iba a afectar a 85 kilómetros de caminos en 26 parroquias y 1.900 puntos de luz.
Urbanización de la avenida de La Costa.
- 1999** Nuevos parques y nueva luz en la plaza de Europa, Zarracina y El Rinconín.
- 2002** Se abren los ejes comerciales de San Bernardo y Libertad.
Ayuntamiento y Principado acuerdan soterrar líneas eléctricas en zonas de Viesques, avenida de Portugal, Rocés, Parque Fluvial del Piles y Universidad Laboral.
- 2003** Concluye la remodelación integral del eje comercial de la calle Corrida.
Nuevo alumbrado en la avenida de la Constitución, la avenida de Galicia, y la avenida de la Argentina. En estas dos últimas vías se colocaron 258 luminarias.
- 2009** Es puesto en marcha el nuevo sistema de telegestión integral de la energía eléctrica. Se instalan las primeras farolas de energía solar.



Desde 1992 a 2010 la Administración local renovó buena parte de la red pública gijonesa, convirtiendo Gijón en una de las ciudades mejor iluminadas de España.

Iluminación en la avenida de La Argentina, La Calzada.



2010 Se abre la avenida de La Pecuaria, un punto de conexión clave con la Universidad Laboral, el Parque Tecnológico y el Hospital de Cabueñes.

Gijón rebasa los 42.000 puntos de alumbrado público.

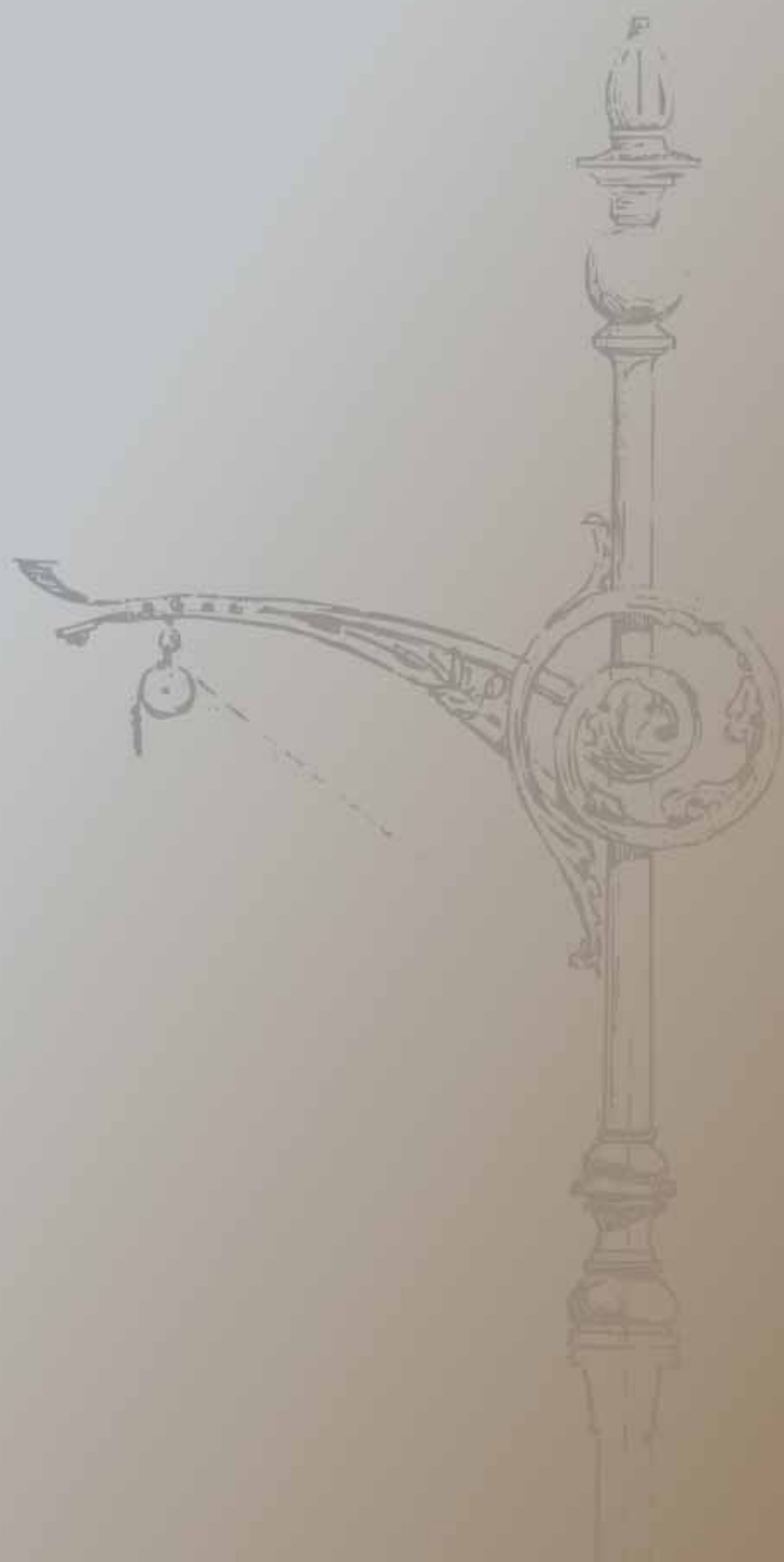
Las luminarias de LED son instaladas en las primeras calles del centro de la ciudad.

La avenida de La Pecuaria.



Uno de los paneles solares del parque de Los Pericones.







BIBLIOGRAFÍA

- ALVARGONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Ramón María, *Tranvías y espacio urbano en Gijón (1889-1963)*, Ería, Oviedo, 1986.
- PIÑERA ENTRALGO, Luis Miguel, y GRANDA ÁLVAREZ, Francisco Javier, *Los barrios del sur. Historia de Roces, Contrueces, Montevil, Santa Bárbara, Pumarín, Polígono de Pumarín, Nuevo Gijón, Perchera y la Braña*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2002.
- MADOZ IBÁÑEZ, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850.
- ALONSO BONET, Joaquín, *Biografía de la villa y puerto de Gijón* (tomos I y II), Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 1968.
- ÁLVAREZ ESPINEDO, Roberto; BLANCO GONZÁLEZ, Héctor; FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, María Fernanda; GRANDA ÁLVAREZ, Francisco Javier, *La obra pública municipal en Gijón (1782-2006)*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2006.
- ÁLVAREZ SUÁREZ, Enrique; GÁMEZ, Francisco, *Asturias. Guía monumental, histórica, artística, industrial, comercial y de profesiones*, 1924.
- ARANDA, Joaquín, *Aquellas plazas, aquellos parques...*, GEA Distribuciones Gráficas y Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2000.
- ARIAS GONZÁLEZ, Luis; MATO DÍAZ, Ángel, *Liadoras, cigarreras y pitilleras. La Fábrica de Tabacos de Gijón (1837-2002)*, Altadis, Madrid, 2005.
- BAS COSTALES, Xuan F.; NÚÑEZ FERNÁNDEZ, Eduardo, *Una historia de papel. 500 años en los documentos del Archivo Municipal de Gijón*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2006.
- BLANCO GONZÁLEZ, Héctor, *Miguel García de la Cruz. Arquitecto*, Fundación Alvargonzález, Gijón, 2000.
- BLANCO GONZÁLEZ, Héctor, *Muro de San Lorenzo. Abrazo de mar (1907-2007)*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2007.
- CARANTOÑA, Francisco, *Semblanza de Gijón*. Caja de Ahorros de Asturias, Gijón, 1990.
- CARANTOÑA, Francisco: *Gijón. Litoral, ciudad, concejo*, Ayalga Ediciones, Gijón, 1994.
- CRABIFOSSE CUESTA, Francisco (coord.), *De tu historia. Gijón, 1937-1997. Sesenta años de ciudad*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 1999.
- CRABIFOSSE CUESTA, Francisco (coord.), *Constantino Suárez, fotógrafo (1920-1937)*, Ayuntamiento de Gijón y Cajastur, Gijón, 2002.

- FERNÁNDEZ VALDÉS, Luis, “Ludi”, *Un kilo de versos*, 1915 (reedición en 1986 a cargo de Ediciones GH).
- FLORES SUÁREZ, José María; GARCÍA QUIRÓS, Paz, *La ciudad del vapor: Historia de la industria y el comercio*. GEA Distribuciones Gráficas y Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2000.
- FRIERA, Ataulfo, “Tarfe”; PRENDES-PANDO, José, “Pepe”, *La Comedia Gijonesa. Semanario festivo ilustrado*, Gijón, 1889 (reedición a cargo de Llibros del Peixe, 2001).
- GARCÍA, Eduardo, *Gijón, horizontes humanos. Ocho décadas de fotografía*, GEA Distribuciones Gráficas y Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 1999.
- GARCÍA, Eduardo, *Un Ayuntamiento al norte. Breve historia de la Casa Consistorial (1865-2002)*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2002.
- GAYO, Sonia; LOMBARDÍA, Menchu; PÉREZ, Elena, *Asturias, un siglo al día. Crónica e imágenes de la vida cotidiana (1900-1975)*, Editorial Laria, Gijón, 2007.
- GRANDA ÁLVAREZ, Francisco Javier; PIÑERA, Luis Miguel, *Historias de El Llano*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2007.
- LLANOS, Rosana, y PIÑERA, Ismael, *Vida cotidiana, de postguerra a fin de siglo. Historia mínima*, GEA Distribuciones Gráficas y Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2001.
- LLORDÉN, Moisés, *Desarrollo económico y urbano de Gijón, siglos XIX y XX*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1994.
- MARTÍNEZ, Nemesio, *Guía ilustrada de la villa y puerto de Gijón*, 1884 (reedición a cargo de GH editores, 1986).
- MASES, José Antonio (compilación), *Escrito sobre Gijón. Selección de textos desde la antigüedad a nuestros días*, KRK Ediciones y Ayuntamiento de Gijón, Oviedo, 2002.
- MORATO, Juan José, *Asturias 1909. Crónicas de un periodista* (recopilación de artículos, coord.: CASTILLO, Santiago), Editorial Laria, Gijón, 2009.
- PIÑERA, Luis Miguel, *Las calles de Gijón. Historia de sus nombres*, Trea y Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 1999.
- PIÑERA, Luis Miguel, *El arenal de San Lorenzo. Historia del ensanche de La Arena*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 2001.



RENDUELES LLANOS, Estanislao, *Historia de la villa de Gijón, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, Gijón, 1867 (reedición a cargo de Mases Editores, 1985).

RODRIGUEZ GONZÁLEZ, Jesús Jerónimo, *El I Congreso Obrero Local. Gijón, 1916*, IES Rosario Acuña y KRK Ediciones, Oviedo, 2009.

RODRIGUEZ MUÑOZ, Javier, *Gijón. Tarjetas postales*, Silverio Cañada Editor, Gijón, 1992.

RODRÍGUEZ-VILLASANTE, Juan Antonio, y TROYA CALATAYUD, José, *Historia del Puerto de Gijón*, Ministerio de Fomento, Autoridad Portuaria de Gijón y otros, Gijón, 2002.

SUÁREZ BOTAS, Gracia, *Hoteles de viajeros en Asturias*, Ayuntamiento de Gijón, Consejería de Cultura del Principado, KRK Ediciones, Oviedo, 2006.

VV.AA., *Gran Enciclopedia Asturiana*. Silverio Cañada Editor, 1981.

VV.AA., *Gijón, el cantón milenario*, Ayuntamiento de Gijón y KRK Ediciones, Oviedo, 2003.

Y hemerotecas de los diarios *El Comercio*, *Voluntad*, *El Noroeste*, *La Nueva España* y *La Voz de Asturias*. Hemeroteca de *La Gaceta de Gijón*.

AGRADECIMIENTOS DEL AUTOR



A Tino Venturo, concejal de alumbrado y padre de la feliz idea de hacer un libro sobre la luz. A Javier Rodríguez, por su confianza. Al trabajo pulcro y exacto de historiadores y geógrafos como Héctor Blanco, Francisco Javier Granda, Paco Crabiffosse y Luis Miguel Piñera. A Luis Estrada, Juan Vega y Gerardo Martínez-Mateos, de Imesapi, por explicar con tanta claridad el trabajo oscuro del mantenimiento de la luz pública en Gijón. A Eduardo Núñez y a todo su equipo del Archivo Municipal, por su paciencia y su vocación de ayuda. A todo el personal de Fundiciones Infiesta por enseñarme las tripas de fuego de su factoría. A Justino Martín y a Javier Hurlé por hacer de la memoria un patrimonio a compartir. A Carmen Fernández y a Miguel Mateos, de HC Energía, por su abierta colaboración. A Juaco López, a Elena Pérez y a Sara Campomanes, del Muséu del Pueblu d'Asturies, por ser capaces de apasionarse por proyectos ajenos y hacerlos propios con generosidad. A Juan Hernaz, Juan Carlos Tuero y Julia Santullano por su exquisito trabajo de diseño, maquetación, producción gráfica y corrección de textos. Y al Ayuntamiento de Gijón por su esfuerzo en recobrar la memoria de la ciudad, que es la mejor luz para acompañar la ruta común hacia el futuro.



Este libro, cuya tirada es de 2.000 ejemplares,
fue impreso en los talleres de Eujoa Artes Gráficas, S.A.
en febrero de 2011.

